DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE



TRILOGÍA IRIS 2



TRILOGÍA IRIS 2

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Caímos en la tentación. Trilogía Iris nº2

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

ÍNDICE

Capítulo 1



Cuando David y James vieron lo que contenía el sobre, quedaron completamente seguros, al igual que yo, que no había sido cosa de Nico.

Preguntaron hasta la saciedad quién habría enviado aquellos chantajes pidiéndonos a Carlos y a mí quinientos mil dólares a cada uno, y no contesté.

Cancelé la comida con James, cogí los dos sobres y me marché de la oficina con intención de no regresar.

Al llegar a casa mi hermana notó que me pasaba algo, no me quedó más remedio que contárselo, así como el responsable de aquellos sobres anónimos, y le hice prometer que no le contaría nada a David.

Esa misma tarde pensé en mi siguiente movimiento, en lo que solía conocerse como reacción a un acción. Por la noche cené con mi familia como si no pasara nada, pero con la clara intención de salir a la mañana siguiente a primera hora al encuentro de ese miserable.

James tenía trabajo puesto que Brody Fisher llegaba a San Francisco la tarde del viernes y se reuniría con los directivos del equipo el sábado por la mañana.

David, por su parte, me llamó y escribió queriendo quedar el sábado para vernos, pero no contesté, tenía que hacer esto sola, al menos en un primer momento.

Y así fue como, tras un trayecto en coche de media hora desde San Francisco, acababa de llegar a Belmont.

Sabía dónde vivía, o al menos esperaba que siguiera siendo esa su humilde residencia, como él la llamó después de comprársela a costa de mi dinero y mi esfuerzo.

Aparqué frente a la puerta, miré los pocos metros de acera y jardín que me separaban de ella desde el coche, y tras coger aire, me bajé para ir a verle.

Me había vestido de manera profesional, como si fuera a una reunión de negocios, y no, no pensaba negociar con él ni aceptar su chantaje, tampoco le permitiría a Carlos que lo hiciera.

Respiré hondo, llamé al timbre, y esperé pacientemente. Eran las diez de la mañana, una hora tan buena como otra cualquiera para presentarme en una casa para nada decente.

—Vaya, vaya, mira quién ha venido de visita —sonrió de ese modo que tanto odiaba—, la dulce Iris.

—No es una visita cordial, Trevor. He venido a pedirte que desistas de esos chantajes, ni él ni yo vamos a ceder.

—¿Te has tomado la molestia de venir a mi casa solo para eso? Podías haberte ahorrado el viaje con una llamada.

—Las cosas es mejor hablarlas cara a cara, en vez de esconderse tras un sobre sin remitente.

—Te veo bien, y sé que eres una empresaria de mucho éxito. ¿Cuántos ceros tienes ya en tu cuenta corriente, dulce Iris?

—No es asunto tuyo, Trevor. Y no voy a consentir que vuelvas a jugar con el pan de mi hijo. No sé por qué exiges esas cantidades, si te llevaste todo el dinero que quisiste de mi empresa.

—El dinero se acaba, Iris. Tengo gustos caros, la casa no se mantiene sola, las mujeres me gustan mucho…

—Eres un hijo de puta. ¿Cómo te atreves a chantajearnos? No te conté quién era el padre de mi hijo para esto. Confiaba en ti y, ¿qué hiciste? Robarme.

—Ya sabes lo que dicen, un medio para un fin. ¿Por qué tú podías tener todo ese dinero y yo no? No le dabas la utilidad necesaria, siempre pensando en el futuro, en ahorrar como una hormiguita. ¿Cuántas veces te propuse hacer un viaje y no quisiste?

—Un viaje que yo debería pagar, y te recuerdo que tenía un hijo pequeño en aquel entonces.

—Pequeñeces. Podía haberse quedado con tu hermana. Por cierto, lamenté la muerte de Zack, era un buen tío.

—A diferencia de ti, Trevor, que eres una maldita rata de cloaca.

—Quinientos mil tuyos, y quinientos mil del padre del año, Iris, tenéis una semana, o el escándalo que va a ver la luz, será de proporciones épicas. ¿Qué pensará el padre de la esposa de tu ex, cuando sepa que no es trigo limpio? El gran abogado Carlos Lago, no es el padre de familia que su suegro pensaba. El padre de su esposa valora mucho esas cosas, son como de la realeza, Iris. Si vosotros no cedéis, puede que el viejo lo haga. Está en las últimas, por lo que tengo entendido.

—Eres lo peor, Trevor. No vas a obtener nada.

—Ya lo veremos, dulce Iris —dijo con una sonrisa de superioridad y un guiño antes de cerrarme la puerta en las narices.

Regresé al coche y llamé a mi hermana para ver si podía echarme una mano. Se había trasladado a mi casa incluso antes de que celebráramos el funeral de Zack, pero tenía muchas de las cosas de su marido allí, como su agenda de teléfonos puesto que yo llamé a algunos de esos contactos.

Mientras me dirigía de regreso a San Francisco me envió el número de teléfono de su secretaria y le pedí el favor de que me mandara el número de Carlos Lago. Apenas unos minutos después lo recibí en un mensaje y llamé a mi ex.

—¿Diga? —preguntó.

—Carlos, soy Iris.

—¿Estás teniendo los cojones de llamarme después de lo que me has enviado?

—Yo no te envié nada, y mi hijo tampoco, pero sé quién ha sido porque yo recibí el mismo sobre ayer.

—Eres una puta mentirosa, no vas a ganar tiempo con esto.

—¿Dónde estás?

—No te incumbe.

—Tenemos que hablar, Carlos. ¿Sigues en San Francisco?

—Sí —respondió tras unos segundos.

—Ve a mi oficina, estaré allí en media hora.

Colgué sin esperar una respuesta, eché un vistazo al asiento del copiloto donde había dejado los sobres y apreté el volante con fuerza.

Llamé a mi hermana para decirle que estaba de regreso, pero que tenía que pasar por la oficina antes de volver a casa. Se quedó más tranquila al saber que no me quedaba más tiempo cerca de Trevor.

No podía creer que el hombre al que una vez quise, hubiera caído tan bajo como para hacer aquello. Le confié la verdad de mi historia como madre soltera, diciéndole quién era el abuelo de Nico puesto que en España había sido uno de los jueces más importantes, y ahora descubría que utilizaba aquello para conseguir dinero.

Ni siquiera en mis peores sueños habría pensado que Trevor fuera a ser tan rastrero para hacerme eso.

Sentía tanta rabia en ese momento, que estuve a punto de dar la vuelta y volver a llamar a su puerta para darle un puñetazo, pero no podía hacerlo, tenía que ir por la vía civilizada, si es que con la rata de cloaca de mi ex aquello era posible.

Encendí la radio y sonreí al ver que mi hermana en su coche tenía puesta la emisora con canciones españolas que escuchaban en casa ella y Brenda cuando llegué la otra noche.

Dejé que todas esas canciones que había escuchado con mis padres llenaran el silencio del coche, y entonces me vine arriba con una de ellas, una que Inés me dedicó en esa misma emisora una mañana cuando Carlos y yo rompimos.

Aún podía recordar las palabras que dijo mi hermana pequeña.

“No estás sola, hermana, y sé que nunca te rendirás”

Subí el volumen y comencé a cantar acompañado a Marta Sánchez.

—*Esta es la que sabe por fin el camino. La que decidió ser más feliz contra su destino. Esta es la que nunca se rinde…*

Nunca podría rendirme porque tenía el motivo más grande que una mujer puede tener para no hacerlo, mi hijo.

Él era mi mundo desde que supe que estaba embarazada, y siempre lo sería.

Ningún Trevor que se preciara iba a conseguir destruirme por segunda vez, no iba a darle ese poder.

Cuando llegué a San Francisco conseguí relajarme un poco, pasé a por un café a la cafetería frente a mi oficina y subí al despacho para esperar a Carlos.

Solo cinco minutos después estaba llamando a mi puerta.

—Espero que no sea una maldita excusa para seguir chantajeándome —dijo mirándome con cierto odio.

—¿De verdad crees que si no pedí nada cuando te marchaste, iba a hacerlo ahora?

—Quinientos mil dólares, Iris, creo que es una cantidad justa por los quince años que no he ejercido de padre.

—Mira, este es tu sobre, y este el que yo recibí ayer.

Puse los dos en mi escritorio, Carlos comprobó que eran las mismas fotos y leyó las cartas. Me miró con el ceño fruncido antes de hablar.

—¿Dulce Iris?

—Así me llamaba el hombre con el que estuve saliendo un tiempo, hace años, y que acabó robándome. Fue por su juego sucio por lo que tuve que vender mi empresa y empezar de cero con esta como inversora.

—Pero no entiendo, ¿qué puede querer?

—Un millón de dólares, lo deja claro en esas notas. He ido a verlo.

—¿Tú has hecho qué? —Frunció aún más el ceño.

—Siéntate y escucha esto, por favor.

Saqué el móvil del bolso y di a reproducir la conversación que había grabado con Trevor, sabía que no era legal y que podía meterme en un lío, pero ya todo me daba igual.

Carlos me miró apretando los puños, cerró los ojos y cuando acabó la grabación se puso de pie.

—Necesito los datos de ese hijo de puta para denunciarlo, y tú deberías hacer lo mismo —dijo—. No tenemos que aceptar su extorsión.

—Lo sé, buscaré un buen abogado.

—Lamento haber pensado que tú, o el chico…

—No te molestes, creo que yo en tu lugar habría pensado lo mismo —dije mirando hacia el escritorio mientras me abrazaba a mí misma y noté que Carlos se acercaba a mí.

—¿Cómo has estado estos años, niñita? —preguntó con una mano sobre mi hombro mientras me sostenía la barbilla con dos dedos. Volver a escucharlo llamarme así, fue como regresar a una época tan lejana.

—Bien.

—No voy a poner más excusas de las que di entonces, pero no quería dejarte. Te amaba, Iris.

Sus ojos me miraron con anhelo y me estremecí, ¿cómo era posible? Habían pasado dieciséis años desde que nos despedimos.

—Muchas veces me pregunté qué había sido de ti, dónde estarías, cómo habría sido nuestra vida juntos —me acariciaba la barbilla y no pude evitar sollozar.

—Pero me dejaste.

—Y durante años me arrepentí. Eras las mujer de mi vida.

Tras esas palabras empecé a llorar y él me abrazó. En ese momento volví a ser aquella chica de diecinueve años a la que el amor de su vida la dejaba como si no valiera nada.

—Iris —la voz de James me llegó desde la puerta, me aparté de Carlos y cuando lo miré, tenía la mandíbula apretada, parecía enfadado.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté secándome las lágrimas y él comenzó a caminar hacia mí.

—David me ha dicho dónde estabas.

—¿Cómo lo ha sabido él?

—Por Inés.

—Claro, debí imaginarlo.

—¿Qué hace él aquí?

—Solo vine a hablar porque ella me lo pidió —respondió Carlos—. Estaremos en contacto, Iris. Yo vuelvo en un par de horas a Los Ángeles, en cuanto arregle unas cosas, vengo.

—Vale.

Carlos salió sin decir nada, mientras James lo miraba como si quisiera asesinarlo en ese momento.

—¿En qué momento habéis pasado de que te culpe por chantajearlo a ese abrazo? —James arqueó la ceja y suspiré.

—No necesito un sermón tuyo.

—Entonces llamemos a David, tu prometido, para que te lo dé él. ¿Qué ha pasado, Iris?

—Sé quién es la persona que nos chantajea a los dos, y lo conozco, no parará hasta conseguir lo que quiere, o hasta que nos lo quitemos de en medio legalmente.

—¿Quién es, preciosa? —interrogó pegándose a mi espalda y rodeándome con los brazos, me había acercado al ventanal y contemplaba la ciudad.

—Trevor —respondí.

—¡Ese hijo de puta es el chantajista! —el grito de David resonó en todo el despacho— Ahora sí que es un jodido hombre muerto.

Capítulo 2



Mi mejor amigo se paseaba por el despacho caminando de un lado a otro, maldiciendo e insultando a Trevor con cada paso que daba. Apretaba los puños y me miraba antes de soltar el aire con fuerza.

—Me estás poniendo nerviosa con tanto paseo y tanto suspiro, David. ¿Te puedes sentar? —le pedí, señalando una de las sillas.

—No, no puedo. Esto es lo único que me impide coger el coche y hacer una visita a esa maldita escoria.

—No sabes dónde vive.

—Pequeñaja, alguno de mis chicos tiene contactos con el FBI, no creo que les costara decirme en qué calle de Belmont se esconde la rata de Trevor.

—Joder con Inés, voy a tener que dejar de contarle nada.

—Preciosa, tu hermana se preocupa por ti, al igual que nosotros —dijo James acariciándome la mejilla.

—Lo que no entiendo es por qué ayer no nos dijiste que Trevor había enviado esos sobres. ¿Y por qué cojones has ido sola a verlo?

—¿Habrías sido una persona civilizada si hubieras venido, David? —pregunté.

—Me habría dado el gustazo de partirle los dientes.

—Por eso no te dije nada.

—¿Qué te ha dicho? ¿Por qué lo hace?

—Escúchalo por ti mismo —respondí cogiendo el móvil y dejé que comenzara la grabación.

David volvió a apretar los puños, James escuchaba atentamente y me miraba de vez en cuando por el rabillo del ojo.

Cada palabra que Trevor decía se clavaba una vez más en mi pecho.

¿Por qué se empeñaba en hacerme tanto daño otra vez? ¿Qué había hecho yo además de compartir mi vida con él durante unos meses?

—Qué hijo de puta —dijo David con rabia—. ¿Con quién está

casado Carlos?

—No lo sé —me encogí de hombros—, pero si como dicen él y Trevor es una rica heredera…

—Tu ex no se va a conformar con un millón de dólares, seguirá pidiendo dinero cuando se le acabe —aseguró James.

—Tenías que haberme dejado que le rompiera las piernas el día que te dejó sin un centavo, Iris, te lo dije.

—¿Y que te denunciara por agresión y acabaras en la cárcel por mi culpa? No, gracias. Has hecho muchas cosas por mí desde hace trece años, David, cumplir condena por lesiones o asesinato no es una de las cosas que quisiera añadir a esa lista.

—Pequeñaja, somos familia y lo sabes.

—¿Y? Eso no significa que tengas que partirle las piernas a un gilipollas como mi ex.

—Yo puedo hacerlo, no soy familia —James lo digo encogiéndose de hombros y de una manera tan despreocupada, que tanto David como yo arqueamos la ceja.

—¿Podemos pensar en algo legal que no conlleve fracturas de ningún tipo, por favor? —exigí mirándolos a los dos.

—Hablaré con uno de los abogados del equipo, y nos reuniremos con él para hablar sobre esto —ofreció James—. ¿Carlos no te ha dicho cuándo volverá aquí?

—No, pero tengo su número, puedo llamarlo esta tarde.

—Por lo pronto, pequeñaja, echemos un vistazo en el portátil, que tengo curiosidad por saber quién es la mujer de Carlitos —dijo David, cogiendo mi portátil para encenderlo.

No me parecía bien curiosear de ese modo, pero hasta que pudiera hablar con Carlos sobre ese asunto, era lo único que teníamos.

David se puso a teclear, y cuando lo vi tan concentrado supe que había encontrado algo. Hasta que abrió los ojos y la boca con sorpresa.

—Tiene que ser una broma —murmuró.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde dijo Carlos que había conocido a su mujer? —preguntó sin apartar la mirada de la pantalla.

—Dónde, no sé, pero comentó que fue durante unas vacaciones hace ocho años.

—Vale, según esta revista del corazón, el abogado español Carlos Lago, conoció a la joven Amanda Brooks durante unas vacaciones en Santa Mónica hace ocho años. Ella estaba inaugurando uno de los nuevos hoteles de la cadena de su padre, Richard Brooks. Con razón dijo Trevor que son como de la realeza, este tío es como el dueño de los hoteles Hilton —silbó—. Tiene hoteles por todo el mundo. Hay fotos de la pareja.

Giró el portátil y James y yo echamos un vistazo a las instantáneas. Carlos y su mujer posaban ante las cámaras con una bonita sonrisa, siempre cogidos del brazo, o él rodeándola por la cintura, mirando hacia la cámara, pero no percibía ese amor que mostraban las fotos de otras parejas.

No dije nada, tal vez era solo sensación mía. Pinché en uno de los enlaces que llevaba a otra publicación sobre la pareja y el padre de ella, y mencionaban lo que Trevor había comentado. El señor Brooks era un hombre muy familiar, tenía cinco hijos, tres chicos y dos chicas, y el mayor llegó cuando él y su ya fallecida esposa no eran mucho mayores que Carlos y yo. Decidió casarse con ella y formar la familia que tenía a día de hoy.

—Tu ex tenía razón, no creo que a ese hombre le gustase saber que su yerno dejó tirada a su novia embarazada —dijo James.

—Bueno, los padres de Carlos eran muy… especiales, por decirlo de alguna manera. No me veían como la mejor candidata a ser una Lago —me encogí de hombros—. Espero que desde el infierno en el que estén, se revuelquen en las llamas al ver que he conseguido ser casi tan exitosa como su hijo.

—¿Casi? Pequeñaja, Carlos no te llega ni a la suela de los zapatos, por muy buen abogado que sea.

—Lo sé, pero mira, él se ha casado con una rica heredera —sonreí— y yo me voy a casar con el dueño de una empresa de seguridad privada.

—Ey, tengo más caché que esa morena con sonrisa falsa.

Así que no era yo sola quien había percibido que la sonrisa de Amanda Brooks era una de esas estudiada y ensayada solo para la cámara.

James sacó el móvil y salió del despacho mientras se lo acercaba al oído, David siguió mirando en Internet y descubrió que Carlos había ganado varios casos de gran envergadura en Los Ángeles.

—Pues de los dos yernos que tiene el señor Brooks, parece que el abogado es su favorito —comentó—. No me extraña, el otro es un tío sin oficio ni beneficio. Se casó y dio el braguetazo de su vida.

Cuando James regresó me dijo que su abogado podía reunirse con nosotros el lunes, así que anoté la cita en mi agenda de modo que Nikki también la tuviera en la suya, y les dije que necesitaba marcharme a casa.

—Te llevo —ofreció James.

—Tengo el coche de Inés en la puerta. Pero gracias —sonreí.

—Pequeñaja, llama a Carlos y que venga a reunirse con nosotros lo antes posible. Si el lunes hablamos con el abogado, habrá que contarle a tu ex el modo de proceder.

—Sí, tranquilo, hablaré con él.

—Me voy, tengo que organizar un evento de esta noche con los chicos. Nos vemos el lunes —se inclinó y me besó en la mejilla, lo que hizo que James arqueara la ceja, gesto que desapareció rápidamente.

—Te veo el lunes, James —dije caminando hacia la puerta del despacho para irme.

—¿Puedo preguntar algo?

—Claro.

—¿Por qué desde que te conozco, David no te ha besado ni una sola vez en los labios?

—Bueno, esas muestras de cariño no las tenemos en público —alegué.

—Si fueras mi prometida, se lo dejaría claro al resto del mundo con un largo y profundo beso. Y un anillo que mi madre me habría exigido poner en tu dedo —sonrió.

—Será afortunada la mujer que ostente ese cargo. ¿Por qué no estás casado aún, o tienes una prometida que te acompañe a las galas benéficas y demás eventos sociales? —curioseé.

—Porque no se ha dado el caso de que una mujer me conquistara de todas las maneras posibles —susurró inclinándose y me besó.

—Ya veo —sonreí.

—Tu ex parecía interesado en ti —dijo cuando se abrieron las puertas del ascensor y entramos.

—Está casado.

—Solo digo lo que he visto, igual que cuando lo vi contigo en el jardín de tu casa.

—Carlos no es de los que intente nada teniendo mujer, te lo aseguro.

James asintió, pero no parecía muy convencido. Me acompañó al coche y quedamos el lunes a primera hora en mi despacho. Puse el coche en marcha y regresé a casa, necesitaba pasar, o al menos intentarlo, esos dos días tranquila y sin pensar.

En cuanto Inés me vio entrar en la cocina sonrió, preguntó cómo había ido y la reñí un poco por haberle dicho a David dónde había ido y dónde estaría.

—Lo siento, pero estábamos los tres muy preocupados.

—Lo sé. James vendrá el lunes al despacho con un abogado, Trevor sigue exigiendo el dinero y no va a parar, lo conozco demasiado.

—¿Es que no le bastó con arruinarte una vez que quiere volver a hacerlo? Ese hombre es odioso.

—Tú tranquila, no te alteres, ¿vale? El bebé tiene que estar relajado ahí dentro —sonreí—. Voy a cambiarme y preparamos la mesa para comer.

Inés asintió y mientras iba a mi habitación saqué el móvil del bolso. Marqué el número de Carlos y tuve la suerte de que respondió al

segundo tono.

—¿Iris? ¿Ocurre algo? —preguntó.

—El lunes voy a hablar con un abogado sobre todo esto, quiero saber qué puedo hacer contra Trevor. ¿Cuándo puedes volar aquí de nuevo?

—El martes por la tarde.

—Bien, agendaré una reunión contigo para comentar lo que hable con el abogado. Podías haberme dicho quién es tu esposa, Carlos, Trevor lo sabe y ahora estoy convencida de que no se conformará con un millón de dólares, pedirá más.

—Lo sospechaba, no es la primera vez que chantajean a la familia Brooks. Los hermanos de mi esposa son empresarios solteros de éxito y les han intentado colar unas paternidades que no les correspondían.

—Si tu suegro se entera de que tienes un hijo al que no reconociste, dejarás de ser su yerno favorito.

—No es lo peor que podría averiguar mi suegro sobre nuestro matrimonio. Oye, debo colgar, estoy a punto de embarcar. Te llamo el martes cuando aterrice para vernos.

—Vale.

—Adiós, Iris.

—Adiós, Carlos.

Colgué y no supe interpretar sus palabras. ¿Qué habría querido decir con eso de que un hijo no reconocido no era lo peor que había en su matrimonio?

Fruncí el ceño, pero sabía que por mucho que pensara en ello y tratara de obtener respuestas o conclusiones a esa frase, seguramente fueran erróneas, por lo que me cambié de ropa rápidamente para ir a poner la mesa con mi hermana.

Nico salía de su habitación en el mismo momento que yo, me dedicó una sonrisa y me besó en la mejilla.

—¿Qué tal la reunión? —preguntó, y fruncí el ceño, pero entonces caí en que mi hermana debía haberle dicho aquello como excusa para mi ausencia un sábado por la mañana.

—Bien, bien. Pero se acabó el trabajo hasta el lunes. ¿Qué planes tienes para el fin de semana, cariño?

—Esta noche vamos a ver el partido en casa de uno de los chicos, cenaremos pizza y no regresaré tarde a casa —sonrió y asentí—. Mañana iré a casa del padre de Caroline, le ha comprado un dormitorio completo nuevo y me ha pedido si puedo echarle una mano a montarlo.

—¿Has hablado con Jack para que te lleve y te recoja?

—Sí, ya he acordado los horarios de los dos días.

—Bien.

Pusimos la mesa entre los tres y Brenda no tardó en servir su

deliciosa carne asada con puré de patatas. Ella comía y cenaba en la mesa con nosotros, puesto que era una más de la familia, no solo la mujer que limpiaba, cocinaba y se encargada de cuidar de mi hijo.

El resto del día lo pasé viendo un maratón de la serie favorita de Inés, y podía asegurar que eso mismo haríamos al día siguiente.

¿Qué mejor plan que sofá, palomitas y tele?

Capítulo 3



El lunes me levanté a las cinco de la mañana, raro en mí porque no solía poner un pie fuera de la cama antes de las seis y media ningún día entresemana, pero el asunto de Trevor, Carlos y los malditos chantajes, no me habían dejado pegar ojo en toda la noche.

Me puse un conjunto de ropa deportiva y salí de casa sin hacer ruido para correr por la urbanización.

Lo hice con mis *earpods* escuchando música para aislarme del mundo, aunque solo fuera durante esa hora que estaría fuera. Apenas si el sol comenzaba a despertar y el cielo se cubría de tonos anaranjados, y muchos de los vecinos y vecinas ya estaban en sus cocinas, o como yo, descargando frustración pisando con fuerza el asfalto.

Pensé que cuando Trevor salió de mi vida, llevándose todo ese dinero, había desaparecido para siempre, pero ahí estaba, años después, volviendo a querer hundirme.

Por un momento pensé en venderle a David todo lo que tenía y ser directiva de la empresa de inversión en la sombra, era el único modo que se me ocurría para que Trevor no pudiera quitarme nada con chantajes y engaños. Pero sabía que mi mejor amigo no aceptaría aquello porque sería como admitir una vez más mi derrota ante ese hombre.

Y no debía hacerlo, no debía permitirme rendirme y darme por vencida sin luchar. La otra vez no lo vi venir, pero esta, en cambio, podía estar preparada para la lucha.

Solo esperaba que el abogado que James pusiera al cargo de este asunto fuera bueno y consiguiéramos amedrentar a Trevor y olvidarse de nosotros.

El sábado por la noche antes de conciliar el sueño definitivamente, estuve buscando a Trevor en Internet. Tras robarme se había

proclamado como un nuevo rico que había amasado su fortuna con ciertas inversiones que no pensaba desvelar, no volvió a trabajar después de eso y se pasó los años de fiesta en fiesta, y de cama en cama.

Entendía que se le estuviera acabando el dinero, pero no iba a ceder ante su exigencia de entregarle un millón de dólares. Tenía que hablar con Carlos y pedirle que pusiera a su mujer al corriente de todo.

Me paré en el parque a coger aire, apoyándome con ambas manos en las rodillas y los ojos cerrados. Respiré hondo, y tras ese breve descanso retomé la marcha justo cuando Imagin Drangons y su *Believer* resonaban en mis oídos con fuerza.

Sonreí, puesto que esa se había convertido hacía un tiempo en algo así como un mantra para mí.

“Oh, let the bullets fly, oh, let them rain. My life, my love, my drive, it came from Pain! …[1]”

Regresé a casa y todo seguía aún en calma. Eran las seis y cuarto, me di una ducha y tras ponerme en modo ejecutiva, con una falda de tubo gris, camisa blanca sin mangas y zapatos negros, me maquillé y recogí mi larga melena en una coleta alta.

—Buenos días, hija —dijo Brenda cuando entré en la cocina.

—Buenos días, mamita —sonreí y le di un beso en la mejilla.

Me sirvió el desayuno y se sentó a tomarse un café conmigo, haciendo tiempo hasta que mi hermana y Nico asomaran la cabeza. Normalmente no solía verlos antes de irme a trabajar, sobre todo a Nico, pero esa mañana sí que me acompañaron.

—Voy a ir a entrenar un poco con los chicos, este sábado tenemos partido —dijo mientras devoraba su plato de huevos revueltos con bacon.

—¿Y tú, hermanita? ¿Qué planes tienes? —pregunté.

—Pensaba ir a la asociación. Encargué un montón de libros nuevos para las chicas que quiero que lean y hagan un análisis sobre ellos, a modo de redacción, ya sabes.

—Me alegro de que hayas encontrado algo con lo que mantenerte ocupada el verano —Inés sonrió y se llevó la mano al vientre—. Bueno, me marcho que tengo una reunión a primera hora.

—¿Esa reunión de la que me hablaste el sábado? —interrogó mi hermana.

—Sí.

—Llámame cuando acabes y me dices qué tal ha ido.

—¿Con quién vas a reunirte, mamá?

—Con la dueña de unos almacenes, cariño, va a patrocinar un partido benéfico para la asociación que dirige la madre de James —

mentí, aunque el hecho de que Alexis Bowman fuera a ser la patrocinadora de ese partido, no era una mentira.

Me despedí de ellos y salí de casa encontrando a Jack aparcado en la puerta. Abrió el coche cuando me vio, saludó con su habitual buenos días, y pusimos rumbo a las oficinas.

James me escribió diciendo que ya iban en camino, y después recibí un mensaje de Carlos.

Carlos: *Buenos días, Iris. Cogeré un vuelo mañana a las dos de la tarde por lo que a las tres y media, si no hay retrasos, estaré en San Francisco. ¿Te parece bien si nos vemos a las cuatro en tu despacho?*

Iris: *Buenos días, me parece perfecto. Nos vemos mañana.*

Guardé el móvil en el bolso y poco después Jack me anunció que habíamos llegado. Bajé del coche y fui directa a mi despacho.

—Iris, buenos días —me saludó Rebeca, mi contable, cuando salí del ascensor—. Acabo de dejarte en el despacho un informe con los posibles beneficios que obtendrías sin finalmente inviertes en esa nueva tienda de joyería artesanal.

—Gracias, Rebeca, le echaré un vistazo cuando acabe la reunión que tengo ahora.

—Perfecto.

—Nikki, ¿has visto la agenda?

—Sí, jefa. He dejado café para los cuatro en tu despacho.

—Gracias. Hazlos pasar en cuanto lleguen.

Nikki asintió, entré en el despacho y me tomé unos minutos para respirar hondo.

Acababa de sentarme cuando la puerta se abrió y entró David, seguido por James y un hombre de unos cincuenta años, moreno, pero con alguna veta plateada en las sienes, alto, y de ojos azul oscuro.

—Buenos días, pequeñaja —dijo David, acercándose para darme un beso en la mejilla.

—Buenos días, sentaos, por favor. Nikki ha dejado café para todos.

—Iris, él es Conrad, uno de los mejores abogados del equipo —me puse en pie cuando James me lo presentó y le estreché la mano.

—Encantada, gracias por venir.

—James me habló de un chantaje.

—Así es.

Suspiré y puse a Conrad al corriente de todo, sin ocultar mi pasado con Carlos Lago. También lo conocía, muchos de sus colegas hablaban maravillas del abogado español que más casos había ganado en los años que llevaba viviendo en Los Ángeles.

Vio las fotos, leyó ambas cartas y escuchó la grabación. Conocía a la

familia de la mujer de Carlos y estuvo de acuerdo en que aceptar el chantaje solo significaba que acabaría pidiendo más dinero en un futuro.

—Hay que interponer una demanda contra él por extorsión —dijo Conrad, finalmente—. Tanto tú como Carlos debéis hacerlo. Después habrá que estar preparados, posiblemente Trevor no se lo tome bien y esto salga a la luz antes de lo que imagináis. Sé cómo es el señor Brooks, un hombre de familia a la antigua, y esto será un escándalo.

—Carlos vendrá mañana, ya le dije que debería hablar con su mujer, pero volveré a comentárselo.

—Bien, por lo pronto vamos a hacer oficial que soy tu abogado, y desde este momento cualquier cosa que te pueda hacer llegar Trevor, me la mandas.

—Está bien. ¿Debo darte un cheque como primer pago o…?

—Pequeñaja, eso corre por mi cuenta —intervino David.

—¿Qué? No, ni hablar. Esto es asunto mío, bastante dinero has puesto desde que me mudé con mi familia aquí.

—No vamos a tener esta discusión, Iris. Por los honorarios de Conrad, no te preocupes.

No me gustaba que David siguiera preocupándose por mis gastos, pero era un cabezota y no iba a aceptar que siguiera rechazándole.

Conrad me pidió que lo mantuviera al tanto de la reunión con Carlos y si necesitaba hablar con él, que no dudara en llamarlo. Me despedí de los tres y cuando salieron del despacho me tomé unos minutos para llamar a mi hermana.

Le conté lo que habíamos hablado y se quedó tranquila al saber que Conrad se haría cargo de todo.

Nada más colgar, me centré en mi trabajo y así pasé la mañana, le dije a Nikki que me pidiera algo de comer y me quedé en el despacho todo el día trabajando. Era mejor eso, que parar y pensar en Trevor.

Capítulo 4



Cuando decidí dar por finalizado aquel lunes, comprobé al salir del despacho que era la única que estaba allí todavía.

Suspiré, entré en el ascensor y me apoyé en la pared de espejo con los ojos cerrados.

Había tratado de mantenerme tan ocupado para no pensar en Trevor, que acabé por perder la noción del tiempo. Ni siquiera Nikki me había avisado de su marcha, mi secretaria sabía, y me conocía muy bien, que cuando me encerraba entre las cuatro paredes de mi despacho y no salía ni para comer, no tenía que molestarme nadie.

En cuanto escuché el aviso de llegada a la planta baja, abrí los ojos y salí mientras buscaba el móvil en el bolso. Genial, me lo había dejado en el despacho.

Resoplé, volteé los ojos, y regresé. No, no tenía la cabeza donde debía tenerla.

Al pasar por el mostrador de Nikki vi que había una carpeta en la que había pegado un post-it rosa fluorescente con mi nombre en grande y una carita guiñando el ojo. Sonreí, solo ella podía hacer algo así en un día malo para mí.

La cogí y mientras entraba en el despacho le eché un vistazo, eran varios informes que Peter y Mike habían redactado para que los revisara, mi secretaria tan eficiente no había permitido entrar a molestarme ni a los analistas. Tendría que tener un detalle con ella.

Dejé la carpeta en mi escritorio y vi el móvil, justo al lado del portátil. Al cogerlo comprobé que la lucecita de notificación estaba parpadeando, y al encenderlo vi que tenía un par de mensajes de Inés.

Sí, era un poco más tarde que de costumbre y no había vuelto a casa, así que estaba un pelín preocupada.

Iris: *Ya sabes que cuando quiero no pensar en algo, me pongo en modo*

trabajo a tope, he perdido la noción del tiempo.

Respondió enseguida, como si hubiera tenido el móvil en la mano, diciendo que debía pensar menos y olvidarme de cierto gilipollas.

Tenía razón, pero no podría olvidarme de ese gilipollas hasta que estuviera fuera de mi vida definitivamente y para siempre.

Y no, no estaba pensando en enviar a alguien como Jack o alguno de los chicos de David a darle un susto o echarlo al hoyo de por vida, no era tan drástica.

Estaba guardando el móvil en el bolso cuando escuché el sonido del ascensor. ¿Quién podría ser a esta hora? ¿Se habría olvidado algo Nikki, o alguno de los demás?

Fruncí el ceño y mi duda quedó resuelta poco después, cuando los pasos de alguien se acercaban a mi despacho, tal vez era David, o Jack que subía para ver si estaba bien, puesto que siempre me esperaba en la puerta hasta que salía, pero no era ninguno de ellos dos.

—¿James? ¿Qué haces aquí? —pregunté al ver al hombre que, con sus sola presencia, hacía que mi cuerpo reaccionara con un leve estremecimiento.

—Venía a ver cómo estabas —respondió acercándose y no tardó en posar la mano en mi cintura para acto seguido inclinarse y darme un beso.

Cerré los ojos sintiendo las mil sensaciones que esos labios carnosos y suaves producían en mi cuerpo, y apoyé una mano en su hombre y la otra sobre su pecho. Su aroma con ese leve rastro a menta me invadió, y el beso pasó a ser mucho más intenso y profundo.

Cuando James se apartó noté que apoyaba su frente en la mía, yo seguía con los ojos cerrados sintiendo que entre sus brazos el día había mejorado un poco.

—¿Estás bien, preciosa? —preguntó en un susurro mientras me acariciaba la mejilla, y tan solo asentí— Vamos, te invito a cenar.

—Jack me está esperando abajo, y ya voy demasiado tarde.

—Estaba —noté una leve risa en su voz—. Lo vi y le dije que podía irse, que iríamos a cenar y después te llevaría a casa.

—¿Cómo has hecho eso? Y sin consultarme —lo miré con el ceño fruncido, pero no podía enfadarme con ese hombre más de un minuto.

—Si te consultaba ibas a poner cualquier excusa. Cuando llegué hace como una hora, Jack dijo que no tardarías en bajar, pero al no hacerlo, decidí venir a buscarte.

—En días como hoy, cuando tengo algo rondando en la cabeza, me encierro en el despacho a trabajar solo para no pensar —me encogí de hombros.

—Y por eso estoy aquí, preciosa —sonrió—, para que no pienses en nada durante un par de horas. O quién sabe, igual toda la noche —hizo un guiño y arqueé la ceja.

—No estoy yo para juegos esta noche, James.

—¿Por qué piensas en eso? Yo más bien iba a ofrecerte mis servicios como masajista. Estás tensa, Iris.

—Además de ser representante deportivo, abogado de carrera, y preparar unos desayunos de muerte, ¿sabes dar masajes? Eres como una navaja suiza —reí.

—Se me dan bien muchas más cosas de la que imaginas, preciosa. Venga, salgamos de aquí y vayamos a cenar.

Me dio un beso rápido en los labios antes de posar su mano en la parte baja de mi espalda, salimos del despacho y una vez estuvimos solos en el ascensor, me pegó a su costado haciendo que apoyara la cabeza sobre su pecho.

¿Cómo podía ese hombre tan dominante en el sexo, ser tan dulce en ese momento?

En cuanto puse un pie en la calle respiré hondo, no había salido del despacho desde que llegué esa mañana y ni siquiera fui consciente del agobio que eso me provocó.

James abrió la puerta del coche y tras sentarme y volver a cerrarla, fue hacia su asiento. Cuando lo puso en marcha y emprendió el camino, sentí la necesidad de cerrar los ojos y relajarme.

Unos segundos después noté su mano sobre la mía, me acariciaba despacio la muñeca y sonreí. Era tan atento.

No sabía cuánto habíamos tardado en llegar donde fuera que me llevaba, pero cuando me avisó y abrí los ojos, vi que estábamos cerca de la playa.

Entramos en un restaurante con vistas al mar, nos sentamos en la terraza exterior donde había solo unas pocas mesas ocupadas y pidió vino blanco.

Eché un vistazo a la carta y se me hizo la boca agua. Apenas había comido un sándwich y a esas horas tenía hambre.

—Ensalada César, y pescado —dije cuando el camarero se acercó a tomarnos nota.

—Yo tomaré lo mismo —James cerró su carta y se las entregamos. Una vez nos quedamos solos, volvió a hablar—. ¿Cuándo estará aquí tu ex?

—Mañana, a las cuatro hemos quedado en mi despacho.

—¿Me llamarás cuando acabéis de hablar?

—¿Por qué quieres que lo haga?

—Para ver que todo ha ido bien.

—James, no tienes que preocuparte por nada. Carlos ya sabe que yo no soy la que le ha pedido dinero, no va intentar nada en mi contra.

Asintió, pero noté que su semblante cambiaba, no quise entrar en eso y me dediqué a disfrutar de la deliciosa cena que tenía delante acompañada de una copa de vino.

Le pregunté por Brody Fisher, sabía que ese fin de semana se habían reunido en las oficinas del equipo, me dijo que era oficialmente jugador de los *SFW* y que el contrato era por tres temporadas para empezar.

Él se había convertido también en su representante y ahora estaba buscando

patrocinadores para él.

Tras la cena me incitó a tomar postre, y no pude evitar pedirme un Brownie con helado de vainilla y chocolate caliente y algunas nueces decorándolo. Ese era, sin lugar a dudas, el postre favorito de mi hermana y mío.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa? —propuso mientras nos poníamos en pie.

—Suena bien —sonreí.

Accedimos a ella directamente desde aquella terraza. Me quité los zapatos y vi a James hacer lo mismo, además de remangarse el pantalón para no llenarlo de arena.

Sentir la arena fresca en los pies era una sensación tan relajante, que agradecí estar ahí en ese momento.

James entrelazó nuestras manos y caminamos por la orilla, dejando que el agua nos cubriera los pies.

—Mi madre me ha llamado esta tarde —dijo tras unos minutos paseando en silencio.

—¿Cómo está?

—Bien —sonrió—, entusiasmada con el partido. Alexis ha estado por allí algunas tardes, entregando las cestas a las chicas, y además ha ofrecido a las más mayores trabajar en los almacenes cuando hayan tenido al bebé y puedan incorporarse tras los meses de reposo.

—¿En serio?

—Sí.

—Me alegro por ellas.

—Mi madre considera que eres un ángel que le envía mi padre para ayudar en la asociación. Gracias a ti, va a recaudar dinero con el partido, ha conseguido un buen ginecólogo para esas chicas, tu hermana las ayuda con los estudios, les enseña muchas otras cosas, y ahora Alexis también se une al equipo de ayuda.

—No soy un ángel, solo sé lo que se siente al estar sola en esa situación con la ayuda de unos pocos —me encogí de hombros.

—Iris, ¿por qué no te valoras como debes? —cuestionó deteniendo el paso y haciéndome girar para quedar frente a frente— Eres una mujer increíble. Inviertes dinero en negocios que están empezando y en muchos de esos casos las dueñas son mujeres jóvenes sin apenas recursos.

—Me recuerdan a mí —aparté la mirada.

—Eres una gran mujer, Iris —aseguró sosteniendo mi barbilla con dos dedos para que lo mirara de nuevo—. Fuerte y luchadora.

—Hasta ahora, solo mi familia me veía así —sonreí tímidamente.

—Yo también te veo, preciosa —se inclinó al tiempo que llevaba mi cabeza ligeramente hacia atrás con los dedos en mi barbilla y me besó.

Dejé caer los zapatos poco después y le rodeé el cuello con ambos brazos. Sentir a James tan cerca era como una cura para todos esos males que me envolvían en ese momento.

Cuando se apartó me estrechó entre sus brazos, cerré los ojos y ambos respiramos hondo, aspirando el aroma del otro. Me besó la frente y aquello me pareció mucho más íntimo y tierno que un beso en los labios.

—Sé que no lo necesitas, pero me gustaría cuidarte, Iris. Me gustaría ser el hombre que te apoye en todo, que te coja de la mano y no la suelte en los peores momentos.

Aquellas palabras me hicieron estremecer, al tiempo que notaba las lágrimas agolpándose en mis ojos. Nadie me había dicho algo tan bonito y con tanta sinceridad, nadie salvo David.

—Debería irme a casa, Inés estará preocupada —dije apartándome.

—Llámala, dile que pasas la noche conmigo —me acarició la mejilla y colocó un mechón de cabello tras mi oreja.

Su mirada era intensa, cargada de intenciones, y el habitual gris había pasado a ser un poco más oscuro. Quería pasar la noche con él, por supuesto que sí, me encantaría, pero no debía dejar que lo que había se convirtiera en algo más que sexo.

—Estoy cansada, James, necesito una ducha y meterme en la cama.

—Te ofrezco algo mejor —me rodeó con ambos brazo por la cintura —. Un masaje, un baño de espuma con una copa de vino y música relajante de fondo, y después puedes acostarte y dormir entre mis brazos.

Sonreí levemente, aquello sonaba bien, mejor que bien, sería una maravilla poder disfrutar de ese momento. Pero tuve que rechazar la oferta.

—No puedo, James —aparté la mirada—. Quiero ver a Nico.

—Entiendo —tras un último beso en mi frente se inclinó para coger mis zapatos, entrelazó de nuevo las manos y caminamos de vuelta hacia el restaurante.

Me llevó a casa en silencio, pero sin soltarme la mano ni dejar de acariciarla, como si de ese modo quisiera hacerme entender que estaba ahí para mí.

Nos despedimos con un breve beso y quedé en hablar con él cuando acabara de contarle a Carlos, lo que mi abogado me había dicho que teníamos que hacer.

En cuanto entré en el salón Nico sonrió y se levantó para darme un

abrazo. Me encantaba que hiciera eso. Podría ser casi un hombre, pero seguía teniendo esas muestras de cariño conmigo.

Tras una breve charla con él sobre su día, me dio las buenas noches y se fue a la cama. Inés sonreía al vernos y después de apagar la televisión, también se levantó.

—¿Estás bien?

—Sí, hermanita —le aseguré.

—¿Has estado trabajando hasta ahora?

—No —negué con la cabeza al mismo tiempo—. James se presentó en el despacho, me ha llevado a cenar y luego dimos un breve paseo por la playa.

—Ese hombre es todo un conquistador —sonrió.

—Y sabes que yo no me dejaré conquistar.

—Eso dices, pero ya sabes: “del dicho al hecho…” —Se encogió de hombros.

—Inés, no busco nada serio y lo sabes. ¿Qué tal si aparece otro Trevor en mi vida? No, gracias.

—James no tiene pinta de ser otro Trevor, hermana.

—O sí. ¿Un lobo con piel de cordero?

—Paparruchas —le quitó importancia al asunto con un movimiento de la mano—. Me voy a la cama, que hoy me noto más cansada de lo normal.

—¿Cómo está nuestro bizcochito? —Le acaricié el vientre.

—Horneándose a fuego lento.

—Eso está bien —le besé la frente y fuimos juntas hacia las habitaciones.

—Iris —dijo parándose frente a su puerta—. Sabes que no voy a tener vida suficiente para agradecerte lo que estás haciendo por mí, ¿verdad?

—Cuidar te mi hermana pequeña entra las tareas asignadas por ser la mayor. No tienes nada que agradecer, cariño —le aseguré—. Una vez me ayudaste tú a mí.

—He pensado en vender la casa —dijo de pronto agachando la cabeza—. Sé que no es necesario, con el dinero del seguro de Zack tendremos suficiente para un tiempo, pero… Me duele entrar allí y ver que no volveré a verlo.

—¿Has ido sola a tu casa? —pregunté y asintió.

—Me cuesta estar allí. Pasé más de una hora en mi cama abrazada a una de sus camisas, llorando.

—Cariño —la abracé al escuchar su voz quebrada y cargada de lágrimas—. Si es lo que quieres, lo haremos. Empaquetaremos vuestras cosas y la pondremos a la venta. Aquí podéis quedaros todo el tiempo que queráis.

—Lo sé.

—Venga, ve a descansar y no llores, que cuando nazca el bizcochito lo hará sabiendo hablar y preguntará por la llorona.

—Lo que me faltaba, recién nacido y llamándome llorona —rio entre lágrimas—. Buenas noches, Iris.

—Buenas noches, cariño.

Sabía que iba a ser doloroso para ella entrar de nuevo en su casa, si nos costó hacerlo cuando perdimos a nuestros padres, no podía imaginar lo que debía suponer para ella, puesto que allí había vivido los mejores años de su vida con el hombre al que amaba, y ahora no volvería a verlo.

Entré en mi habitación, me di una ducha rápida y me metí en la cama. No habría baño relajante, pero al menos trataría de dormir y descansar. El no haberlo hecho la noche anterior, seguía pasándome factura.

Capítulo 5



Eran las cuatro y cinco de aquella tarde de martes, cuando Nikki llamó a mi puerta diciendo que tenía visita.

—Hola, Iris —Carlos entró en mi despacho y tras saludarlo con un afectuoso apretón de manos, lo invité a sentarse.

—Gracias por venir —dije.

—Tenemos un enemigo común —sonrió—. ¿Qué te ha aconsejado tu abogado? Porque yo he pensado que lo mejor sería denunciarlo y librarnos de él por las buenas.

—Eso mismo haremos.

Le conté lo que habíamos hablado Conrad y yo, Carlos como abogado podría representarse a sí mismo, pero no creí que fuera la mejor decisión, por lo que llamé a Conrad y le pregunté si podría ser también abogado suyo.

—Claro, no habría problema. Ambos estáis en la misma situación, queréis acabar con este asunto y hacerlo por las buenas, así que… Te envío un correo con un documento para que me firméis los dos, y me lo devuelves —me dijo.

—Conrad, buenas tardes, soy Carlos.

—Buenas tardes, Carlos.

—¿Podrías, por favor, incluir en el correo cuánto debo abonarte por ser mi abogado?

—Por supuesto, lo pondré como un anexo. Y no te preocupes, somos colegas de profesión, no me excederé en mis honorarios —sonaba como si estuviera sonriendo.

—Es de agradecer —rio Carlos.

—En unos minutos lo tenéis, Iris.

—Perfecto, muchas gracias, Conrad —corté la llamada y miré a Carlos, tenía una pregunta que hacerle y no pensaba dejar que se marchara sin darme una respuesta—. ¿A qué te referías con eso de que

este no sería el peor secreto que descubriera tu suegro?

—Mi esposa sí sabe que tengo un hijo —confesó—. Lo supo desde el principio. Sabe toda la historia, que mis padres me obligaron a dejaros, que no he tenido contacto con vosotros nunca y que jamás lo haría ni pediría unos derechos que sé que no me corresponden.

—¿Por qué se lo contaste? Imagino que para ella la familia es importante, como para su padre.

—Nuestro matrimonio no fue más que un acuerdo, Iris.

—No te entiendo.

—Amanda y yo nos conocimos un año antes de lo que todo el mundo cree. Ella estaba en Madrid con unas amigas, tuvimos un choque con el coche, lo arreglamos de manera amistosa y acabamos entablando una conversación. Resultó que a los dos nos había parecido bastante sexy la agente de policía que hizo el parte —sonrió.

—Bueno, las mujeres también podemos apreciar si otra mujer es sexy.

—Sí, pero imagino que tú no fantasearías con que te esposara y te hiciera todo tipo de cosas en la cama.

—Bueno, no, si acaso con un hombre, pero… Espera un momento —fruncí el ceño, porque no podía ser que estuviera diciendo lo que yo pensaba que estaba diciendo—. ¿Amanda es…?

—A Amanda le gustan las mujeres, y siempre ha tenido muy clara su sexualidad. Pero su padre no lo entendería, es un hombre de otra época, y quiere una buena esposa para sus tres hijos al igual que siempre quiso un buen marido para sus dos hijas. Entablé una buena amistad con ella, como tienes tú con David. Una tarde me llamó llorando, su padre quería que se casara pronto puesto que todo el conglomerado de los hoteles pasaría a ser de sus hijos, y quería que un buen hombre la acompañara en esa nueva vida. Su hermana que es solo un par de años menor ya estaba prometida con su novio de la universidad, habían fijado la fecha para un año después. Me pidió llorando que la ayudara a vivir un matrimonio falso, sin que nadie supiera la verdad.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque ella me pidió que lo hiciera. Quiso que me sincerara contigo por si en el tiempo que estemos con el asunto del chantaje, se descubría algo de su vida. Los dos tenemos una relación de amistad, pero no somos célibes, no sé si me entiendes —sonrió.

—Tenéis vuestros escarceos, lo pillo.

—Sí. No imaginas lo difícil que es tener amigas, por llamarlas de algún modo, que mantengan el secreto de que supuestamente soy infiel a mi mujer porque no me termina de satisfacerme en la cama.

—¿Crees que Trevor pueda saber algo de eso?

—No estoy seguro, pero viendo una de las fotos que me hizo a mí

solo, si es un poco listo, puede que lo averigüe. Yo salía de haber estado en un hotel de Boston con una de esas amigas. Ella está en un segundo plano en la foto.

—Hay que hablar con Conrad, tiene que saber esto.

—¿Ese abogado es de fiar?

—Puedes estar seguro de que sí, me lo presentó un amigo común de David y mío.

—¿El moreno que se presentó el otro día aquí y me miró como si quisiera matarme por tocar a su mujer?

—No soy su mujer, él no es mi pareja.

—Pues quiere serlo —sonrió—, puedes apostar por ello.

—Era ese hombre, sí, pero no hay nada entre nosotros.

—¿Estás saliendo con alguien?

—No, bueno, es… complicado —aparté la mirada.

—Me gustaría invitarte a cenar, Iris —dijo de pronto y me quedé sin aire en los pulmones.

—No es buena idea.

—Solo será una cena entre dos viejos conocidos, Iris. Me gustaría que me hablaras del chaval.

—¿Por qué te interesaría saber algo sobre Nico ahora, cuando no quisiste saberlo en su momento?

—Porque creo que no volveré a ser padre nunca más.

El hecho de que estuviera casado con una mujer a quien le resultaba más atractiva la idea de que una mujer policía le hiciera toda clase de cosas en la cama, era razón de peso para que Carlos Lago no tuviera la posibilidad de tener más hijos, al menos hasta que el señor Brooks se reuniera con el creador y Amanda pudiera decir abiertamente que le gustaban las mujeres, y no los hombres.

Sopesé la propuesta, no era más que una cena entre dos personas que tenían un pasado en común, y que, por circunstancias ajenas a ellos, se habían reencontrado después de dieciséis años donde menos esperaban haberlo hecho.

Recibí en ese momento el aviso de llegada de un correo electrónico, resultó ser el que Conrad había dicho que enviaría. Imprimí los documentos que teníamos que firmar, lo hicimos, se los mandé de vuelta y le dije a Carlos la cantidad que Conrad le cobraría por sus honorarios.

—Iris, ha llegado tu reunión de las cinco —anunció Nikki desde la puerta.

—Gracias, dile que le atenderé enseguida.

—Me marcho ya, veo que estás ocupada —dijo poniéndose en pie—. ¿Podemos desayunar mañana? Me gustaría que llamáramos al abogado para reunirnos los dos con él por la tarde.

—Claro. ¿A las ocho en la cafetería que hay al otro lado de la calle?

—Perfecto. Nos vemos mañana, Iris.

Carlos salió del despacho y Nikki acompañó a un posible nuevo cliente adentro.

Dejé a un lado las preocupaciones en lo que a Trevor se refería, y me puse de nuevo en modo mujer de negocios.

Tenía que llamar a mi hermana, a James y a David para contarles cómo había ido, pero deberían esperar a que acabara esa reunión. Era importante, una que podría traer beneficios no solo para mí.

Capítulo 6



Desayuné con Carlos a la mañana siguiente tal como habíamos quedado, y concertamos una reunión con el abogado para esa misma tarde.

Nos centramos en la denuncia que pondríamos contra Trevor, y Carlos le contó lo de su falso matrimonio, respaldado por Amanda quien estuvo plenamente de acuerdo en que Conrad supiera aquello.

Carlos me dijo que no había ningún problema si quería contárselo a mi hermana y a David, puesto que a fin de cuentas eran mi familia y él confiaba en ellos.

Me reuní por la noche en casa con los dos para cenar y cuando Nico se fue a la cama, se lo conté. No salían de su asombro ante la decisión de Carlos de ayudar de ese modo a una amiga.

—Bueno, vosotros no llegaréis a casaros, pero prácticamente hacéis lo mismo —dijo Inés.

—Una cuestión, pequeñaja —David me miró con los ojos ligeramente entornados—. James me dijo que cuando entró el sábado en tu despacho, os sorprendió a los dos abrazados.

—Qué es, ¿una vieja chismosa?

—Ey, solo lo hizo porque quería informarme sobre lo que ese hombre hacía con mi prometida. Aunque la verdad es que él se mostró bastante furioso, como si hubiera querido apartarlo de ti de un empujón. James Benson es muy territorial —sonrió.

—James Benson y yo solo hemos follado algunas veces, no soy nada suyo.

—Yo apostaría que, si pudiera, le levantaba la prometida a David —rio mi hermana.

—Eso no va a pasar. James es como él, un hombre cero compromisos, sexo todo el que quieras —me encogí de hombros y di un sorbo a mi copa de vino.

—La gente puede cambiar, Iris.
—Inés, el día que vea a David Montes enamorado, me baño desnuda en mitad de la noche en la playa.
—Anota eso en el móvil, David —le pidió a él señalando el teléfono que estaba en la mesa del porche—. Que quede para la posteridad.
—Lo anoto, lo anoto —rio el muy cabrito.
—Desde luego, cómo odio que seáis dos contra una —volteé los ojos.
—Vale, y cambiando de tema —David se incorporó en la silla—. ¿Has sentido algo al volver a estar con tu ex?
—¿Qué? ¿Es que te has vuelto loco?
—Hermana, ya sabes lo que dicen: "donde hubo fuego…"
—…Ascuas quedan —acabó David por ella.
—Hace dieciséis años que rompió conmigo de la manera más rastrera que jamás me pude imaginar. Me abandonó estando embarazada de tres meses por lo que sus padres pensaban que diría la sociedad en la que se movían, no vino a buscarme en dos años y dejé de quererlo, de pensar en él y de sufrir por lo que nos hizo a mi hijo y a mí. ¿Y vosotros pensáis que podía haber vuelto a sentir algo? Pues no, no siento nada por él.
—¿Y él por ti? —intervino Inés.
—Esto qué es, ¿un interrogatorio? Por Dios, sois peores que papá y mamá ahora mismo, la noche de mi diecisiete cumpleaños cuando llegué a casa a las cinco de la mañana sin haberles avisado.
—Recuerdo esa noche —dijo mi hermana—. Mamá estuvo llamando a todos los hospitales por si estabas allí.
—Dudo mucho que después de tanto tiempo, Carlos sienta algo.
—Según James, nuestro querido Carlos te miraba con ojitos de cachorro —comentó David—. No dijo esas palabras, pero así lo interpreté.
—Que os quede clara una cosa, a los dos —señalé a ambos—. No volvería a estar con Carlos, ni, aunque fuera el último hombre en la faz del planeta Tierra.
—Si lo dices con esa mirada de asesina, te creo, porque capaz eres de cortarme las pelotas y convertirme en un eunuco de esos.
—Oh, créeme, amor mío —dije con cierto retintín—, lo haría.
—Pero, Iris, ¿y si Carlos quisiera…?
—Inés, Carlos puede querer acompañarme a misa un domingo, llevarme a cenar un sábado, y desayunar conmigo un miércoles, que me dará igual.
—Habéis desayunado juntos.
—Gracias por el apunte, David. Sí, hemos desayunado y hablamos con Conrad para reunirnos con él. Tenemos la desagracia de que hay un maldito loco chantajeándonos a los dos y debemos aliarnos para

que nos deje en paz. Mira, Carlos es parte de mi pasado, por desgracia ahora está en mi presente, pero te aseguro que cuando todo esto acabe, no formará parte de mi futuro ni del de mi hijo.

En ese momento me sonó el móvil y vi que era James, al igual que ellos, que dejaron salir una sonrisa de lo más pícara.

—Ese sí que quiere estar en tu futuro —rio David.

—Y tú como mi prometido deberías impedírselo.

—Oye, si hasta te besa delante de mis narices y no se corta, ¿qué puedo hacer para espantarlo?

—¿Comprar un anillo, aunque sea de plástico? —Volteé los ojos y cuando el teléfono volvió a sonar, lo cogí y me alejé de ellos— Hola, James. ¿Va todo bien?

—Sí, solo quería comentarte algo. El partido será el próximo fin de semana.

—Vaya, eso es genial —sonreí.

—Sí, mi madre está entusiasmada, te lo aseguro. Espero que podáis asistir.

—Claro, no nos lo perderíamos. Nico está deseando que llegue el día.

—Oye, ¿qué te parecería si invito al chico a sentarse en el banquillo con los jugadores?

—Si haces eso, se volverá loco —reí.

—Tú puedes estar en el palco con mi madre.

—Me gustará hacerle compañía, la conozco poco, pero ya la adoro.

—Créeme, preciosa, es mutuo —sonrió—. ¿Puedo invitarte a cenar el viernes?

—Puedes, otra cosa es que yo acepte.

—¿Y si prometo portarme bien? —el tono seductor de voz que empleó, hizo que se me erizaran hasta los vellos de la nuca.

Dios, ese hombre era único para conseguir que mi cuerpo reaccionara.

—James —lo amonesté.

—Cocinaré yo, te daré un masaje, prepararé un baño de espuma para que te relajes. Después solo dormiremos.

—¿En serio estás diciendo que vas a tenerme en tu cama, y no querrás intentar nada? ¿Solo dormiremos?

—Eso estoy diciendo, sí.

—Es miércoles, tengo casi dos días para decidirme.

—Técnicamente, ya es jueves, son más de las doce de medianoche.

—Tienes respuestas para todo, ¿verdad?

—Soy agente deportivo, llevo al cabo de la semana muchas negociaciones con patrocinadores para mis chicos, debo tener respuestas para cada ocasión, preciosa.

—Vale, te diré el viernes a mediodía si acepto esa oferta de que me

mimes, o no.

—Si la rechazas, me sentiré muy dolido —sonaba apenado el muy truhan—. Nunca he hecho una oferta de mimos como esta.

—¿Eso me hace ser especial, señor Benson?

—Muy especial, me atrevería a decir, señorita Duarte.

—Lo pensaré, el viernes te llamo.

—Espero que sea un sí, porque te prometo que va a ser la mejor velada de mimos que tendrás en toda tu vida. O, quién sabe, puede que sea la primera de muchas conmigo.

—Buenas noches, James.

—Buenas noches, preciosa.

Cuando regresé junto a David y mi hermana, ambos seguían sonriendo como niños traviesos.

—¿Te ha invitado a una cita de sexo salvaje? —preguntó Inés.

—Dejad el interrogatorio, es tarde y estoy cansada.

—A la mierda la noche de vino —protestó David—. Que descanséis, mis preciosas niñas.

Nos despedimos de él y cada una fue a su habitación. Cuando entré en la mía lo hice con una sonrisa al pensar en James. ¿De verdad ese hombre dominante tenía una faceta romántica?

Me costaba creerlo, pero estaba dispuesta a comprobarlo de primera mano en la noche del viernes.

Capítulo 7



Carlos regresó a Los Ángeles el jueves por la tarde, aprovechó el viaje para visitar a unos clientes y estuvimos hablando por mensaje esos días.

Todas las conversaciones estaban relacionadas con la denuncia que íbamos a interponer contra Trevor.

Seguía sin poder creer que aquel hombre fuera tan déspota. ¿De verdad no le bastó con robarme y hacerme perder mi empresa, que ahora quería más dinero?

El problema era que, esa clase de gente que se vale de un chantaje para conseguir dinero, no se conforman solo con haber conseguido su objetivo una vez, siempre habría una segunda, y puede que una tercera.

No estaba dispuesta a que Trevor volviera a salirse con suya, bastante me había robado años atrás como para que ahora jugara la carta de la paternidad de mi hijo para sacarme más dinero, y no solo a mí.

Aquello me parecía rastrero hasta para él.

Era viernes, estaba recogiendo y a punto de marcharme a casa para prepararme para esa cena con James, cuando David asomó la cabeza por la puerta del despacho.

—¿Tienes un momento? —preguntó.

—Claro, la semana de trabajo ya ha terminado —sonreí.

—¿Cómo estás? —caminó con las manos en los bolsillos como si el despacho fuera suyo.

—Bien, pero deja de preocuparte. Todos deberíais dejar de hacerlo. Conrad es un buen abogado y Trevor tiene las de perder.

—Lo sé, pero, joder, es que en unas pocas semanas tus dos ex han vuelto a aparecer en tu vida. Eso es fuerte —silbó.

—No voy a dejar que condicionen mi vida con sus reapariciones.

¿Querías decirme algo más, aparte de preguntar cómo estoy?

—Nico me ha dicho que el partido benéfico será el próximo sábado. ¿Vas a ir?

—Obvio que sí —sonreí—. No me has hablado de la cena con Alexis.

—Cierto, no lo he hecho.

—¿Qué tal fue?

—Muy bien. Es una mujer simpática y no hubo silencios incómodos. Hablamos de los almacenes, de mi trabajo, de lo familiar que somos los dos —sonreía con cada palabra que decía, y a mí me rondaba una pregunta en la cabeza.

—¿Te gusta Alexis?

—Es guapa, sí, y su personalidad me gusta.

—No es eso a lo que me refiero —arqueé la ceja, pero sabía que no iba a decirme nada más—. Me marcho a casa, he quedado.

—¿James?

—Sí.

—Os veo futuro —dijo entrecerrando los ojos.

—¿Eres adivino, ahora? ¿Lees los posos del café y sabes lo que me depara el destino?

—Puede, ¿no me ves cierto parecido con Rapel?

—Te falta melena, y las gafas, un poco de barriguita también y… Sí, te sobran unos cuántos centímetros.

—Espero que te refieras a mi altura porque en cuanto a otra parte, estoy satisfecho, y no se me ha quejado nadie al respecto.

—Sí, David, me refería a tu altura —volteé los ojos.

El muy canalla dejó salir una de esas sonrisas golfas a más no poder, se levantó y me acompañó hasta la calle donde Jack me esperaba. Nos dimos un par de besos y quedamos en hablar.

En cuanto se giró sacó el móvil y me pregunté si llamaría a Alexis para invitarla a salir. Bueno, a cenar como amigos y tomar una copa, porque David nunca reconocería que invitaba a una chica a salir, solo las invitaba a cenar y lo que surgiera.

Le pregunté a Jack cómo se le presentaba el fin de semana y soltó una carcajada.

—No sé qué te parece tan divertido —fruncí el ceño.

—El hecho de que sabes mejor que nadie que no tengo planes los fines de semana.

—Pues a eso hay que ponerle solución.

—¿Vas a invitarme a salir?

—No, pero te voy a dar el fin de semana libre completamente, para que salgas, te tomes una copa, y quién sabe, igual conoces esta noche a una mujer que te robe el corazón.

—Preferiría que no me robase nada, la verdad.

—Bueno, pues que te ponga cachondo, que te acelere como un fórmula uno y os deis una alegría para el cuerpo.

—Iris, si David supiera la clase de confianza y relación que tienes conmigo, que no soy más que un empleado, me relegaba del puesto y me llevaba de nuevo a la empresa, eso sí, creo que me iba a chupar muchos conciertos de Justin.

—¿Timberlake? Eso mola, tiene canciones muy chulas.

—Bieber —me fulminó con la mirada por el retrovisor—. Estaría rodeado de adolescentes gritando a ese chico, y quién sabe, igual alguna le lanza una de sus prendas íntimas.

—¿Las adolescentes siguen haciendo eso? Madre mía, lo más sonado en España fue cuando a Jesulín le caían sujetadores como churros.

—¿Quién es Jesulín? —preguntó frunciendo el ceño.

—Un torero ya retirado, que en su momento hizo un *tour* por las plazas con faenas solo para mujeres, y claro, en vez de claveles, como solían hacer, le lanzaban sujetadores.

—Cuánto me alegro de ser tu chófer.

—Pero no te tiran sujetadores —reí—. ¿O quieres que te tire el mío? ¿Y el tanguita también?

—Dios mío, mujer, que soy un hombre en sequía y si me lo dices con ese tono y esa mirada, se me dispara la imaginación.

—Tú necesitas una mujer que diga eso de: “busco a Jack” mientras se baja la cremallera del mono de cuero subida a una moto.

—Espera, eso es de un anuncio muy antiguo.

—Sí —sonreí—. ¿En vez de mi lencería quieres que me ponga un mono de cuero?

—Iris, que nos estrellamos cualquier día.

—Es que me gusta sacarte los colores.

—¿Qué colores?

—Los de las mejillas, los tienes de un rosado más mono.

—Yo no me sonrojo.

—Ey, tipo duro, que hace mucho que eres mi chófer, y te aseguro que, en momentos como este, sí que te sonrojas.

—Los hombres a los cuarenta no nos sonrojamos, Iris.

—No, ni ná. Tú te sonrojas. Mírate —reí.

Jack me volvió a fulminar con la mirada, pero cuando fingí estar viendo algo en el móvil, vi que echaba un vistazo con disimulo al reflejo que le ofrecía el retrovisor. Sin duda se sorprendió, porque no debía ser consciente de que se sonrojaba cuando hablábamos de esos temas.

—Iris —carraspeó.

—¿Hum? —Yo seguía fingiendo que leía algo súper interesante en el móvil.

—Si me sonrojara, que no es el caso, no sería porque piense en ti de

ese modo, sino que, bueno, supongo que sería porque nunca pensé tener estas conversaciones con una mujer que, además, es mi jefa.

—Te considero un amigo, lo sabes.

—Sí, pero…

—No hay nada más que añadir, señoría —sonreí mirándolo y le hice un guiño.

Jack se reía con la mirada puesta de nuevo en la carretera, y el resto del camino lo hicimos en silencio.

Sí, para cualquiera que no nos conociera, pensaría que en algún momento habíamos tenido un *affaire*, pero nada más lejos de la realidad. Jack era para mí lo mismo que David, un amigo con el que podía contar siempre.

Capítulo 8



Nada más llegarme el mensaje de James avisando que estaba fuera, salí de la habitación para despedirme de mi familia.

Inés sonrió a sabiendas de con quién me iba, y Nico silbó al verme.

—Estás preciosa, mamá.

—Eso es que tú me ves con muy buenos ojos, mi niño —le cogí por la barbilla para darle un beso en la frente.

—Haz caso a mi sobrino, que estás guapísima.

—Me vais a casar los colores.

—¿Con quién vas a salir? —peguntó mi hijo.

—Con James, para hablar del partido del próximo sábado.

—Va a ser una pasada —dijo entusiasmado—. Se enfrentan dos equipos fuertes.

—Cariño ya sabes que yo de fútbol americano, no entiendo mucho.

—De ningún deporte en general, hermana, a ver si va a pensar el chiquillo que sabes de algún otro —rio Inés.

—Me voy, antes de que James piense que no voy a salir —sonreí.

—O de que él llame a la puerta y entre a buscarte —dijo mi hermana, sabiendo que aquello era más que probable.

Salí de casa y allí estaba el dueño de esos ojos grises que no se me iban de la cabeza. Me esperaba apoyado en el coche, con las piernas cruzadas y mirando algo en el móvil. Llevaba unos vaqueros, camiseta y una chaqueta de cuero que le daba un aire de gamberro increíble. Por no hablar de lo sexy que estaba.

—Hola —saludé al llegar a su altura y levantó la mirada del móvil.

—Hola, preciosa —sonrió y se incorporó para besarme en la mejilla —. Creo que tenemos público.

Miré por encima del hombro y vi que mi hermana y mi hijo estaban asomados en la ventana, en cuanto me vieron cerraron la cortina de nuevo.

—Madre mía, lo que me faltaba, que el niño sea un pequeño cotilla, eso es cosa de mi hermana —resoplé.

—Qué guapa estás.

—Gracias.

No llevaba nada del otro mundo, solo un vestido negro entallado de manga corta y cuello barco, no se veía nada, salvo las piernas, claro, que la falda quedaba un poco por encima de las rodillas.

Subimos al coche y nada más ponerlo en marcha, entrelazó nuestras manos y se llevó la mía a los labios para besarla.

La charla hasta su casa fue sobre cómo habían ido nuestros días en el trabajo y lo ilusionada que seguía la madre de James por el partido de la semana siguiente.

Cuando llegamos, le faltó tiempo para devorarme los labios en cuanto cruzamos la puerta. Me estremecí al instante y supe que esa noche nos iba a costar a los dos no acabar cayendo en la tentación de entrar en su cuarto de juegos, o de perdernos entre las sábanas de su cama.

—Huele delicioso —dije cuando se apartó y nos dirigíamos, cogidos de la mano, hacia la cocina.

—Espero que te guste lo que he preparado, me he pasado toda la tarde en la cocina.

—¿Hablas en serio? —Elevé ambas cejas.

—Totalmente —respondió mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba en el respaldo de uno de los taburetes.

Abrió la nevera y sacó una botella de vino que ya había abierto previamente, así como una ensalada y una tabla de quesos con uvas. Lo llevamos todo a la mesa, retiró la silla para que me sentara y cuando lo hice se inclinó para besarme el cuello.

Llenó las copas de vino y después se sentó a mi lado para servir un poco de ensalada en cada plato.

—La ensalada te ha quedado muy buena —dije tras el primer bocado.

—Me alegro de que te guste.

—Pero no era esto lo que olía tan bien, ¿qué más has preparado?

—Ya veo que no eres impaciente solo en el sexo —sonrió—. Pastel de carne, receta de mi madre.

—Pues si sabe igual que huele, me declararé fan de Emilia Benson —sonreí.

Y sí, para cuando acabamos la ensalada y la tabla de quesos, James abrió otra botella de vino y sirvió un pastel de carne que no es que estuviera bueno, es que estaba delicioso.

—Tengo que darte la razón.

—¿En qué? —preguntó cuando estábamos recogiendo la mesa para preparar el café.

—Se te da bien cocinar.

—Es bueno saberlo —me dio un beso en la mejilla y cuando dejamos en la cocina todo lo que llevábamos, me puse a enjuagarlo para meterlo en el lavavajillas mientras él iba a por más.

Hizo café, que sirvió acompañado de dos pequeñas tartas de queso con salsa de frutos rojos y nata montada.

—¿También se te da bien la repostería? —pregunté sorprendida.

—No, estas las compré de camino a casa —rio.

—Bueno, nadie es perfecto —me encogí de hombros.

—¿Sabes algo de Conrad? Le he preguntado esta mañana y me ha dicho que todo está en marcha.

—Bueno, aparte de que vamos a poner la denuncia a Trevor y que cuando le llegue puede que suelte la bomba, no sé más.

—No quiero que te preocupes por nada, ¿de acuerdo? Tienes el mejor abogado de San Francisco.

—Lo sé —sonreí.

Después del café y aquella dosis de azúcar y calorías que irían directamente a mis caderas y el culo, terminamos de recoger todo y James sirvió dos copas de vino.

—Voy a empezar a pensar que quieres emborracharme para así poder seducirme —arqueé la ceja.

—Creo que no necesito recurrir al vino para eso —entrelazó nuestras manos y comenzamos a caminar hacia el pasillo.

—¿Dónde vamos?

—Es hora de que comience oficialmente su noche de relax, señorita Duarte —dijo pasándome el brazo por los hombros sin soltarme la mano y rodeándome con él por la cintura.

—Así que ibas en serio cuando dijiste que habría cena, masaje, baño de espuma y un sueño reparador.

—Absolutamente en serio.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Deberíamos hacer una apuesta.

—¿Una apuesta? ¿Por qué haríamos algo así?

—Bueno, dada la leve descarga eléctrica que parecen sentir nuestros cuerpos a veces cuando apenas si nos cogemos de la mano, no sé si podrás evitar no tocarme y tratar de meterte entre mis piernas.

—¿Y la apuesta sería? —sonrió de medio lado al tiempo que arqueaba la ceja.

—Pues no sé… —Me llevé el dedo índice de la mano con la que sostenía la copa a la barbilla y di un par de golpecitos, pensativa.

—¿Qué te parece esto? —dijo antes de que pudiera seguir hablando — Si caigo en la tentación de tocarte en exceso y acabamos enredados entre las sábanas.

—¿No importa si es durante o después del masaje, o el baño? —lo interrumpí.

—Si caigo en la tentación de tocarte en exceso y acabamos teniendo sexo durante o después del masaje o el baño, te llevo unos días de viaje para que te relajes aún más.

—¿Un viaje? ¿A dónde?

—Ya pensaré en un destino.

—Así que, si no pudieras controlarte y centrarte única y exclusivamente en el masaje y dejarme disfrutar del baño, el pago de la deuda sería un viaje.

—Eso es.

—Acepto la apuesta, señor Benson —sonreí tratando de no dejar ver el As que ocultaba bajo la manga.

O, bueno, mejor dicho, tratando de que no descubriera lo que realmente no llevaba bajo el vestido.

Capítulo 9



Cuando James dejó nuestras copas en la mesita de noche y me desabrochó el vestido para darme el masaje sobre la cama, reí tan disimuladamente como fui capaz en el momento en el que la tela cayó al suelo dejándome completamente desnuda, y él soltó el aire con un leve gemido.

—¿Ocurre algo? —pregunté mirándolo por encima del hombro, haciéndome la inocente.

—Iris, no llevas nada.

—No.

—¿Has cenado así?

—Ajá.

—Mujer, esto es jugar sucio.

—No lo es.

—¿Entonces?

—De vez en cuando me gusta ir así, fresquita —sonreí.

—Así que, fresquita. Creo que me lo voy a pasar muy bien haciéndote entrar en calor.

—Te has apostado un viaje.

—Lo sé.

—No puedes caer en la tentación.

—Ajá.

—Si caes, pierdes.

—Quién sabe, tal vez la que acabe pidiéndome que la toque, la bese, y me entierre profundamente en ella, seas tú —susurró y después me dio un leve mordisco en el lóbulo de la oreja.

¿Y por qué mi cuerpo tenía que reaccionar ante ese tono de voz tan jodidamente sensual y sexy? Dios, estaba jugando con fuego y acabaría abrasándome como si hubiera entrado en el infierno.

James me quitó los zapatos, se despojó de la camiseta y los

pantalones y, tras pedirme que me recostara bocabajo en la cama, lo hice con ambos brazos estirados.

Abrió el cajón de la mesita y apenas unos segundos después volvió a cerrarlo. Cuando noté unas gotas de líquido frío sobre la piel de la zona lumbar, di un leve respingo.

—¿Ese cajón es una nevera? Qué frío está, por Dios.

—Es solo al principio, por la impresión —rio.

Y noté cómo empezaba a extender con ambas manos el gel en un lento masaje por la espalda.

Subía hacia los hombros, los masajeaba unos segundos, volvía a bajar, cubría ligeramente las nalgas y llevaba esas grandes manos por la piel de mis piernas.

Desde luego que este hombre era una caja de sorpresa. Ya me había dado un breve masaje en su cuarto de juegos la primera noche que me trajo a su casa, pero aquello era más sexual que esto, de eso no tenía la menor duda.

Me separó un poco las piernas y noté que se subía a la cama acomodándose entre ellas, para seguir con el masaje primero en una pierna y después en la otra. No perdió la ocasión de rozar, así como de pasada y tratando de fingir que había sido un error mi sexo, lo que ocasionó que una punzada de deseo y excitación se concentrara en ese pequeño botón del placer llamado clítoris.

Por Dios, ¿es que quería perder la apuesta?

—No hemos hablado de qué pasa si quien cede a sus impulsos y necesita que la ayuden a liberar tensión, eres tú —dijo mientras ascendía con las manos por mi espalda, volviendo a centrarse en los hombros.

—¿Y qué se supone que debería hacer yo, en ese supuesto caso de que no sea capaz de controlar mis ganas de que me poseas? —pregunté en un tono sugerente y sensual.

—Me acompañarás a uno de esos eventos clandestinos cuando me inviten.

—No me puedes pedir eso, James —leo miré por encima del hombro—. Sabes que a esos lugares voy con…

—Lo sé, pero solo te estoy pidiendo una noche, Iris.

—¿Y no hay otra cosa que quieras pedir?

—No.

Suspiré y me quedé callada de nuevo mientras él seguía masajeándome la espalda y volvió a las piernas. Solo una noche, no era para tanto. Además, en esos sitios nadie me reconocería salvo si yo llevaba ese distintivo que mis acompañantes habituales conocían. Con no lucirlo en ese momento…

—Está bien, pero solo una noche. Después de eso no volverás a pedirme que te acompañe.

—Tenemos una apuesta entonces, preciosa —dijo inclinándose para besarme el cuello.

Tras unos minutos más masajeándome toda la parte trasera del cuerpo, esa que ya notaba más relajada, me pidió que me girara y acabé bocarriba y expuesta.

El muy cabrito sonrió al ver mis pezones erectos, señal de que, con tanto magreo y roce sin querer, pero queriendo, me había excitado.

Me hice la sueca, mirando al techo tratando de concentrarme en algo que me ayudara a no excitarme tanto. Pero era imposible. El tacto de sus manos por todo mi cuerpo era como lava caliente.

Y para colmo de mis males el muy cabrito seguía rozando sin querer mi clítoris, por lo que se me acabó escapando algún que otro jadeo, por no hablar del modo en el que tenía agarradas las sábanas con las manos. Si empleaba más fuerza en eso, clavaría las uñas y las rasgaría como si fuera una leona.

Cerré los ojos, pero fue peor el remedio como solía decirse.

El simple hecho de visualizar a James en mis pensamientos mientras sus manos masajeaban mi vientre y mis pechos, aprovechando que estaba por esa parte norte de mi cuerpo para pellizcarme ligeramente los pezones, hacía que toda la zona entre las piernas se humedeciera sin piedad.

Acabó deslizando los dedos entre los húmedos pliegues, y por Dios que quise pedirle que parara, pero una cosa era lo que pensaba y otra lo que mi cuerpo quería.

¿Parar? ¿Qué parar ni, parar, loca? Deja que te toque, que más relajadita te vas a quedar.

En ese momento en el que parecía haberme vuelto loca y la parte racional de mi persona se enfrentaba en una lucha verbal sin igual con la parte lujuriosa, supe que estaba perdida.

Me ofrecí a él separando un poco más las piernas, y aún con los ojos cerrados juraría que había escuchado a James reírse así, por lo bajini.

Se inclinó, comenzó a lamer y morder uno de mis pezones y me penetró con dos dedos en esa húmeda vagina que lo llamaba a gritos y gemí arqueando la espalda.

A eso podía considerársele un empate táctico en lo que a perder una apuesta se refería, ¿cierto?

No dejó de lamer, morder, besar mis pezones ni de penetrarme con los dedos mientras se afanaba por hacer fricción sobre el clítoris con el pulgar de la otra mano. Por el amor de Dios, me notaba tan caliente y excitada que veía cómo poco a poco caía en la tentación que James Benson suponía para mí.

—James —su nombre me salió entre jadeos.

—Dime, preciosa.

—Creo que has perdido la apuesta —dejé caer así, rápido y sin

anestesia.

—Yo creo que has sido tú —sonrió mientras dejaba un camino de besos por mi vientre.

—No, no, mírate, tienes los dedos dentro de mi… de mi… —me costaba hablar, me notaba cada vez más cerca del orgasmo.

—¿De tu qué?

—De mi… ¡Ay, Dios! —exclamé al notar aquella lengua pasando por toda mi zona.

No pude hablar más, los jadeos, gemidos y gritos de puro placer me lo impidieron.

James se desvivió por darme un orgasmo de esos que te dejaban las piernas temblando en apenas unos minutos, y es que a ese hombre le encantaba devorarme con ansia mientras sus dedos se adentraban una y otra vez en mi cuerpo.

—¿Está relajada, señorita Duarte? —preguntó el muy jodido.

—Lo estaba, hasta que me sedujiste con tus manos y tu boca —respondí mirándolo.

—Estás increíblemente sexy ahora mismo, con ese brillo en los ojos de haber tenido un orgasmo.

—Has perdido la apuesta, me debes un viaje —recordé.

—La has perdido tú.

—No, no, has sido tú —me incorporé, ni borracha iba a admitir que me había abierto un poco más de piernas para que él tocara en condiciones mi excitado sexo.

—¿Y si la apuesta la empezamos ahora? —propuso saliendo de la cama para cogerme en brazos y llevarme al cuarto de baño.

—Eso es trampa, y lo sabes.

—Digamos que… mi casa, mis reglas —hizo un guiño y cuando volteé los ojos ante su respuesta, se echó a reír.

Cuando entramos en el cuarto de baño casi me caigo de la impresión. A ver, que no me caí básicamente porque James me llevaba en brazos, pero que, si hubiera entrado ahí caminando, me habría caído.

—¿En qué momento has montado todo esto? —pregunté al ver aquellas velas aromáticas encendidas sobre el mueble del lavabo y en el borde de la bañera que quedaba justo a mis pies.

—Antes de irme lo dejé preparado.

Las velas eran grandes por lo que apenas se habían consumido, y el delicioso olor a vainilla se percibía en cada rincón del cuarto de baño.

Empezó a llenar la bañera y mientras lo hacía, me sentó en el taburete y fue a la habitación para regresar con nuestras copas de vino, así como con uno de esos altavoces inalámbrico que no tardó en conectar y del que empezó a salir una melodía de piano de lo más bonita y relajante.

Dimos un par de sorbos y las dejamos en el mismo taburete en el momento en que la bañera estaba llena y con el agua a una temperatura más que perfecta.

Me ayudó a meterme en ella y no tardó en añadir gel de lavanda en el agua con el que empezó a formarse una buena capa de espuma.

—Esto es una maravilla —dije apoyándome en la bañera con los ojos cerrados.

Sabía que la lavanda era buena para la relajación y calmar los músculos del cuerpo, debía reconocer que alguna vez me había preparado un baño con gel de lavanda en casa.

—Espera, que te falta un cojín para apoyarte bien.

—Piensas en todo, ¿eh? —sonreí.

—Por supuesto, lo mejor para mi chica —hizo un guiño, puso el taburete con las copas de vino al lado de la bañera, y vi cómo se quitaba el bóxer.

Nada más quedarse completamente desnudo, y erecto, todo había que decirlo, se metió en la bañera acomodándose justo detrás de mí, pegado a mi espalda.

Me rodeó con ambos brazos y besó mi cuello con delicadeza. Parecía que quería seguir con el masaje y sentí sus manos deslizándose por mis brazos, subió hasta los hombros y destensó esa zona, así como el cuello.

Cerré los ojos dejando que la sensación de paz que me rodeaba en ese momento hiciera que me relajara aún más.

Y entonces escuché una melodía de piano cuyas notas me resultaban un tanto familiares.

—¿Esta es la versión instrumental de *Strangers in the night*, de Frank Sinatra? —pregunté.

—¿La conoces?

—Sí, era una canción que le gustaba mucho a mi padre, y en alguna ocasión lo vi bailarla en casa con mi madre.

—Mis padres también la bailaron, sonaba la noche que se conocieron.

—*Strangers in the night, exchangin glances…* —comencé a cantar mientras él deslizaba las manos por mis brazos y me besaba el cuello — *Something in my heart tol me I must have you…*

—No sabía que cantaras tan bien —dijo apoyando la barbilla en mi hombro.

—Eso es cosa de mi madre —reí—. La escuchaba cantar por la casa y un día me uní a ella. Su voz era tan dulce, tan melodiosa.

—La echas de menos —no era una pregunta, sino una afirmación.

—Sí, mucho, y a mi padre también. Al menos me queda el consuelo de que disfrutaron de su nieto durante dos años.

James me rodeó con sus brazos en un cálido gesto de cariño, uno de

esos abrazos que reconfortan, y no supe hasta ese momento lo mucho que había necesitado sentir eso.

Obvio que David estaba siempre dispuesto a darme esos abrazos, pero con él se sentía un cariño fraternal que nada tenía que ver con el gesto de James.

El agua y la espuma seguían cubriendo nuestros cuerpos, la música instrumental llenaba el silencio de la estancia y James me acariciaba con esa sensualidad que me arrastraba irremediablemente al abismo de la tentación.

Cuando llevó ambas manos al interior de mis muslos y me separó las piernas, supe que íbamos a perder los dos la apuesta. Él, primero, obviamente, pero siendo sincera yo la había perdido durante el masaje, por lo que esto, definitivamente, se consideraba un empate de manual.

Comenzó a deslizar el dedo entre mis pliegues y no tardó en penetrarme, mientras con la otra mano masajeaba un pecho y después el otro, pellizcando los pezones y tirando de ellos de modo que mis gemidos se mezclaban con la música.

Me agarré con fuerza a sus muslos cuando sentí aquellos dedos penetrándome, llevándome a cada segundo que pasaba al clímax.

Noté cómo se formaba ese nuevo orgasmo en mi vientre, James lo pudo sentir tanto como yo y aumentó el ritmo, para hacerme gemir arqueando la espalda mientras sus dedos entraban y salían de mi ser.

Me giré para besarle, en ese momento era lo que necesitaba, sentir sus labios sobre los míos, que nuestras lenguas se unieran de nuevo en ese baile sensual que solo ellas podían llevar a cabo.

No tardó en cogerme por las caderas, me coloqué bien sobre su regazo, y acabé llenándome de su masculinidad.

—James —jadeé apoyando ambas manos en sus hombros cuando me colmó por completo.

Sus manos se hicieron con el control de mis movimientos, haciéndome que subiera y bajara una y otra vez, o que contoneara las caderas de adelante atrás en un ritmo continuo y acompasado a sus embestidas.

Lo rodeé por el cuello con mis brazos, acercándome a su torso tanto, que no dejé ni un milímetro de espacio libre, mis pezones se rozaban con su torso y la fricción me llevaba al límite.

Enredé los dedos en su cabello, cerré los ojos y tanto James como yo hundimos el rostro en el hueco entre el cuello y el hombro.

Besamos esa sensible zona del cuerpo del otro y pude notar cómo se estremecía al igual que yo, así como el hecho de que su erección parecía aumentar en grosor con ese gesto.

Llegados a ese punto, la melodía que nos acompañaba reproducía las notas a piano de una canción de Seal que siempre me había

gustado, *Love's Divine*, y en ese momento…

"I don't bend, don't break. Show me how to live and promise me you won't forsake…[2]*"*

Recordé esa parte de la canción, esa que hacía mía. No me inclinaría ni me rompería, por nadie, pero ese hombre había conseguido que mi parte exigente y un poco dominante, quedara a un lado inclinándose y sometiéndose a él.

Nuestra respiración se volvió errática, sofocada, y el orgasmo estaba cada vez más y más cerca de ser liberado.

Llegamos juntos, estallamos en mil pedacitos con aquel intenso orgasmo y sentí que acababa de tocar el cielo con las manos.

Permanecimos así, unidos por nuestros sexos, abrazados y recuperando el aliento unos minutos, hasta que James se apartó y acabó apoderándose de mis labios en un beso cálido y tierno que me llenó el alma.

—Has perdido la apuesta —dije pasándole los dedos por el pelo.

—¿Y tú no? —sonrió con picaría al tiempo que arqueaba la ceja.

—¿Y si lo consideramos un empate?

—¿Un empate?

—Sí. Tú me llevas de viaje, y yo te acompaño a uno de esos eventos clandestinos donde me someteré a tus órdenes.

—Por Dios, mujer, no digas eso que soy capaz de llevarte ahora mismo al cuarto de juegos.

—¿Ahora? Uf, qué pereza.

—Te voy a dar yo a ti pereza —rio y acabó mordiéndome ligeramente el hombro—. Ya que hemos perdido la apuesta, no pasa nada si la perdemos otra vez en la cama, ¿no te parece?

—En serio, me tienes que decir cuál es tu secreto —exigí al notar que su miembro, semi erecto aún en mi interior, parecía palpitar y cobrar más vida de nuevo.

—¿Qué secreto?

—Para tener tanto aguante en la cama.

—No hay secreto, preciosa, tan solo que tú me provocas todo esto. Es por ti que me pongo así, estés delante o no.

Volvió a besarme, salimos de la bañera y, tal como había dicho, volvimos a perder la apuesta entre las sábanas, no una, sino dos veces a lo largo de aquella noche que tuve la sensación de que parecía ser el comienzo de algo, pero, ¿comienzo de qué?

Capítulo 10



La semana pasó prácticamente en un visto y no visto.

Los días se me fueron entre llamadas, reuniones y firmas de algunos nuevos contratos de inversión, mientras que las noches las pasaba en familia.

Conrad redactó un borrador de la demanda que pondríamos Carlos y yo contra Trevor, me la hizo llegar, la leí y llamé a mi ex para comentarlo con él, estuvo de acuerdo en todos los puntos y llamó a nuestro abogado para confirmarle que siguiera adelante con ella.

Era sábado, y la tarde anterior Conrad se puso en contacto conmigo para decirme que ya estaba puesta, solo debíamos esperar.

Conociendo a Trevor no tardaríamos mucho en tener noticias suyas.

Terminé de vestirme y aparté todo pensamiento negativo de mi mente, salí de la habitación y me reuní con Inés, David, Nico y Caroline en el salón.

—¡Vamos, *Warriors!* —grité levantado el puño.

—Qué efusividad, hermana —rio Inés.

—Habrá que animar al equipo cuando estemos en el estadio, ¿no?

—Desde el palco no creo que puedan oírte, mamá.

—¿No? Pues vaya, adiós a la diversión —resoplé.

—Pequeñaja, no te reconozco —dijo David.

—Pues sigo siendo la misma Iris de siempre. ¿Nos vamos, o falta alguien?

—Estamos todos, al menos aquí. Sam nos estará esperando en el estadio —respondió mi hermana y asentí.

Que Nico me preguntara si podía acompañarnos Caroline al partido, no fue una sorpresa debido a que ambos eran buenos amigos desde la infancia y esa niña pasaba muchos fines de semana en casa con nosotros.

Pero que mi hermana me dijera que su ginecólogo estaría en el palco con nosotros, sí que me pilló por sorpresa.

Después lo achaqué a que era el ginecólogo de las chicas de la asociación y que posiblemente una más que emocionada Emilia, le hubiera invitado. Alexis también estaría allí, era la patrocinadora y el equipo de James había mandado hacer camisetas especiales para la ocasión.

En ellas no solo aparecía el nombre del equipo junto al apellido y el número de cada jugador, sino que también habían incluido el de los almacenes Bowman y el de la asociación.

Brenda se despidió de nosotros y dijo que se iría a visitar a una vieja amiga, que si no me importaba se quedaría a dormir con ella puesto que acababa de perder a su madre y estaban muy unidas, le aseguré que podía tomarse el fin de semana libre por entero y que no se preocupara por nosotros, que sabríamos cómo arreglárnoslas.

Fuimos los cinco en el coche de David hasta el estadio, apenas eran las diez y media de la mañana y el partido comenzaría en dos horas, pero James me había dicho que, a las once, ambos equipos posarían en el campo para hacer un calendario de fotos del año siguiente que habían pensado regalar a los asistentes a modo de agradecimiento por haberse involucrado en tan buena causa.

Eso no solo emocionó a su madre, sino que aquel gesto me llegó al corazón.

Cuando llegamos encontramos a Sam y Alexis esperando juntos en la zona de entrada, los saludamos y llamé a Emilia para ver si ya había llegado.

—Iris, querida —sonrió al descolgar.

—Hola, Emilia, ¿estás en el estadio?

—Sí, sí, estoy con James en el campo, bueno en la salida de vestuarios. Le diré a mi hijo que envíe a alguien a buscaros.

—Ok.

Poco más de cinco minutos fue lo que tardó en llegar un hombre con pantalón gris, un polo y una gorra del equipo de los *Warriors* a recogernos.

En cuanto nos dejó con James y su madre, estos sonrieron al vernos y procedimos a los saludos.

—¿Has visto qué de gente, Iris? —preguntó Emilia mientras se colgaba de mi brazo— Estoy al borde de las lágrimas, y mis chicas…

Echó un vistazo hacia el banquillo donde se sentarían los jugadores y allí vi a las ocho futuras mamás, con sus barriguitas, sonrientes y luciendo una camiseta y una gorra del equipo.

Me acerqué a saludarlas y no pude evitar tocarles esa pancita en la que sus pequeños crecían sanos y queridos. Hubo alguno que incluso me dio una patada y la mamá dijo que seguro de mayor querría ser un

Warrior.

—Estáis todas preciosas con la camiseta del equipo —dije con una amplia sonrisa.

—Tienen nuestros nombres, y un número en la espala —rio Cintia.

—¿En serio?

—Sí, mira.

Todas se giraron, y al ver sus nombres acompañados de un número de tres cifras, cuando lo normal era que tuvieran entre uno y dos, pregunté y fue Paula una de las mayores, quien respondió.

—Los dos primeros números son los de nuestra edad, y el tercero por los meses de embarazo.

Claro, ahora encajaba todo. Ana, Cintia y Dafne tenían dieciséis años, y contaban con cinco, cuatro y seis meses de embarazo.

Sally y Zoe, de diecisiete años, estaban de cinco y seis meses respectivamente. Lily tenía dieciocho y estaba en su cuarto mes de embarazo, mientras que Mandy y Paula eran las mayores, ambas de diecinueve años y con seis y cinco meses de embarazo.

—Me muero de vergüenza porque vamos a tener que salir al campo —comentó Dafne, que era la más tímida de todas.

—Y con los jugadores —añadió Zoe.

—Bueno, a fin de cuentas, este partido es por la asociación, y vosotras formáis parte de ella.

—Señor Benson, ya han llegado los demás invitados —escuché decir a alguien y cuando miré a James, asintió y cogió a su madre para ir hacia los vestuarios.

—Enseguida volvemos —dijo James.

Las gradas del estadio estaban prácticamente llenas, y aún faltaba gente por entrar por lo que había visto cuando llegamos.

La música amenizaba la espera y eso mantenía al público entretenido, por no hablar de las mascotas de ambos equipos, que se recorrían el campo simulando jugar un partido uno contra uno y se ponían a saltar eufóricos si macaban un tanto, a arrodillarse de la forma más dramática mientras fingían llorar si fallaban.

—Bien, ahora sí que estamos todos —anunció Emilia con una amplia sonrisa.

Nos presentó a los recién llegados y dijo que eran algunas de las chicas que habían pasado por la asociación en aquellos años, todas con sus hijos de distintas edades, y en el caso de unas pocas acompañadas de sus esposos, hombres que las miraban embelesados y con un amor infinito, al igual que a sus hijos, a pesar de no llevar ni su sangre, ni sus genes.

Escuchamos murmullos en el pasillo y no tardamos en ver a los jugadores de ambos equipos. Sonreí ampliamente al ver al joven Fisher quien no dudó en abrazarme.

—Señorita Duarte, me alegro de verla de nuevo.

—Yo sí que me alegro de que decidieras fichar por ellos. Te aseguro que mi hijo Nico, ya es fan tuyo.

—¿En serio? —preguntó mirando a mi niño, que sonrió al tiempo que asentía— En ese caso, te debo una camiseta firmada. James me dijo que tus favoritos son Jacobs y Smith, y que tienes sus camisetas y otra con la firma de todo el equipo.

—Sí, eso fue cumplir un sueño, tío.

—No te marches sin que nos veamos, te daré la camiseta y, oye, ¿qué te parece si quedamos algún día para salir? Ya sabes, soy nuevo en la ciudad y todo eso.

—Claro, me parece genial.

—Puedes venir con tu novia, por mí no hay problema —dijo el joven Fisher mirando a Carolina.

—¿Eh? —Nico se sonrojó y palideció al mismo tiempo al escuchar eso— No, no, nosotros no somos…

—¿No? —vi cómo Fisher fruncía el ceño, y se encogía de hombros— Pensé que sí. Bueno, no hay problema igualmente. Hablamos después de esa quedada, ¿ok?

—Claro.

Se unió al resto del equipo, así como al rival de ese día, y fue Graham, el capitán de los *Warriors*, quien cogió el micrófono para hablar a los espectadores, que ya ocupaban todas las gradas.

—Buenos días, y muchas, muchas gracias a todos por asistir hoy a este partido benéfico por una buena causa —dijo—. No soy padre, pero quiero serlo algún día, y si una hija mía llega un día a mi casa, se sienta con mi esposa y conmigo y nos dice que se ha quedado embarazada y el padre no ha querido hacerse cargo, no voy a ser como muchos de esos padres que deciden dar la espalda a sus hijas en un momento como ese. Un hijo es el mayor regalo que puede darnos la vida, y nosotros tenemos el privilegio de verlos crecer, aprender de los errores, y sentir que nos aman. Si estamos hoy aquí, es por muchas de esas chicas, algunas apenas unas niñas, pero mucho más fuertes de lo que piensan, que han tenido que ver cómo sus parejas las dejaban en la estacada, y sus padres y demás familia les daban la espalda. El dinero recaudado con la venta de entradas, así como todo el *merchandising* de ambos equipos, será destinado a la asociación de Emilia Benson, dedicada en cuerpo y alma a ayudar a esas chicas en un momento tan duro, con sus estudios, con los gastos médicos, con la búsqueda de un empleo, de un hogar y con el cuidado de esos pequeños que llegan al mundo. La asociación no se olvida de esas madres una vez salen de la casa en la que están, sino que cuando ellas tienen que trabajar y no pueden permitirse una niñera, dejan a sus hijos al cargo de las empleadas de la asociación, que los cuidan con

ese amor que sienten y tienen para dar —el jodido Graham me tenía al borde de las lágrimas, pero no era la única. Mi hermana, Emilia, Alexis, Caroline y algunas mujeres que podía ver en las gradas, estaban como yo—. Hoy nos acompañan ocho guerreras que viven en esa casa, estoy seguro de que puede que haya muchas otras en su situación y que, por falta de espacio, la señora Benson no puede acoger. Chicas, quiero deciros que no estáis solas ni lo estaréis nunca más. Tanto todo mi equipo, como yo nos hemos comprometido a crear un fondo para vuestros hijos y que podáis cubrir sus necesidades en sus primeros cinco años de vida —con aquella sorpresa, Emilia soltó un grito y rompió a llorar—. Creamos otro fondo para la asociación y que la señora Benson puedo dar una ayuda económica a las madres que lleguen a ella tras vuestra marcha, para que también puedan cuidar de sus hijos esos primeros años. Guerreras, venid aquí y dejad que todos esos que os dieron la espalda, vean que no estáis solas, que no lo estaréis nunca —les pidió—. Ana, Cintia, Dafne, Sally, Zoe, Lily, Mandy y Paula —según las iba nombrando, ellas salieron al campo y la reacción del público, fue increíble.

De pie, aplaudiéndolas y vitoreándolas al grito de: *“Warriors. Warriors. Warriors”,* como cuando los jugadores del equipo saltaban al campo.

Una a una recibió el abrazo de Graham, se posicionaron dando la espalda mostrando el número y él aclaró el significado de que fuera de tres cifras.

Cada una de ellas se posicionó a continuación delante de alguno de los jugadores que no dudaron en sonreírles y posar una mano sobre su hombro. Fue entonces cuando Graham pidió a las chicas ya con sus vidas hechas que saltaran al campo. Lo hicieron sin dudar, luciendo una camiseta del equipo, así como sus hijos.

Aquello había sido una sorpresa para todos los que estábamos involucrados con ese partido, y en especial para Emilia, que daba su vida por esas chicas.

—Ahora, una sorpresa para vosotros, que habéis dedicado el día de hoy para pasarlo aquí, viendo el partido y disfrutando de una barbacoa que están preparando para todos —dijo Graham lo que ocasionó un gran coro de silbidos y aplausos en muestra de aprobación—. Vamos a hacer, aquí y ahora, una sesión de fotos conjunta de los dos equipos, y a lo largo de las horas que estaremos por aquí, se imprimirán calendarios del año que viene que todos vosotros recibiréis como regalo, con las firmas de todos. Una vez más, infinitas gracias por colaborar en esta hermosa causa.

Él, así como el resto de jugadores y todas las chicas, empezaron a aplaudir al unísono con los asistentes, y tras unos minutos mirando a cada rincón del estadio, las chicas regresaron a los banquillos y ellos

comenzaron a posar de diferente manera para ese calendario.

—Hijo, ¿por qué no me habías dicho nada de esto? —preguntó Emilia secándose las lágrimas.

—Fue todo cosa de los chicos, era una sorpresa.

—Pero yo pensé que solo jugarían un partido de fútbol, y ya. ¿Una barbacoa también? Ay, mi niño —le acarició la mejilla—, sois unos grandes hombres.

Lo eran, desde luego que sí, y me sentí enormemente orgullosa de formar parte de aquel evento multitudinario que llenaba el estadio de los *San Francisco Warriors*.

Capítulo 11



Disfrutamos del partido en el palco, donde Son se unió a nosotros, ya que le había resultado imposible llegar antes, y Nico lo dio todo en cada jugada.

No era un enfrentamiento por la semifinal, por ganar la *Super Bowl* o algo que conllevara uno de esos anillos que algunos jugadores ya retirados lucían como miembros de ese equipo.

No, aquel era un simple partido en el que, a pesar de esforzarse y hacer buenas jugadas, también hubo momentos para alguna que otra risa cuando uno de los jugadores marcaba un tanto y hacía un baile acompañado por la mascota del equipo.

Todo el mundo se lo pasó en grande y las sorpresas siguieron muy presentes durante los descansos, donde empleados de ambos equipos repartieron peluches de sus mascotas para los niños, así como gorras, botellas de bebida e incluso una foto de todo el equipo enmarcada y firmada.

Sin duda habían hecho un gran despliegue de medios para ese acto.

Tras el partido James nos llevó de nuevo a los banquillos donde nos reunimos con todos los jugadores, tanto de nuestro equipo como del rival, compartimos con ellos la comida que fueron trayéndonos y muchos de los jugadores se acercaron a hablar con las futuras mamás.

Se interesaban por el bebé, por cómo llevaban los estudios, a qué querían dedicarse en un futuro, y no pasó desapercibido el hecho de que ocho de los jugadores que rondaban entre los veintiunos y los veintiséis años, se mostraban bastante interesados en ellas, sin despegarse de su lado, como si se hubieran autoproclamado sus guardaespaldas o algo así.

—Señora Benson —nos giramos al escuchar a la relaciones públicas de los *Warriors* llamándola—. Hay algunas personas del público que quieren hablar con usted.

—¿Conmigo? —preguntó un tanto extrañada.

—Sí —sonrió—. Insisten en querer colaborar activamente con su asociación.

—¡Oh, Dios mío! —se llevó las manos a la boca, sorprendida, y no era para menos.

—Hazlos venir, Rita —le pidió James, y la chica asintió despareciendo de nuestra vista por el pasillo que llevaba a los vestuarios, para después regresar con una veintena de hombres y mujeres.

Dueños de restaurantes, de tiendas especializadas en artículos para bebés, de papelería, supermercados, inmobiliarias, academias de estudios con salidas laborales, y una guardería, ofrecieron su ayuda a la asociación en todo lo que pudieran.

En el caso de la guardería, se comprometieron a cuidar de los niños cuando las madres tuvieran que trabajar y no pudieran tener una niñera, hasta que tuvieran edad de ir a la escuela.

Los restaurantes harían donativos mensuales, los supermercados se encargarían de abastecer la casa en la que residían las chicas sin que tuvieran que pagar nada, y los dueños de las inmobiliarias dijeron que adquirirían edificios de viviendas completos para alojarlas una vez abandonaran la casa de la asociación, con un pago mínimo de alquiler sin que supusiera tener que prescindir de otras cosas para la crianza de sus pequeños.

Resultaba que en el mundo aún quedaban almas puras y de corazón bondadoso dispuestas a ayudar a quien lo necesitara.

Tras intercambiar tarjetas con todos ellos, Emilia regresó con nosotros y me abrazó llorando.

—Esto debe ser un sueño, querida —dijo—. Jamás pensé que personas como yo, lejos de los focos del cine y de la sociedad más importante, estuvieran dispuesta a ayudar de este modo.

—Pues aún hay una sorpresa más —sonreí, sabiendo que aquello no se lo esperaría ni en sus mejores sueños.

—¿Otra sorpresa? ¿Qué ha hecho mi hijo que no me ha contado?

—James ni siquiera lo sabe.

—¿Entonces?

—Ven, acompáñame —le pedí entrelazando nuestros brazos y la llevé al pasillo de los vestuarios, lejos del resto, para mantener aquella conversación en la más estricta intimidad—. Hay una persona que quiere hablar contigo —dije sacando mi móvil del bolso.

—¿Quién? —preguntó, pero no respondí puesto que estaba marcando su número.

—Hola —sonreí cuando descolgó—. Ajá, sí, la tengo aquí —me aparté el móvil de la oreja y se lo di.

Emilia frunció el ceño, lo cogió y echó un vistazo a la pantalla,

sabía que iba a leer el nombre, pero de poco le serviría.

—¿Hola? Soy Emilia Benson —dijo y permaneció en silencio mientras el interlocutor hablaba. Ella asentía, sonreía y cuando vi que abría mucho los ojos, supe que acababa de descubrir el motivo de la llamada—. Señor Sanders, eso es… no tengo palabras.

Sí, Sanders, el dueño de la constructora que había solicitado una inversión por mi parte, era propietario de un edifico en buen estado que una vez estuvo pensado albergar un hotel, contaba con cincuenta habitaciones, todas con cuarto de baño completo, un gran salón comedor, amplias cocinas y piscina, el comprador finalmente no pudo invertir el dinero que requería aquel negocio, y cuando en una de nuestras conversaciones salió el tema de la asociación y el partido, pareció que no le importaba, pero al día siguiente me llamó diciendo que había investigado la asociación, que en su página web se veía la casa y que tenía una propuesta que hacerme.

Cundo me habló del edificio, decidí ir a verlo y lo hicimos esa misma semana. Iba a ofrecerlo a la asociación para que Emilia Benson pudiera ayudar a más de ocho chicas al mismo tiempo.

—Gracias, de verdad, no sabe el bien que acaba de hacer para mi asociación —dijo finalmente y se despidió.

Cuando me entregó el móvil lo hizo con las manos temblorosas, sonreí y ella me abrazó como lo haría una madre.

—¿Qué he hecho para atraer a mi vida un ángel tan valioso como tú, Iris?

—No soy un ángel, Emilia, solo alguien que quiere ayudar tras haber pasado por lo mismo.

—A mi hijo le vendría tan bien una mujer como tú a su lado… —suspiró— Bueno, regresemos antes de que piensen que nos hemos perdido.

Volvimos con los demás y en cuanto James nos vio aparecer, arqueó una ceja cuando vio los ojos llorosos de su madre. Ella lo abrazó y le contó la conversación que acababa de tener con el señor Sanders.

—¿En serio ese constructor, cliente tuyo, va a ceder la propiedad a la asociación? —preguntó James poco después, rodeándome por la cintura con un brazo.

—Sí —sonreí.

—Te besaría ahora mismo, Iris, para que todo el mundo supiera que esta maravillosa mujer es mía, y solo mía —dijo con esa mirada ardiente puesta en mí, con ese tono de voz que me estremecía hasta límites insospechados, y con la mano apretando mi cintura.

—No puedes hacer eso, todo el mundo sabe que estoy prometida con David —murmuré.

—¿El mismo David que no ha dejado de prestar atención a la joven Alexis Bowman ni un solo segundo desde que habéis llegado?

Preciosa, creo que tu prometido y tú debéis tener una charla.

Eché un vistazo a David y James tenía razón, charlaba y reía con Alexis mientras ella parecía sonrojarse y se mostraba un poco tímida. Me alegraba por mi mejor amigo, puesto que apostaba todo el dinero que poseía a que aquella chica se había colado en su cabeza y su corazón sin que él apenas se diera cuenta.

—Dime que pasarás la noche conmigo, Iris —susurró James pegándose a mi espalda mientras su manó me acariciaba la cintura lentamente—. Dime que vas a olvidar una noche más a tu prometido para ser mía.

—James —susurré.

—Prometo que seré un caballero, como la última vez.

—La última vez perdiste una apuesta, y me hiciste perderla a mí —reí.

—¿Quieres que volvamos a apostar y a perder? Es divertido perder contigo.

—Deja de susurrar de ese modo —me estremecí.

—¿Acaso eso hace que… te excites?

—Dios mío, sí.

—Me gusta escucharlo —volvió a susurrar el muy puñetero—. Quiero enterrarme en ti y oír cómo gritas mi nombre cuando te llevo al cielo.

—Donde me llevas, es a caer en la tentación, James.

—Pues caigamos juntos una vez más, preciosa —se inclinó tanto que no dudó en dejar un leve beso en mi cuello cuando nadie podía verlo.

Aquello era una locura enorme, pero yo quería caer en esa tentación.

Capítulo 12



Martes, y los días seguían avanzado a un velocidad casi vertiginosa.

Eran poco más de las once y media, estaba tomando un café en el despacho mientras ultimaba la redacción del borrador de un nuevo contrato, cuando escuché la voz de Nikki gritando a alguien que se detuviera.

La puerta se abrió y doy tal golpe contra la pared, que no sabía cómo no se le habían arrancado las bisagras.

—¡Maldita zorra! —gritó Trevor con rabia, tenía los ojos inyectados en ira.

—Sal de mi despacho, Trevor —le pedí con calma, y una rápida mirada a mi secretaria le hizo saber lo que tenía que hacer en ese mismo instante.

—Estáis acabado, tú y ese abogado de pacotilla, estáis acabados. No podíais simplemente darme los quinientos mil cada uno, no, teníais que denunciarme. Habéis cavado la tumba del abogado, cuando el viejo Brooks sepa la verdad, hará que su adorada hija se divorcie.

—Eres un sinvergüenza, Trevor. ¿Cómo te atreviste a chantajearnos? Creía que te había perdido de vista para siempre.

—Te lo dije, el dinero se acaba y tú tienes mucho.

—No soy multimillonaria, por el amor de Dios —protesté.

—Eres mi banco particular, y lo seguirás siendo hasta que decida que es suficiente, y puedes creerme, no estoy cerca de que eso pase.

—No tienes escrúpulos, estás a punto de arruinar la vida de muchas personas.

—Oh, sí, de tantas que ni siquiera puedes hacerte una idea. ¿Crees que solo el viejo Brooks sabrá que su yerno no es tan bueno como lo pintan? Ese abogado se folla a todo lo que se le pone a tiro mientras su mujercita lo espera en casa. Pero tú tampoco eres una santa, ¿verdad? Tienes un pequeño secreto —sonrió con malicia y por un

momento me tensé, temiendo que supiera que iba a ciertos lugares con David—. Me van a pagar un buen dinero por todas las exclusivas que va a recibir la prensa, no es lo que deberíais haber pagado vosotros, pero ya me cobraré ese dinero en un futuro.

—Salga ahora mismo del despacho, señor —la voz de Jack resonó en la estancia con ese tono de exmilitar que poseía.

Trevor le echó una mirada por encima del hombro, arqueó la ceja y soltó una carcajada.

—¿Qué pasa si no lo hago?

—Me veré obligado a echarle por las malas —respondió mi amigo y chófer.

—¿Tú y cuántos más, imbécil?

Lo que ocurrió a continuación no me lo habría esperado jamás de los jamases. David entró corriendo en mi despacho, pasando por delante de Jack y, sin detenerse, acabó abalanzándose sobre Trevor y propinándole un puñetazo en la cara.

Yo gritaba pidiéndole que parara, pero mi mejor amigo no estaba por la labor. Jack se acercó para separarlos y cuando lo consiguió, David respiraba con dificultad, tenía el nudo de la corbata bastante deshecho, y la camisa ligeramente fuera del pantalón.

La peor parte de aquello, sin lugar a dudas, se la llevó Trevor, quien tenía el labio partido y sangraba, un ojo morado y la camisa cubierta de sangre que emanaba de su nariz, sin duda, porque David se la había roto.

—Hijo de puta —exclamó Trevor—. Te vas a arrepentir de esto.

—Da gracias a que me han apartado a tiempo, o habrías salido de aquí en una puta silla de ruedas, cabrón.

—Os voy a hundir, esto no ha hecho más que empezar.

—Vete de aquí, Trevor, antes de que llame a la policía —exigí.

—Llámala, así podré denunciar a este prometido tuyo —escupió mientras se secaba la sangre del labio.

—Yo de ti saldría —le advirtió Jack—, te aseguro que no seré tan condescendiente como él.

—¿También te la follas? —preguntó— Voy a tener que probarte, dulce Iris, a ver si has aprendido cosas nuevas en este tiempo sin mí.

—No me volvería a acostar contigo, ni, aunque fueras el último hombre del planeta y de nosotros dependiera la especie humana — contesté con rabia.

—Haz un favor a la humanidad, Trevor, y no te reproduzcas, como le dejes toda esa malicia que llevas en herencia a tus hijos, las generaciones futuras estarán perdidas —dijo David.

—Os vais a arrepentir, solo es cuestión de tiempo.

Sin decir una sola palabra más, Trevor salió finalmente del despacho y cuando lo hizo, miré a David. No tenía ni un solo rasguño,

aparte de su desaliñado aspecto, cosa que agradecí infinitamente.

—Ya puedes soltarme, Jack, ese desgraciado no corre ningún peligro —le pidió.

—No estaría tan seguro, que tú eres capaz de salir corriendo y partirle la cara a ese pobre diablo en la calle.

—Las piernas, colega, te juro que le rompería las piernas —dijo mientras se adecentaba un poco—. ¿Estás bien, pequeñaja?

—Sí, tranquilo.

—Así que ya ha recibido vuestra demanda.

—Eso parece. Voy a llamar a Conrad y a Carlos para mantenerlos al tanto.

—Iris —miré a la puerta y ahí encontré a Nikki—. Por si necesitáis pruebas de lo ocurrido, he grabado un vídeo.

—¿De los golpes que este cabeza de chorlito le ha dado también? —pregunté, horrorizada.

—No, solo de la parte en la que os amenazaba, cuando David entró como un elefante en una cacharrería, paré de grabar y tan solo volví a grabar el resto de la conversación, por las amenazas.

—Si es que tienes la mejor secretaria del mundo, pequeñaja —sonrió David.

—Tú calla, que me tienes contenta —protesté y los vi salir a él y a Jack dejándome un poco de privacidad para hablar con mi abogado.

Le hablé de las amenazas, de lo que había dicho sobre vender la información que tenía a la prensa, y dijo que estaría preparado para cualquier cosa que pudiera surgir.

Acto seguido llamé a Carlos. Se puso furioso al saber que Trevor se había atrevido a presentarse en mi despacho de ese modo y cuando supo lo de las amenazas, suspiró.

—Creo que pronto tu vida será de dominio público, Carlos. Lo siento.

—Hablaré con Amanda para que esté preparada, si Trevor va a sacar mis trapos sucios de supuestas infidelidades a la luz, tendremos que hacer frente a todo.

—¿Supondrá eso que ella tenga que contar la verdad? —pregunté.

—Puede, pero quién sabe, tal vez mi querida esposa tenga un As guardado bajo la manga —sonrió.

—Si necesitáis cualquier cosa…

—Saber que me perdonas, Iris, es lo único que quiero desde que te dejé marchar aquel día. Espero que alguna vez puedas perdonarme por lo idiota que fui. Oye, tengo que colgar, estoy a punto de entrar en un juicio. Avísame si Trevor vuelve a dar señales de vida.

—Lo haré.

—¿Vas a incluir las amenazas en tu parte de la denuncia? —interrogó antes de colgar.

—Eso me ha sugerido Conrad, además tenemos pruebas, mi secretaria lo ha grabado.

—Bien, pues hazlo cuanto antes. Cuídate, niñita.

Cortó la llamada antes siquiera de que pudiera decir algo más, pero de todos modos me habría resultado difícil, ya que al escucharlo llamarme como solía hacer cuando éramos unos críos, se me dibujó una sonrisa en los labios.

—¿Y esa sonrisa? —levanté la vista del móvil al escuchar la voz de David— No me digas que James te ha llamado.

—No —fruncí el ceño—. Acabo de terminar de hablar con Carlos.

—No me jodas, Iris, ¿la sonrisa es por él? Pequeñaja, es tu ex, te dejó tirada. A ver, que si le perdonas en algún momento me parecerá una puta locura, pero lo respetaré, pero, por el amor de Dios, no dejes que te embauque de nuevo y acabes casada con él, estoy seguro de que hay tíos mejores para ti en este mundo.

—Como tú, por ejemplo —reí.

—No, obvio que como yo no hay nadie, soy único en mi especie —sonrió—. Pero James Benson, en cambio…

—Deja de decir tonterías, anda. Voy a ver a Conrad, iremos a incluir ahora mismo las amenazas de Trevor en la denuncia.

—Parece que la cosa se ha puesto mucho más fea de lo que debería, ¿no?

—El que más tiene que perder es Carlos, o su mujer, en este caso. Yo ni siquiera sé a qué se refería cuando dijo que tengo un secreto y que también lo va a contar.

—¿Los eventos a los que vamos puede tener algo que ver?

—No —negué al mismo tiempo con la cabeza—, dudo mucho que Trevor esté metido en ese mundo. Da igual, no voy a comerme la cabeza con lo que sea que pueda tener para perjudicarme más de lo que ya lo ha hecho.

—Si me hubieras dejado liquidarlo en su momento…

—Nunca permitiría que te vieras involucrado en según qué cosas, por mí o alguno de los míos, y lo sabes.

—Sois mi familia, Iris, y la familia está para cuidarla —dijo con seriedad mientras me acariciaba la mejilla—. Por cierto, ¿por qué me ha llamado esta mañana James para preguntar si me molestaría que se llevase a mi prometida a un viaje que fue el resultado de una apuesta que perdió? —Arqueó la ceja.

—¿En serio te ha preguntado eso?

—Sí.

—Es una larga historia, la verdad.

—¿Y dónde se supone que va a llevarte?

—No tengo ni la más remota idea. Lo que sí sé es que, como yo accedí a otra apuesta, tendré que acompañarlo a uno de esos eventos

de la web de la que ambos sois socios.

—Vaya, vaya. ¿Y quién de los dos estará al mando? —Arqueó una ceja.

—¿En serio me acabas de preguntar algo tan, pero tan, personal, David?

—Mujer, hay confianza, soy tu mejor amigo. Es que me cuesta imaginar a Benson cediendo el mando a otra persona.

—Lo hizo nuestra primera noche, y por lo que dijo, si seguíamos viéndonos, unas veces yo tendría el mando y otras él.

—Pequeñaja, tienes a ese hombre rendido a tus pies —sonrió.

—No seas bobo, no soy más que una compañera de juegos para él.

—Sí, que os echáis unas partiditas al parchís en la cama, vamos —volteó los ojos.

—Me voy a ver a Conrad, que después quiero llegar a casa para comer con Nico.

—¿Tomamos una copa esta noche?

—Te llamo, porque depende de cómo tenga la cabeza, igual me quedo en casa.

—No pienses en Trevor, pequeñaja, que ese imbécil no te haga comerte la cabeza.

—Tranquilo, procuraré no pensar en qué será lo que dice tener contra mí.

Lo procuraría, sí, solo que con Trevor no se podía estar tranquila y, por ende, no pude dejar de pensar en qué historia mía vendería a la prensa.

Poco podía imaginar que estaba a tan solo unos días de comprobar lo maquiavélico que era.

Capítulo 13



Dos días, ese fue el tiempo que tardó en saltar la bomba con la que Trevor nos había amenazado a Carlos y a mí.

El suegro de Carlos no quiso hacer declaraciones al respecto, pero su esposa sí las hizo. Ella dijo que era conocedora de la historia desde el principio de su relación, y que, aunque no le parecía bien que su marido hubiera antepuesto a su familia y los dimes y diretes de la sociedad en la que se movían, dijo que lo entendía porque ella había crecido en esa misma sociedad donde muy poca gente aceptaba según qué cosas.

En lo referente a las fotos de las reiteradas infidelidades de su esposo, tal como me había dicho Carlos, Amanda Brooks escondía un buen As bajo la manga.

Hizo creer a todos, con fotos en las que aparecía con un buen amigo que no dudó en echarla una mano, que ella había sido la primera en ser desleal a su esposo y que, aunque el amor podía con todo, ella le pidió que le hiciera lo mismo tantas veces como considerase oportuno.

Desde luego que Amanda Brooks era una caja de sorpresas para hacer que Trevor cayera como un miserable.

No me libré de la quema como si fuera una de esas brujas pelirrojas de la Edad Media, y Trevor no dudó lo más mínimo en ponerme en la palestra.

Salió a relucir mi compromiso con David, algo que Nico no sabía y tuvimos que aclarar con él. Era solo un adolescente y tanto mi mejor amigo como yo nos vimos obligados a contarle una verdad que no podía salir de nuestra familia, se sorprendió de que su tío favorito, a quien quería, admiraba y respetaba como un padre, tuviera el corazón bajo siete llaves y no quisiera volver a enamorarse bajo ningún concepto.

Sobre mí, dijo que después de lo que vivimos con Trevor entendía

que no quisiera volver a meter a un hombre en su vida. Nos abrazó a ambos y en ese momento vimos a un chico mucho más maduro de lo que jamás hubiéramos imaginado.

No quedó ahí la cosa, puesto que Trevor me había estado siguiendo en esas últimas semanas, preparando su chantaje, y me fotografió con James Benson en varias ocasiones.

Una de esas fotos podía interpretarse como un beso robado en los labios por el ángulo desde el que se había hecho, pero no, en esa ocasión James tan solo me besaba en la mejilla.

Al vender esas fotos como una infidelidad por mi parte al pobre David Montes, fue James quien, a través de los abogados del equipo, emitió un comunicado en el que explicaba la relación que nos unía, esa que basó en el interés que ambos teníamos en la asociación que su madre puso en marcha tantos años atrás.

Con respecto a una de las fotos, en la que aparecíamos charlando, dijo que se debía a que yo quería darle una sorpresa a mi prometido con un viaje fuera de San Francisco y que él me estaba hablando de un lugar al que un viejo conocido suyo se fue a vivir y donde había puesto un precioso resort. En el comunicado se mostró gracioso diciéndole a David que lamentaba haberle chafado la sorpresa por culpa de un idiota. Además, James dijo que él nos acompañaría a ese viaje junto a una amiga común que teníamos los tres.

Y aquí nos encontrábamos, ese sábado por la noche después de haber cenado todos en mi casa, y de que Nico se fuera a su habitación a ver un partido de los *Warriors*.

—Así que os vais a ir los cuatro de viaje —dijo mi hermana, cogiendo su vaso de limonada.

—Sí, es lo que aquí nuestro buen amigo Benson y mi prometida estaban preparando —respondió David, quien, sentado a mi lado en el porche, me pasó un brazo por los hombros.

—Yo sigo sin saber por qué me invitáis al viaje —comentó Alexis.

—Eres amiga de los tres, has patrocinado un partido benéfico para la asociación y mi madre te adora —contestó James—.

—Podríamos haber ido con Inés, pero en su estado, y conociéndolas, sabía que ninguna de las dos aceptaría tal cosa —dijo David, puesto que se suponía que había hablado conmigo y con James acerca del viaje en cuanto salió su comunicado.

—Me quedo en tierra cuidando del fuerte, me cobraré mi merecido viaje, hermana —Inés suspiró y sonreí.

—¿Y dónde vamos? —preguntó Alexis.

—Lo siento, pero el destino seguirá siendo secreto hasta que lleguemos.

—Digo yo que lo veremos cuando vayamos a embarcar en el aeropuerto —dejé caer.

—No, preciosa, porque viajaremos en el jet que me presta uno de los jugadores.

—Nada, pequeña, que no hay manera de saber dónde vamos a pasar nuestra luna de miel anticipada —David se encogió de hombros y no me quedó más remedio que sonreír.

—¿Pero tendremos que estar al corriente de dónde iremos para saber qué meter en el equipaje? —Alexis puso palabras a mis pensamientos, pero James se encargó de volver a callarlos.

—Haced el equipaje con ropa de verano, pero no olvidéis alguna chaqueta o pantalones largos por si alguna noche le diera por refrescar.

—Chicas, deduzco que os llevan a un sitio donde mucho frío no vais a pasar.

—Inés, podrías ganarte la vida como adivina —volteé los ojos.

—Bueno, si me lo permites, me aventuraré a dejar salir una vez más mis dotes adivinatorias. De ese viaje, estoy convencida de que la pareja volverá mucho más afianzada y asentada.

—Eso es obvio —rio Alexis—, tu hermana y David se van a casar.

Los cuatro la miramos tratando de disimular lo máximo posible, y es que, a ella, por muy amiga que hubiera empezado a ser, no podíamos contarle la verdad de lo que nos unía a James y a mí, y mucho menos que el compromiso con David no era más que fachada, uno de esos muros que él quiso construir alrededor de su persona.

—¿Cuándo nos iremos? —pregunté porque desconocía ese dato, James no me había dicho nada— Espero tener tiempo de organizarme y poder concertar reuniones con los nuevos clientes que van a firmar contrato para invertir en sus negocios.

—¿Tienes tiempo en cuatro días y medio? —preguntó James— Volaremos el viernes a eso de la una, comeremos en el jet.

—¿Solo cuatro días? Pues tendré que empezar mañana a redactar los contratos finales y hablar con Nikki para que llame el lunes a primera hora a todos y concierte las reuniones con ellos entre martes y jueves. Más vale que el destino al que nos llevas merezca la pena, James, porque me espera una semana de lo más agotadora.

—Tranquila, pequeñaja, me encargaré de relajarte a base de masajes —David hizo un guiño y me eché a reír, así como Inés y James, tan solo Alexis tuvo una reacción bien distinta.

Ella sonrió tímidamente e inclinó la mirada hacia su vaso de limonada. Tenía la sensación de que entre ella y David ocurría algo, pero no podía imaginar si es que ella se sentía atraída y al saber que estábamos prometidos prefería permanecer en un segundo plano.

—Espero que te acuerdes de tu hermana pequeña, esa que se queda al cargo de la casa y de tu hijo, y me traigas un buen regalito —dijo Inés.

—Claro que sí, cariño. Una de esas camisetas de “alguien que me quiere mucho estuvo en x y me trajo esta camiseta”. Pero tranquila, que a la tuya pediré que le pongan un par de brillantitos monos.

—Qué valor, una camiseta dice —resopló y dio un sorbo a su vaso.

Acabamos los cinco riendo y en un momento dado la mirada de James se encontró con la mía y me hizo un guiño.

Aquel podría ser un simple gesto, insignificante para muchos, de complicidad y afecto para otros, pero para mí era la antesala a lo que estaba por llegar.

¿Destino elegido para el viaje? No lo sabía. ¿Lo que fuera a pasar allí? Tenía una ligera idea, sí. ¿Seríamos capaces de controlarnos, o por el contrario caeríamos juntos en la tentación?

Capítulo 14



Un día de viaje, ese era el tiempo que habíamos pasado los cuatro en el avión privado de uno de los jugadores de los *Warriors*, con destino a quién sabía dónde.

Bueno, James lo sabía, obviamente, y el muy condenado seguía sin soltar prenda.

Al menos durante aquellas horas de vuelo disfrutamos de comida deliciosa, bebimos vino, hablamos sobre posibles futuros proyectos benéficos para recaudar fondos para la asociación de Emilia, y pudimos descansar. Había dos habitaciones de tamaño medio con una cama de matrimonio, Alexis durmió en una y yo en otra, mientras que los chicos lo hicieron en los asientos, por suerte eran cómodos y reclinables.

James no me quitó el ojo de encima en todo el viaje, y aprovechaba cualquier mínima ocasión para tocarme. Yo disimulaba delante de Alexis, procurando que no notara nada.

Cuando el capitán anunció que habíamos llegado a nuestro destino, dándonos la bienvenida a Natal, en Brasil, miré a James con los ojos muy abiertos.

—¿Brasil? ¿En serio? —pregunté mirando por la ventana.

—En serio —dijo con ese tono de risa en su voz.

—¿Tú lo sabías? —miré a David y negó.

—No tenía ni idea, pequeñaja.

—Vamos, tenemos un coche esperándonos para llevarnos al resort.

Bajamos del avión y un par de chicos jóvenes se encargaron de subir por nuestro equipaje.

Nos acomodamos en el todoterreno negro que había esperándonos a tan solo unos metros, y cuando la maletas estaban guardadas, el chófer emprendió el camino.

No podía creer que estuviéramos en aquel rincón del mundo, donde

pasaríamos una semana.

Fundada el veinticinco de diciembre del año mil quinientos noventa y nueve, había recibido ese nombre precisamente por la fecha en la que estaban, el día de Navidad.

Natal, capital del estado de Río Grande Norte, un lugar de ensuelo lleno de grandes dunas de arena y playas de aguas cristalinas y una gran belleza natural.

Poco más de quince minutos de trayecto en coche y nos adentramos en aquel pequeño paraíso.

Nos recibieron en la puerta con un zumo de frutas, cogieron nuestro equipaje y nos acompañaron hasta el mostrador de recepción, donde en un perfecto inglés nos dieron la bienvenida.

James se identificó y preguntó por el dueño, la chica, con una amplia sonrisa, dijo que iba a avisarle.

—James Benson, dichosos los ojos —nos giramos al escuchar la voz de un hombre cinco minutos después.

Era alto, rubio y de ojos azules, llevaba unos pantalones de lino beige y una camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos.

—Harry —James sonrió y ambos hombres se saludaron con un afectuoso abrazo.

—Bienvenidos a mi pequeño paraíso —dijo aquel rubio.

Y así era como se llamaba el resort, *Pequeno paraíso* en portugués.

James hizo las presentaciones, Harry se encargó de hacer el registro y pidió a los empleados que llevaran nuestro equipaje a la villa, ofreciéndose a hacernos un recorrido por el lugar.

Avanzamos por un lateral hacia la puerta que daba al exterior y me enamoré de inmediato. Palmeras, flores de lo más coloridas, algunas aves deleitándonos con su canto, y un sendero de tierra bordeado con pequeñas piedras blancas y césped.

Llegamos hasta un bar donde había mesas y dada la hora que era, pues con respecto a San Francisco teníamos cuatro horas más, muchos de los huéspedes comían o tomaban café.

Seguimos por el sendero y Alexis y yo nos quedamos cautivadas con un rincón precioso.

Había varios bancos de madera de color blanco en aquel maravilloso jardín donde algunos loros y papagayos se acomodaban en las ramas de los árboles. Harry nos dijo que podíamos tomarnos fotos con ellos, incluso darles pipas, que les encantaban.

Pues sí que me iba a hacer fotos en ese rincón, sí.

Pasamos por una zona donde había dos edificios, uno en cada lado del sendero, y nos comentó que esas eran habitaciones individuales y dobles, había una cafetería justo al lado de uno de ellos donde podíamos desayunar, comer o cenar.

La siguiente zona era una piscina para adultos junto a una más pequeña donde vimos a varios niños disfrutando de un chapuzón. Contaba con tumbonas, hamacas y palmeras, así como un pequeño chiringuito de madera donde servían bebidas.

Después llegamos a una amplia zona de playa, no faltaban las camas tipo balinesas, tumbonas, hamacas y un chiringuito mucho más grande, por no hablar de algunos balancines colocados bajo las palmeras, y un par de columpios en el agua.

Otros cuatro edificios de habitaciones, y unos metros más adelante, una piscina con bar donde supe que pasaríamos algún tiempo.

El siguiente edificio, en una sola planta, era bastante grande y Harry nos dijo que aquel era el restaurante principal.

Y finalmente, la zona de las villas, todas situadas a ambos lados del sendero. Tenían desde una a ocho habitaciones, todas con zona de comedor, porche trasero, cuarto de baño en cada habitación, una piscina y zona de playa privada, puesto que nos dijo que cada villa estaba separada de las adyacentes a una distancia de considerable para que no pudieran verse unos huéspedes y otros, además de los altos muros que le daban más intimidad.

Cuando llegamos al final del sendero, Harry abrió la que sería nuestra villa y al entrar comprobé que era incluso más espectacular de lo que podría haberme imaginado.

Muebles en madera, paredes y cortinas blancas, así como los sofás, jarrones, cuadros… Era precioso.

Me asomé por las puertas que daban al porche y vi que los muros que delimitaban esa parte trasera llegaban hasta el agua, de modo que incluso si nos dábamos un baño, los otros huéspedes no podrían vernos.

Sonreí al ver que allí también había un columpio dentro del agua, y un balancín cerca de la piscina.

—¿Te gusta? —preguntó James tras de mí.

—Es precioso.

—¿He conseguido sorprenderte? —susurró mientras me acariciaba el brazo, eché un vistazo por encima del hombro y comprobé que estábamos solos— Harry ha ido a enseñarles las habitaciones —se inclinó y me besó—. Veinticuatro horas muriéndome de ganas por hacer eso.

—James, aquí debemos tener cuidado, Alexis…

—No te preocupes, lo tengo todo controlado —hizo un guiño y sonrió.

—Usted sí que sabe cómo perder una apuesta, señor Benson.

—Solo quería que te relajaras unos días, lejos de todo ese asunto que tu ex ha hecho explotar.

—Lamento que te haya salpicado a ti también —suspiré.

—No tienes nada que lamentar, Iris, estoy aquí para ti —volvió a besarme y nos separamos cuando escuchamos a los demás llegar, concretamente a David, quien supuse que se habría imaginado lo que podríamos estar haciendo y era su modo de avisarnos.

—No me extraña que lo llames pequeño paraíso, Harry —dijo Alexis —. Es que lo es.

—Espero que disfrutéis de vuestra estancia. ¿Nos vemos en el restaurante a la hora de la cena? —preguntó Harry mirando a James.

—Claro, ¿a qué hora?

—Sobre las ocho, así podemos tomar una copa antes de llenar el estómago y ponernos al día.

—Allí nos veremos.

Harry asintió, y tras despedirse de los chicos con un apretón de manos, y de nosotras con un par de besos, se fue dejándonos solos.

—Hay cuatro habitaciones, así que, que cada uno coja su equipaje y elija la suya —anunció David.

—¿Iris y tú no dormiréis juntos? —interrogó Alexis, con el ceño ligeramente fruncido, confundida obviamente por ese hecho.

—¿Eh?

—Estamos acostumbrados a dormir cada uno en su casa —respondí, puesto que mi mejor amigo se había quedado en blanco y con cara de bobo—. A veces dormimos juntos, sí, pero solo a veces, ya me entiendes —le hice un guiño y ella se sonrojó.

—Exacto, solo duermo con ella cuando quiero practicar para hacer bebés —dijo David.

—¿Pensáis tener hijos?

—Si llegan, sí, no me importaría —él se encogió de hombros y yo sonreí al tiempo que asentía.

Eso era algo que ambos habíamos hablado muchas veces. Yo no quería que Nico fuera hijo único, me gustaría poder darle al menos un hermano, o hermana, aunque ahora iba a tener un primo. Y David siempre dijo que le gustaría ser padre, y si no encontraba a la mujer de su vida, intentaría adoptar él solo.

Cogimos nuestras maletas y avanzamos por la villa hasta las habitaciones. James y yo nos quedamos con las del final, una enfrente de la otra.

Cuando él entró en la suya, sonrió al tiempo que me hacía un guiño y supe que aquello sería mi perdición.

Ese hombre iba a colarse en mi cama más de una vez, y lo peor de todo es que yo no pondría ni un poquito de resistencia.

Si había que caer en la tentación en Brasil, pues se caía.

Capítulo 15



La ducha que me di poco después de guardar la ropa en el armario y colocar las cosas del neceser en el cuarto de baño, había sido de lo más reparadora.

Me puse un vestido en azul pastel, con las cuñas blancas, recogí mi melena en una coleta alta, y tras un poco de maquillaje, estaba lista para esa primera noche en Brasil.

Salí de la habitación y me reuní con el resto que ya estaban esperando en el salón.

—¿Lista? —preguntó David sonriendo.

—Sí.

Dejamos la villa y fuimos hacia el restaurante donde nos esperaba Harry, quien, nada más vernos, silbó a modo de admiración hacia Alexis y a mí.

—Sois unos tipos con suerte, chicos —dijo tras besarnos a nosotras —. Os habéis buscado unas buenas parejas.

—No, no. Yo no soy la pareja de ninguno —se apresuró a decir Alexis—. Ella y David están prometidos.

—Vaya, pensé que veníais en plan parejitas.

—No, esto es algo así como una luna de miel anticipada para ellos —le informó Alexis.

—Pero aún queda para la boda, unos tres años —comentó David.

—Vamos, que sois de los que os tomáis las cosas con calma —rio Harry.

—Mucha, mucha —respondimos David y yo al unísono.

—¿Todo bien en la villa? Si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que pedirlo.

—Por el momento está todo perfecto, pero lo tendremos en cuenta —le aseguré.

Nos sentamos en la barra de bar exterior y pidió cuatro copas de

vino. Mientras lo tomábamos, Harry hablaba sobre la amistad que le unía con James y Son, y dijo que de los tres fue el único que se atrevió a dejar América y mudarse tan lejos.

—Ya tengo mi vida hecha aquí, y no podría dejarla. Esto es lo que buscaba, paz y tranquilidad —comentó antes de dar un sorbo a su copa.

—¿Y hace mucho que levantaste este sitio? —preguntó David.

—Sí, diría que hace unos diez años. Bueno, hace dos años empecé con el proyecto, yo tenía dinero, pero necesitaba una inyección de liquidez, cuando lo conseguí se puso todo en marcha, y dos años después abrimos las puertas.

—No le faltan clientes, incluso celebra bodas —comentó James.

—No me extraña que la gente quiera casarse aquí, es un lugar precioso para ello —dijo Alexis.

—Son bodas íntimas, con una veintena de invitados como mucho, y después de la boda los novios se quedan aquí a pasar la luna de miel. Es un paquete que puse en marcha hace ocho años, cuando se casó una prima mía. Le ofrecí pasar aquí la luna de miel y ella dijo que, si podía organizar la boda también, hablé con el sacerdote de una pequeña capilla que hay no muy lejos de aquí, aceptó oficiar la ceremonia y mi visión de hombre de negocios pensó que ofrecer eso a aquellos que querían convertirse en marido y mujer, era muy buen idea.

—Lo es, te aseguro que sí. Creo que ya sé dónde quiero casarme —sonrió Alexis.

—Bonita, para eso necesitas antes un novio, ¿no te parece? —dijo David, arqueando la ceja y ella se sonrojó.

—Podríais casaros aquí vosotros —propuso James y por muy poco no acabé ahogándome con el sorbo de vino que había dado.

—Lo tendremos en cuenta, sí —respondió David, porque yo no sabía qué contestar a eso.

Tras el vino, fuimos a la mesa que Harry había mandado preparar para nosotros, y ya teníamos allí esperando una botella de vino, agua y refrescos en una cubeta con hielo, así como una bandeja con panecillos de queso como entrante.

Nos sirvieron una ensalada a petición de él, y un pescado al horno que estaba jugoso y muy rico. Para el postre nos deleitó con un plato de frutas surtidas troceadas y acompañadas de una bola de helado de coco.

Acabamos tomando una copa de champán bien frío para brindar por esas mini vacaciones que habían supuesto el reencuentro de dos viejos amigos.

Y como la noche era noche, fuimos a la zona de playa donde estaba el chiringuito más grande para tomar una copa.

Harry pidió que nos prepararan unos cócteles a base de licores de frutas y un poco de ginebra, que adornaron con una hojita de menta.

Estaba buenísimo, era dulce y no tenía mucho alcohol, cosa que agradecí.

La música sonaba invitando a muchos de los presentes a bailar, y las parejas se mecían al compás que marcaban las voces de Marck Antony, Ricky Martin y Shakira, entre otros.

Alexis se dejaba llevar sentada en aquella tumbona a mi lado, y noté que se balanceaba de un lado a otro. A David tampoco le pasó desapercibido ese leve, tímido y disimulado movimiento, sonrió y dejó su copa en la mesa que había entre las dos tumbonas.

—¿Quieres bailar? —le preguntó tendiéndole la mano, y ella se le quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—No, no. Baila con Iris, es tu prometida.

—¿El hecho de estar prometido me impide bailar con otra mujer? —Arqueó la ceja.

—No, pero…

—Venga, yo saco a bailar a Iris —la interrumpió James y no es que me ofreciera la mano, es que me quitó la copa y me levantó para llevarme un poco apartados de las tumbonas, donde se quedaron ellos.

Con tan solo unos segundos bailando con él, supe que había sido una mala idea, porque el contoneo de su caderas, el modo en el que separaba mis piernas para colocar una de las suyas entre ellas, la mano calentando mi espalda y el brillo de sus ojos, esos que de vez en cuando se centraban en mis labios haciendo que deseara que me besara con todas mis fuerzas.

Cuando empezó la siguiente canción James no apartó los ojos de los míos ni un solo segundo, y con esa mirada penetrante y cargada de deseo, así como con su agarre posesivo, parecía como si me dedicara esa canción a mí.

“Quitémonos la ropa que nos viene bien. Recórreme despacio por toda la piel, y bésame, y bésame, comámonos a besos, ven, devórame…”

—¿Quién canta? —pregunté en apenas un susurro.

—Alexander Pires, un cantante brasileño —respondió antes de hacerme girar.

—No lo había escuchado nunca.

—Yo tampoco, hasta que vine a conocer el resort —sonrió.

—Tiene una voz sensual.

—Tú sí que eres sensual, preciosa —se inclinó y me besó en la mejilla.

—James… —protesté.

—No me ha visto nadie.

—¿Eres consciente de que Alexis podría pensar mal de nosotros?

—Ya ha quedado claro que solo somos amigos. De todos modos, ¿no crees que tu prometido está muy pegadito a ella?

Miré hacia donde los habíamos dejado y ella sonreía y se sonrojaba al mismo tiempo mientras David parecía susurrarle algo al oído. Seguramente ella estuviera pensando lo mismo que yo, que podría verles y malinterpretar la imagen que tenía ante mí.

No podía decirle a James que tenía la sensación de que a David le gustaba Alexis, sería raro puesto que era mi prometido.

Cuando acabó la canción regresamos con ellos, Alexis dijo que estaba algo cansada y dimos la noche por terminada, a fin de cuentas, había sido un viaje largo, apenas descansamos y teníamos el famoso *jet lag* acechando.

Una vez en la villa y mientras cerraba la puerta, vi a James sonreír con una ceja arqueada al tiempo que me invitaba a acompañarlo con un movimiento de cabeza. Sonreí y negué, evitando la tentación de que ambos cayéramos en las redes del otro.

Si conseguía pasar esa primera noche sin rendirme a los encantos de mi pecaminoso compañero de juegos, las otras seis noches serían coser y cantar.

Capítulo 16



Encontré a todos desayunando en el porche, James había pedido al servicio de habitaciones: café, zumo, fruta y un buen surtido de pan, mantequilla, mermelada y bollería.

—Buenos días —dijo Alexis cuando salí.

—Buenos días. Pensé que saldríamos a desayunar a una de las cafeterías.

—Pues no, pequeñaja. James y yo, que nos hemos levantado muy temprano y hemos pensado: ¿y si desayunamos aquí y depués llevamos a las chicas a una excursión?

—¿Qué tipo de excursión? —pregunté una vez sentada mientras me servía un café.

—Hay muchas actividades que haremos en estos días, pero por lo pronto nos vamos a dar un paseo en *buggy* por la costa. ¿Qué te parece?

—Suena bien —sonreí.

Por suerte esa mañana había decidido ponerme un pantalón corto cómodo, una camiseta de tirantes y las deportivas.

James dijo que metiéramos un par de botellas de agua en la mochila y alguna de esas barritas de cereales que encontramos en la nevera que había en el salón.

Después de prepararnos, fuimos a la recepción y le indicó a la chica que había contratado un excursión para esa hora.

No tardaron en aparecer dos chicos con pintas de surferos buscándolo.

Una vez en la calle, David subió al *buggy* con Alexis y yo con James.

El chico que nos llevaba a nosotros fue contándonos todo lo que veíamos. Aquellas vistas panorámicas de las playas urbanas que rodeaban la ciudad de Natal eran una maravilla que no dudé en inmortalizar con el móvil. James incluso me lo quitó de las manos

para hacerme varias a mí con esa preciosa imagen de fondo.

—Estamos cruzando el *Puente Newton Navarro* —anunció el surfero desde el asiento del piloto—, y aquello de allí es la desembocadura del *río Potengi en el Atlántico*, que divide la ciudad de las dunas, a donde nos dirigimos ahora.

Miraba todo lo que nos rodeaba como una niña en la mañana de Reyes abriendo los regalos. Me encantaba conocer todo aquello y empaparme de la bella naturaleza que ofrecía esa parte de Brasil.

—Vi que en la playa de *Redinha* hay un acuario —comentó James.

—Así es, ¿queréis pasar a verlo?

—Sí, hagamos esa visita también —dijo y el surfero se dirigió hacia la zona en cuestión.

Cuando llegamos al acuario nuestro guía dijo que esperaría con su compañero tomando un refresco en el bar que había en esa playa.

La entrada al lugar era una pasada. Se trataba de un gran pulpo amarillo con lunares azules, y en cada muro a ambos lados de entrada se veía el mar, pingüinos y peces, así como *"Aquario Natal"* en letras grandes.

Durante la visita pudimos ver toda clase de animales marinos, peces de distintas especies y colores, grandes y pequeños, caballitos de mar, cocodrilos, tortugas marinas, mamíferos, aves y primates, e incluso un recinto con pingüinos que no dudaban en saltar al agua y deleitar a los más pequeños con un recorrido de un lado a otro para salir y volver a saltar.

Tun, tun, tun, tun. Empecé a escuchar como de fondo. Tun, tun, tun, tun…

Y entonces reconocí la música, esa típica cuando en la película se acercaba el tiburón.

—Cuidado, señoritas, no vayan a ser presa del fiero tiburón —dijo David quien había puesto la música en su móvil.

—No se puede ser más tonto —volteé los ojos—. Apaga eso que nos está mirando todo el mundo. Tienes a los niños acojonados.

—Ellos saben que ese pececito no hace nada.

—¿Pececito? —exclamó Alexis que no dudó en sacar el móvil— Según esto, el tiburón linterna enano que solo alcanza los diecisiete centímetros de largo podría considerarse un pececito. El tiburón ballena es el más grande de la especie y puede llegar a medir doce metros. O sea, que hasta con medio metro si es una cría, eso no es un pececito.

—¿Nos hemos traído la Wikipedia al viaje? —rio David— Ah, ahí está el pececito. Sonreíd, que él lo está haciendo para que poséis en la foto —dijo mostrando la dentadura con el móvil en la mano para hacernos una foto a Alexis y a mí.

—Jamás creí que me llevaría de recuerdo una foto con un tiburón

detrás —comentó ella.

—Y lo quietecito que se ha quedado posando para la cámara —dije.

—No me fiaría yo, que este de un empujón lo mismo rompe el cristal. ¿Podemos seguir con la visita? Se me está poniendo piel de gallina —pidió la pobre Alexis.

—Tranquila, bonita, que, si hubiera peligro, yo te salvaría —David le hizo un guiño y tanto ella como James se quedaron mirándole.

Para mí quedaba cada vez más claro, que a mi mejor amigo le hacía tilín aquella chiquilla, que se sonrojaba con una facilidad pasmosa.

Acabamos la visita al acuario y fuimos a tomar un zumo de frutas bien frío en el bar donde estaban esperando los dos surferos, tras eso continuamos con la excursión por las playas de la costa.

Poco después nos dijo que habíamos llegado a las *Dunas de Genipabu*, una zona desértica donde nos llevó a recorrer cada rincón mientras disfrutábamos unas vistas espectaculares de aquella laguna, el mar, y la arena blanca que los acompañaba.

Dejamos los *buggys* y subimos a una balsa, con la que nos llevaron hacia las playas de *Barra de Río y Graçandu* por el *Río Ceará Mirim*.

Cada rincón que veíamos me gustaba más que el anterior, y es que no era para menos con esas maravillosas vistas obra de la naturaleza.

Al llegar a la *Playa de Barra* los chicos dijeron que podíamos darnos un baño, y eso hicimos. No faltaron las fotos ni los juegos en el agua, esos en los que más de una vez intenté hundir a David, pero era imposible, siempre me pillaba.

De allí fuimos hasta las *Dunas de Pitangui*, y tras ella visitamos la *Playa de Jacuma*.

—Aquí podéis comer y pasear sin prisas —nos dijo el guía cuando aparcó—. Después os llevaremos de vuelta al hotel, tan solo decidme a qué hora nos vemos aquí.

—¿Está bien a las seis? —preguntó James.

—Perfecto. Que disfrutéis de la zona, y si necesitáis algo, este es mi número —le dio una tarjeta a James y él asintió.

Fuimos hacia un restaurante donde vimos que servían un delicioso marisco y pescado a la brasa y allí nos acoplamos durante dos horas a disfrutar de la comida y la bebida, así como del buen clima y la paz que se respiraba.

Después del café, Alexis y yo nos metimos en el agua de la playa, esa en la que no dudamos en dejarnos caer de espaldas para flotar

bocarriba.

—Tienes suerte de que esos dos hombres estén en tu vida —comentó mientras movíamos los brazos despacio, no fuera a ser que acabáramos yéndonos mar adentro.

—¿Por qué?

—James te ayudó a preparar un viaje de ensueño para David y para ti, y, mírale, está atento a que no te falte de nada. Igual que David.

—En este poco tiempo que le conozco, se ha convertido en un buen amigo —dije sin más.

—¿Cuánto hace que conoces a David?

—Desde que nací —reí—. Era el hijo de unos buenos amigos de mis padres. Desde que tengo uso de razón, está en mi vida. Cuando mis padres murieron y le dije que quería empezar de cero mi vida con mi hijo y mi hermana, me propuso hacerlo en San Francisco. No teníamos mucho y él nos ayudó sin pedir nada a cambio.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Te casas con él en agradecimiento por lo que hizo? Sé de gente que lo ha hecho.

No era esa precisamente la razón, pero ya que me daba pie a poner alguna excusa, no vi una mejor que esa.

—En parte sí. Le quiero, siempre lo he hecho, pero antes era de un modo más fraternal, más cariño que amor, ya me entiendes.

—Ajá. Dicen que del cariño al amor hay un paso, igual que del odio. David me recuerda mucho a mi novio. Bueno, al que fue mi novio.

Quise preguntarle si le gustaba David, pero no lo hice, preferí no abrir esa caja al menos por el momento. Aunque no había que tener un máster para saber que a ella también le hacía tilín mi amigo.

Salimos del agua para ir a secarnos y fuimos paseando con los chicos por la playa. Paramos en algunos puestos donde vendían artesanía y no pude evitar comprar un collar y unas pulseras para Inés y Caroline. A Nico le compré una pulsera y una cartera de cuero.

A las seis estábamos en el punto donde habíamos quedado con los surferos y nos llevaron de vuelta al resort.

Para cuando llegamos era casi la hora de cenar, por lo que tras una ducha rápida y ponernos ropa para la ocasión, fuimos al restaurante.

Aquel día había sigo emocionante y agotador a partes iguales, por lo que nos retiramos pronto para descansar, y los chicos prometieron volver a sorprendernos con una nueva excursión para el día siguiente.

Capítulo 17



Noté una suave caricia en el vientre y después lo que parecía un beso. Debía estar soñando otra vez con James, aquello se estaba convirtiendo en una costumbre, al parecer.

Cuando aquellos dedos comenzaron a descender por el vientre y se adentraron en la fina tela de mi braguita, gemí cuando los noté deslizándose entre mis pliegues.

Separé ligeramente las piernas y me mordí el labio, aún me sorprendía al sentir cómo me excitaba en sueños, como si realmente el hombre que ocupaba mi mente algunas noches estuviera allí.

Los dedos se adentraron en la húmeda cavidad de mi vagina y comenzaron a moverse dentro y fuera con un ritmo lento pero seguro.

La camiseta con la que dormía empezó a subir y fue cuando sentí esa lengua alrededor de uno de mis pezones, después lo succionó con avidez y lo mordió haciéndome gemir aún más.

Dios mío, eso se había sentido muy, pero que muy real.

Comencé a mover a mover las caderas y me agarré a la almohada cuando el sueño se volvió más intenso.

Los dedos abandonaron mi sexo durante unos pocos segundos, el tiempo justo para retirar la tela de la braguita a un lado y a continuación aquella lengua comenzaba a lamerme como si mi sexo fuera un delicioso helado.

Por el amor de Dios, estaba temblando por todo lo que ese sueño húmedo y excitante me provocaba.

Mientras se deleitaba con mi sabor, arrodillado entre mis piernas, noté la lenta caricia que dejaba con ambas manos por los costados, hasta que llegó a los pechos, esos que masajeó para volver a pellizcarme los pezones.

Llegados a ese punto del sueño, mis gemidos pasaron a ser gritos bajos, solo esperaba que fuera la única que los escuchaba, porque no

estaba sola en aquella villa del pequeño paraíso brasileño en el que nos encontrábamos.

Estaba a punto de correrme cuando esos labios y la lengua se apartaron, gemí en protesta y aun en la semi inconsciencia en la que estaba, llevé la mano a mi zona y comencé a tocarme. Dios mío, estaba empapada por aquel sueño.

Me pareció escuchar una especie de sonido ronco, como un gemido, pero sería parte del sueño.

Comencé a penetrarme y a mover las caderas al mismo tiempo, necesitaba llegar al orgasmo, nunca en el sueño James me había privado de aquello.

—Preciosa, te ves jodidamente sexy ahora mismo —la voz de James me llegó nítida, en un susurro, pero como si realmente estuviera allí en la cama, y no solo en mi sueño—. Pero no vas a correrte así, sino conmigo enterrado en lo más profundo de tu ser.

Noté que me cogían por la muñeca y abrí los ojos. Ahí estaba James, gloriosamente desnudo y con el miembro erecto, con algunas gotas de su esencia asomando en la punta.

—¿Qué haces aquí?

—Visitando a mi chica —sonrió de medio lado y, tras hacerse con mi otra muñeca y sostener ambas con una mano, guio su erección a la entrada de mi vagina y me penetró de una sola embestida.

Se apoderó de mis labios con rudeza mientras entraba y salía rápido y con fuerza, golpeando su pelvis con la mía mientas yo elevaba las caderas en busca de más, quería que llegara a lo más hondo, que me llevara hasta el abismo y me hiciera gritar al alcanzar el clímax.

James siguió penetrándome sin parar, sin abandonar mis labios en ese rudo y posesivo beso, hasta que sentí que de nuevo volvía a correrme.

Mis músculos internos se cerraron alrededor de su erección, esa que palpitaba sabiendo que mi cuerpo se preparaba para el final, y entonces paró y dejó de besarme.

—Ponte de rodillas, apoyada en los codos, y eleva las caderas para que pueda tomarte desde atrás —susurró y me estremecí de anticipación.

Hice lo que me había pedido, y mientras James me follaba duro y con fuerza aferrado a mis caderas, dejando la marca de sus dedos en la sensible carne de esa zona, mis gemidos y gritos eran amortiguados por la almohada,

No tardamos mucho en llegar al momento cumbre, al final de aquel rápido, pero intenso encuentro en la oscuridad de mi habitación, y nos corrimos con fuerza. James no cesó en sus penetraciones mientras ambos liberábamos el clímax, y cuando al fin dimos por finalizado el encuentro, noté su pecho caliente y sudoroso recostado en mi espalda.

Recobramos el aliento con serias dificultades puesto que el momento nos había dejado a los dos lasos y sin apenas fuerzas. Cuando se retiró de mi interior, me llevó con él hasta que quedamos recostados y abrazados.

—Te gusta mucho a ti hacer la cucharita —dije sonriendo mientras él me besaba el hombro.

—No puedo apartar las manos de ti, ese es el problema, y por eso te abrazo.

—Deberías irte a tu habitación, si por una casualidad Alexis te viera aquí…

—He cerrado por dentro, nadie podrá abrir la puerta.

—Vaya, veo que has pensado en todo.

—Por supuesto, he estado mucho tiempo sin disfrutar de ti, y esta noche me lo voy a cobrar con creces.

—¿Qué dices? —Lo miré por encima del hombro.

—Lo que has oído, preciosa. No voy a pasarme el resto del viaje sin saborear tus besos, sin enterrarme en ti, sería una tortura.

—Pero no estamos solos.

—Eso no importa, si Alexis nos escucha pensará que sois David y tú.

—Estamos jugando con fuego —protesté.

—No me importa quemarme si es contigo con quien lo hago —se inclinó para besarme y sentí de nuevo su mano entre mis piernas, jugando con el sensible clítoris que pedía un breve descanso.

Ah, no, que el muy traidor lanzó una punzada de deseo a mi vientre y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

James no tardó en hacernos rodar por la cama y quedé sobre él, de modo que en ese segundo *round* de la que iba a ser una noche de sexo larga, fui yo quien tuvo el control.

Capítulo 18



No sabía en qué momento James se había marchado, pero cuando desperté estaba sola en mi cama.

No, no se trató de un sueño puesto que en la almohada aún permanecía su olor.

Me di una ducha rápida, escogí un bikini blanco, pantalón del mismo color y una camiseta de manga corta con el hombro ligeramente caído en rosa pastel, las deportivas y salí a encontrarme con los demás tras recogerme el cabello en un moño deshecho.

—Buenos días —saludé al verlos en el salón.

—Buenos días, ve por tu mochila que hoy desayunamos en el buffet —dijo James, y eso hice.

Cuando entramos cogimos una bandeja cada uno y fuimos sirviéndonos lo que queríamos comer, la mía me pareció que estaba más llena que el resto, pero es que por culpa de alguien cuyo nombre empezaba por J, tenía un poquito de hambre después de todo el sexo que habíamos tenido apenas unas horas antes.

—Parece que tienes hambre, pequeñaja —dejó caer David con una sonrisa pícara, señal de que nos había escuchado.

—Será que alguien la tuvo haciendo ejercicio anoche —comentó James, y empecé a toser al sentir que me ahogaba con el bocado que había dado a mi tostada.

—Es lo que tienen las parejas de enamorados, James —intervino Alexis con una sonrisa—, que se dejan llevar por la pasión y no duermen.

—¿También lo escuchaste, bonita? —preguntó David, y ella asintió sin mirarlo.

Los tres compartimos una mirada que lo decía todo, si James y yo volvíamos a dejarnos llevar por el momento, había que ser lo más sigilosos y discretos posibles.

Terminamos de desayunar y James nos llevó hasta la recepción, donde ya estaban esperándonos con un todoterreno que nos llevaría a ese destino que solo él y David sabían.

Increíble, pero cierto. Esos dos conspiraban desde temprano cuando se levantaban, para llevarnos a donde quisieran.

—Bienvenidas a *Maracajaú* —anunció James cuando bajamos del coche.

—Dios mío, las playas de este lugar son todas preciosas —dije al ver el lugar.

Sin duda alguna yo iba a querer volver a Natal, me encantaba cada rincón que descubría.

Maracajaú era un lugar maravilloso, el guía nos dijo que apenas vivían unas dos mil personas y que su fuente de ingresos principal era la pesca, seguida del turismo.

Algunos niños se acercaban a nosotros ofreciéndonos fruta, y James no dudó en comprarles y darles algo más del dinero que pedían.

Paseamos por allí, nos hicimos algunas fotos y Alexis y yo incluso posamos con varias niñas que se acercaron tímidamente.

—Vamos chicas, es hora de ir a nuestro siguiente destino —dijo David.

Fuimos hacia una lancha que nos esperaba en la orilla de la playa y subimos en ella, preguntamos dónde íbamos y acabaron por confesar mientras la lancha nos llevaba mar adentro.

—Desde luego, sois un par de impacientes. No hay quien os dé una sorpresa —protestó mi mejor amigo.

—Ya me conoces —me encogí de hombros.

—Vamos a los *Parrachos* —dijo James—, una zona de arrecifes y corales donde haremos *snorkel*.

—¿Vamos a hacer *snorkel*? —pregunté emocionada.

—Yo me muero —escuchamos decir a Alexis.

—¿Tienes miedo, bonita? Porque no has de tenerlo, te lo aseguro. Es muy seguro donde vamos.

—No, no tengo miedo, si lo digo porque siempre he querido hacer *snorkel*.

—Entonces lo pasaremos muy bien, estoy seguro —David le hizo un guiño y yo lo miré arqueando la ceja.

Y sí, cuando llegamos a los *Parrachos*, pudimos quitarnos la ropa y quedarnos en traje de baño.

No me pasó desapercibido el modo en el que James me miraba, con esos ojos cargados de deseo, y podía sentir el modo en que mi piel ardía ante esa mirada.

David también se quedó embobado contemplando a Alexis, y cuando ella se distrajo con un par de niñas que corrían ante ella y una

se tropezó y cayó al suelo, me acerqué a mi mejor amigo.

—Cómetela con los ojos, pero disimuladamente —susurré.

—¿Qué dices? —Frunció el ceño.

—No te hagas el sueco, que eres de Madrid, condenado —volteé los ojos—. No soy tonta, ni estoy ciega. Te gusta Alexis, y no te atrevas a negarlo —le advertí señalándole con el dedo.

—Si con gustar quieres decir que me atrae como para echar varios polvos, sí, me declaro culpable, pero nada más allá de eso.

—Claro, claro, y yo estoy a puntito de entrar en el convento —resoplé—. Solo te digo que si te gusta…

—¿Me lance? —Arqueó la ceja, y me encogí de hombros.

Dejamos el tema cuando James nos llamó para ir en una lancha más pequeña hasta una de las plataformas que había por allí estratégicamente colocadas.

Cuando llegamos, nos dieron el material y tras decirnos cómo disfrutar de la experiencia que nos esperaba, nos lanzamos los cuatro al agua.

Aquello era precioso, con ese agua turquesa y cristalina, sumergidos en ella disfrutamos de cientos de peces iridiscentes que se acercaban curiosos a nosotros, esos que parecían querer saludarnos.

Uno de los hombres que nos había dado el equipo también nos proporcionó una cámara de fotos acuática con una tarjeta Sim donde grabar tantas fotos como quisiéramos y llevarnos de recuerdo.

No lo dudé y me puse a tirar fotos como una loca a las rocas, los corales y los peces.

Noté que Alexis me llamaba con un toquecito en el hombro y al girarme para mirarla, señaló a nuestra izquierda.

Nos habían dicho que, si teníamos suerte, podríamos ver delfines en esa zona, y parecía que esos pequeños marinos habían querido saludar a los visitantes.

Se fueron acercando a nosotros y no dudaron en jugar, darnos leves golpecitos con el hocico a modo de caricia e incluso dejarnos que nos agarráramos a su aleta para darnos un breve y rápido paseo.

Iba a ser difícil que se quedaran quietos para unas cuantas fotos, porque los delfines eran muy juguetones, pero al menos pudimos hacer algunas que guardar como recuerdo.

—Esto es una pasada —dijo Alexis cuando salimos a la superficie, los defines seguían allí con nosotras y empezaron a canturrear.

—Creo que habéis ligado, chicas —rio David.

—Pues muy guapo que es mi nuevo pretendiente. Yo de ti me preocuparía, no sea que de verdad te quite a la prometida —me encogí de hombros.

—Pequeñaja, te recuerdo que el cuento de Disney era la Sirenita quien quería ser humana, y no al revés.

—Amor mío, tú eres muy rubio para ser el príncipe Eric, ¿no crees?

—Es verdad, para ese papel pega más mi amigo James —señaló al moreno de ojos grises que ocupaba mis sueños, y en cuanto sus ojos se clavaron en los míos noté un escalofrío.

Y no, no era porque seguía nadando entre delfines en las cristalinas aguas de los *Parrachos*, sino porque conocía bien ese gesto de: “esta noche vas a ser mía”.

Regresamos a la plataforma, entregamos los equipos y cuando nos dieron la tarjeta Sim, volvimos a subir a la pequeña lancha que nos llevó de vuelta a la playa, donde recogimos nuestras cosas para ir en la más grande hasta *Maracajaú*.

Una vez allí disfrutamos del mejor pescado fresco a la brasa, acompañado de unas verduras.

—¿Os apetece un paseo en quad? —preguntó David.

—Yo prefiero tomarme un zumo de frutas bien frío y coger color al sol, amor mío —respondí.

—Dime que me acompañas, tú, Alexis, por favor —el muy jodido puso cara de cachorro y ella, que era como yo de sensible a los malditos pucheros, accedió.

Se fueron juntos a alquilar el quad y James y yo nos quedamos en la playa, tomando aquel zumo recostados en una de las tumbonas que había cerca del chiringuito.

—Deberías ponerte un poco de protector solar —dijo James cuando me recosté bocabajo.

—Lo tengo en la mochila.

Sacó el bote y tras ponerse un poco en la mano, comenzó a extenderlo por mi espalda, los brazos y los hombros, y después en las piernas.

—James… —lo amonesté cuando empezó a besarme el cuello.

—Estamos solos, y por lo que hemos visto donde David ha alquilado el quad, tienen una hora y media para volver. No creo que solo vayan a hablar y recorrer la playa.

—¿Qué insinúas? —Lo miré por encima del hombro.

—Conozco a David, nos movemos en ese mundo de sexo lascivo y lujurioso que tú también conoces, y puede quererte mucho, pero por cómo mira a Alexis, intuyo que la quiere en su cama.

—No creo —mentí.

—Dime que no has notado cómo la mira, cómo se la comía con los ojos cuando os habéis quedado en bikini.

—No me he fijado —si seguía mintiendo de ese modo, acabaría creciéndome la nariz como al pobre Pinocho.

—¿Quieres apostar, preciosa?

—¿Y que volvamos a perder? No sé si es buena idea.

—Por supuesto que lo es. Si tengo razón, serás mía durante un fin

de semana en mi cuarto de juegos.
—¿No podré salir de allí ni para comer?
—Yo te alimentaré, no te preocupes.
—¿Y si yo tengo razón y David no quiere nada con Alexis? —Arqueé la ceja.
—Podrás pedirme lo que quieras.
—¿Estás seguro?
—Completamente.
—No me tienes, a ver si te voy a pedir una mansión o un deportivo.
—Como si me pides la Luna, preciosa, por ti la bajaría y la pondría a tus pies.
Dicho aquello, se apoderó de mis labios en un beso que me pareció el más tierno que me había dado hasta el momento.
James aprovechó que estábamos solos para besarme y acariciarme a su antojo, tampoco es que yo pusiera objeciones, la verdad, pero antes de que David y Alexis regresaran, nos separamos y cuando se unieron a nosotros recogimos dando la excursión por finalizada.
El todoterreno nos llevó de vuelta al resort y como el día anterior, nos duchamos y cambiamos de ropa para salir a cenar y tomar una copa en el chiringuito de la playa, donde encontramos a Harry, que se interesó por cómo estábamos pasando esos días.
—Llevad a las chicas a conocer *João Pessoa*, les va a encantar esa parte de la ciudad —dijo—. El casco histórico, sus edificios coloridos, es una pasada que no pueden dejar de visitar.
—Suena bien. ¿Vamos mañana? —propuse.
—Pues ya tenemos plan para mañana —sonrió David.
—En ese caso, mejor nos vamos a la cama, yo al menos estoy algo cansada —comentó Alexis.
—Sí, yo también —sonreí.
—Claro, pequeñaja, estuviste haciendo ejercicio…
—¿Y tú no? —Arqueé la ceja para disimular.
—También, también.
Nos despedimos de Harry y regresamos a la villa. Por un lado, esperaba que James no me visitara esa noche, pero por Dios que por otro lado deseaba que lo hiciera.
¿Qué tenía ese hombre que me hacía desearlo tanto? Y eso, a la larga, podría ser un problema, un gran problema.

Capítulo 19



Tal como habíamos quedado la noche anterior, después del desayuno en el buffet, el todoterreno nos esperaba en recepción para ese nuevo día visitando los mejores rincones de Natal.

Según dijo Harry, *João Pessoa* era un lugar que no podíamos dejar pasar, y tanto Alexis como yo íbamos dispuestas a disfrutar de lo que nos ofreciera ese rincón de la ciudad.

El chófer nos fue contando un poco sobre el lugar al que nos dirigíamos. Dijo que era la capital de Paraíba y que era conocida como *“la ciudad donde el sol nace primero”* debido a su ubicación, en el punto más oriental de América.

En cuanto llegamos entendí por qué Harry aseguraba que era lugar de visita obligatoria.

El colorido de las palmeras y el césped de los jardines donde había varias flores, contrastaba a la perfección con los tonos pastel y algunos un poco más oscuros de las fachadas de los edificios que se encontraban allí.

¿Hicimos fotos? Muchas, era inevitable no hacerlas en aquel hermoso marco de fondo.

Paramos en una cafetería con vistas a un bonito jardín que daba una paz increíble. Echamos un vistazo al folleto que nos había dado el chófer y tras ver el itinerario que se aconsejaba en él, empezamos con la visita.

Lo primero fue adentrarnos en el casco histórico, ese que no defraudó para nada y que Harry dijo que era impresionante, presidido por el *Centro Cultural de San Francisco*.

Era impresionante ver lo bien conservado que estaba aquel edificio de estilo barroco cuya construcción se remontaba al año mil quinientos ochenta y ocho y su apertura databa solo un año después.

Y llegamos a la que podría considerarse la joya de aquel lugar, el

Parque Solón de Lucena.

Era maravilloso, rodeado de zonas verdes con flores, arbustos, palmeras, bancos donde sentarse y así disfrutar de la magnífica laguna con forma circular que había en el centro.

Al paso que íbamos haciendo fotos, tanto Alexis como yo nos quedaríamos sin batería y sin memoria en el móvil.

—Vamos chicas, que, según el folleto, la siguiente parada os va a encantar —dijo David llamándonos desde uno de los bancos.

Nos unimos a ellos y continuamos paseando por aquel rincón del mundo sin perdernos nada en absoluto, parecíamos dos niñas en Disneyland.

Llegamos al que se consideraba el punto más oriental de América, el *Faro de Cabo Branco*, que ofrecía unas impresionantes y majestuosas vistas panorámicas de las playas de *Tambaú y Manaíra*, así como el privilegio de poder contemplar el Atlántico en plenitud.

—Hora de comer, señoritas —comentó James cuando bajábamos desde la zona del faro.

—Ay, sí, me muero de hambre —respondí.

—¿Otra noche de ejercicio? —preguntó el muy jodido con esa sonrisa pícara.

—Pregúntale a mi prometido —me encogí de hombros.

—Eh… no, anoche no me colé en su habitación —contestó David, que miró con cierto disimulo a Alexis, quien en ese momento parecía una guinda de lo rojas que tenía las mejillas.

Llegamos a un restaurante donde pedimos una variedad de platos surtidos a base de queso, carne y puré de patatas, completando nuestra hora de comida con una mousse de maracuyá, típico postre brasileño que estaba delicioso, y un buen café.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunté una vez en la calle mientras James echaba un vistazo al folleto.

—¿Qué os parece un paseo en catamarán por el *Río Paraíba*?

—Fantástico —respondimos Alexis y yo, al unísono.

—Míralas, dos niñas con zapatos nuevos —comentó David.

—Yo diría que dos niñas por Disneyland —reí, y Alexis asintió .

Acabamos riendo los cuatro y fuimos hacia la zona desde donde salían los catamaranes, según el folleto.

Tras hablar con el encargado, subimos al que estaba a punto de zarpar y nos acomodamos en un lugar privilegiado desde el que podíamos ver la ciudad alejándose.

Varios hombres y mujeres pasaron entre los turistas con bandejas en las que llevaban zumos de frutas, cogimos uno cada uno y lo tomamos mientras la brisa con ese característico olor a mar nos acariciaba el rostro.

Y entonces empezó a sonar una música de lo más rítmica, y varias

parejas comenzaron a bailar.

Todo el mundo estaba absorto con la destreza que mostraban esos hombres y mujeres con aquel baile. Le preguntamos a una de las camareras y nos dijo que se trataba de un *forró brasileño*, un estilo musical y baile típico que se caracterizaba por movimientos sensuales, que no sexuales.

Cuando cambió la música, las parejas se dispersaron y buscaron a sus acompañantes entre todos los turistas, había quien se lanzaba sin miedo a centro de aquella improvisada pista, mientras que otras se mostraban tímidos y vergonzosos.

Un par de mulatos sonrientes, con camisetas de lo más apretadas y mostrando los fuertes músculos de sus brazos se acercaron a nosotras, invitándonos a acompañarlos.

—Yo voy si tú vas —dijo Alexis, que era más tímida que yo en otra época, y ya era decir.

—Venga, que a nadie le amarga un baile —reí.

—Es un dulce, pequeñaja —me corrigió David—, el dicho es: "a nadie le amarga un dulce".

—Mira, a vosotros también vienen a buscaros —sonreí al ver a dos preciosas mulatas, de nuestra estatura, sonreír e invitar a David y James a acompañarlas a la pista.

No se nos dio mal a ninguno de los cuatro aquel *forró brasileño* sensual en el que la pareja estaba tan pegada que apenas había espacio para un simple folio, donde las caderas se tocaban constantemente y además nuestros mulatos nos movían a Alexis y a mí como si fuéramos de goma.

—Dios mío, solo han sido dos canciones con ellos y creo que voy a tener agujetas hasta en las pestañas durante tres días —dijo Alexis, cogiendo otro zumo y dando un buen sorbo.

—¿Os atrevéis a practicar lo aprendido con nosotras? —propuso James, que no me quitaba ojo de encima.

—Mientras no me tenga que mover mucho —contestó Alexis.

—Tranquila, que yo me encargo de llevarte, bonita.

Y así, ni corto ni perezoso, fue como mi supuesto prometido cogió a Alexis por la cintura y se la llevó a bailar.

James sonrió de medio lado y tras apoyar la mano en la parte baja de mi espalda, también me guio hasta la pista y demostró sus dotes de gran bailarín. Sí, este hombre confirmaba aquello de que el que baila bien, también es bueno en el sexo.

Regresamos al embarcadero y fuimos al último lugar que visitar, la playa de *Jacaré*, donde nos sentamos en una de las terrazas con vistas al mar a disfrutar de un delicioso zumo de papaya.

Nos hicimos las últimas fotos del día y fuimos al todoterreno que nos llevaría de vuelta al hotel.

Una ducha, un vestido veraniego en color amarillo pastel, mis cuñas, y lista para ir a cenar al restaurante y lo que surgiera después.

Capítulo 20



Y lo que vino después de la cena fue una noche de copas en la barra de la piscina, y bailes en la playa donde James me mantenía pegadita a su cuerpo, encendiendo cada célula de mi ser con esas miradas que me estremecían y el modo en el que sus manos se aferraban a mis caderas.

No éramos los únicos, puesto que David y Alexis también bailaban del mismo modo sensual y diría que incluso seductor. Obviamente David y yo compartimos algunos bailes para guardar las apariencias de nuestro supuesto compromiso, y aunque no se nos daba mal, yo sabía que mi mejor pareja de baile era James, en todos los sentidos.

James volvió a cogerme de entre los brazos de David y con la voz de Romeo Santos como guía, nos mecimos de nuevo en ese baile sensual y con el que podría jurar que me invitaba a su cama esa noche.

“Nadie entiende cómo este amor funciona. No se quiebra, no se dobla, nada lo destroza…”

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en su hombro, en ese momento James me pegó a su pecho y con la barbilla sobre sien, nos iba moviendo lentamente de un lado a otro.

“Lo que siento jamás lo van a entender…”

Qué razón tenía Romeo en esa parte de su canción, porque ni yo misma era capaz de entender lo que sentía por James.

—Pasa la noche conmigo, preciosa —me pidió en un susurró y cuando lo miré, con esos ojos cargados de deseo, me pasé la lengua por los labios y asentí.

James sonrió y cuando acabó la canción entrelazó nuestras manos aprovechando que solo David podía vernos. No hizo falta que le dijera

nada, mi mejor amigo sonrió con picardía y me hizo un guiño, dejando claro que sabía dónde nos íbamos.

—Ahora tendrá que mantener a Alexis fuera de la villa —dije mientras caminábamos por el sendero hacia nuestro alojamiento.

—No creo que le suponga ninguna molestia. Esos dos parecen entenderse muy bien.

Pasó el brazo por mis hombros sin soltarme la mano y así me llevó hasta su habitación, pero antes de entrar se tomó la molestia de cerrar mi puerta.

—Por si vuelven antes, que Alexis no sospeche —hizo un guiño y sonreí.

En cuanto entramos en su habitación se desató la pasión. James me cogió por las nalgas haciendo que le rodeada la cintura con mis piernas y comenzó a besarme de ese modo tan rudo y dominante, proclamándose al mando de la noche.

No me importaba, no pensaba oponer ningún tipo de resistencia, que hiciera conmigo lo que quisiera.

Me dejó de nuevo en el suelo, junto a la cama, y comenzó a desnudarme. Cuando estaba desprovista de cualquier barrera que le supusiera un obstáculo, se desnudó también y me lamí los labios al ver su erección.

—¿La quieres, preciosa? —preguntó en un susurro, ronco y de lo más sensual mientras me acariciaba la barbilla, tan solo asentí— De rodillas, Iris.

Sin apartar la mirada de él, hice lo que me pedía y no tardé en acoger su miembro, grueso y erecto, en mi boca.

James jadeaba mientras sostenía mi melena enrollada en un puño, moviéndome al ritmo que le gustaba. Lamía su extensa longitud cuando se deslizaba por mi lengua y noté que se le contraían los músculos del cuerpo, estaba a un paso de correrse.

Pero se apartó, me acarició los labios con el pulgar retirando un poco de la saliva que se me había escapado al estar tan llena de él, y sonrió.

Me ayudó a ponerme en pie y me recostó en la cama, abrió el cajón de la mesita y de él sacó tres pañuelos de seda negros.

—Inmovilizada de manos, y sin que puedas ver nada, así te quiero esta noche, preciosa.

Lo vi anudar los pañuelos alrededor de mis muñecas y uno de los barrotes del cabecero de su cama y fruncí el ceño.

—Mi cama no tiene barrotes —comenté.

—Por eso escogí esta —hizo un guiño y reí.

Con el último pañuelo cubrió mis ojos impidiéndome ver nada, y comenzó a dejar un camino de besos por todo mi cuerpo hasta que llegó a ese lugar que ya notaba húmedo entre las piernas.

Su lengua dio una lamida lenta, muy lenta, y me estremecí en el proceso. Durante los siguientes minutos James se dedicó a lamer, morder y saborear a su antojo, parando cuando el orgasmo amenazaba con hacerme estallar en mil pedazos, para volver a reanudar sus juegos instantes después.

—James, por el amor de Dios, quiero correrme —dije entre jadeos —. Necesito hacerlo.

—Todavía no, preciosa, eso solo pasará cuando yo diga. Estoy al mando esta noche, ¿recuerdas?

—Uf —resoplé y lo escuché reír, sería cabrito.

Oí que abría de nuevo el cajón de la mesita y volvía a cerrarlo poco después. No venía nada, pero sí podía sentir lo que me hacía, y en ese momento lo que notaba era la vibración de un pequeño artilugio de silicona que se desplazaba por todo mi cuerpo.

Empezó sobre los pezones, haciendo que me excitara en demasía y que ambas pequeñas protuberancias se pusieran aún más erectas, si es que era posible. Cuando abandonó los pezones y bajó por el vientre, James me mordió y tiró de uno de ellos haciéndome gritar.

Y entonces llegó a mi sexo, ese que estaba más que sensible y necesitado de liberarse. Lo pasaba sobre el clítoris y entre mis pliegues muy despacio mientras yo no podía dejar de jadear y gemir, incluso me mordí el labio inferior en más de una ocasión para no gritar más de la cuenta.

En el momento en el que sentí que me penetraba y la vibración lanzaba una punzada de súbito deseo y necesidad haciendo que un escalofrío me recorriera de pies a cabeza, arqueé la espalda y elevé las caderas. James añadió el pulgar de la otra mano haciendo fricción en el clítoris y supe que estaba perdida, que, si ese hombre no me daba permiso para correrme, lo haría de igual modo y eso podía conllevar un castigo por su parte.

—Ahora sí, puedes correrte, preciosa —lo dijo en un tono bajo, pero cargado de exigencia, era una orden, y no pensaba desobedecerla.

Grité presa de aquel intenso orgasmo que me envolvía en ese momento, liberando la tensión que durante, a saber, cuánto tiempo, James me había hecho soportar.

Cuando retiró el vibrador de mi vagina, escuché que abría algo, y no tardé en notar su mano cubierta de gel adentrándose entre mis nalgas. Me mordí el labio a sabiendas de lo que pretendía, y relajé mi cuerpo por completo.

Un dilatador fue lo que invadió aquella parte, uno alargado y fino con el que James empezó a penetrarme despacio.

Minutos después retiró ese e introdujo uno ligeramente más grueso, y así hasta que lo que sentí adentrándose en mi zona trasera, fue la punta de su glande.

James avanzaba poco a poco, yo gemía y me estremecía, y cuando me colmó por completo, elevó mis caderas para moverse con más facilidad.

Me llevó a un nuevo orgasmo mientras me penetraba por detrás con su miembro y por la vagina con dos dedos al mismo tiempo que su pulgar se dedicaba a jugar con el clítoris.

Noté que se movía y no tardé en sentirlo cerca de mi cabeza, sostuvo la barbilla con dos dedos y me hizo girar mientras me separaba los labios. Su miembro invadió de nuevo mi boca y durante los minutos que le di placer como a él le gustaba, ambos gemimos rompiendo con el silencio que nos rodeaba en la habitación.

Se apartó antes de acabar y, tras acomodarse entre mis piernas, se enterró en lo más profundo de mi ser con una certera embestida.

Me mantenía sujeta por las caderas, entrando y saliendo con fuerza y rápidamente, y tras unas pocas embestidas más alcanzamos juntos el clímax.

James se dejó caer sobre mi pecho, me habría encantado acariciarle la espalda o jugar con los dedos entre su pelo, pero seguía con las manos inmovilizadas.

Cuando conseguimos recuperar el ritmo normal de nuestra respiración, me desató ambas muñecas, retiró el pañuelo con el que me había cubierto los ojos, y tras una mirada de admiración se inclinó para besarme.

—Hora de dormir, preciosa —susurró colocándose a mi espalda, abrazándome y manteniendo su pecho muy pegado a mí.

—Debería irme a mi habitación.

—De eso nada, esta noche eres mía, solo mía.

Ojalá pudiera serlo todas las noches.

Capítulo 21



Los días en el resort fueron pasando entre desayunos, excursiones, besos y caricias robadas, cenas, copas, bailes, y James llevándome a su cama o colándose en la mía.

Disfrutamos en las playas de *Pipa*, en el municipio de *Tibau do Sou,* de unos paisajes silvestres del Atlántico Sur que no parecían que fueran parte de Brasil, sino más bien de algún del desierto.

Al igual que el día que hicimos *snorkel*, cuando visitamos la *praia do Madeiro* pudimos nadar con delfines y jugar con ellos, se les veía la mar de tranquilos y cariñosos, se notaba que estaban acostumbrados a los humanos.

Inmortalizamos las *Playas do Amor, Lajinha y das Minas* conocidas por el color rojo de la tierra, desde el *Mirador de Chapadão*, y nos bañamos en las piscinas naturales que se formaban cuando bajaba la marea en la *Playa do Amor*.

James planeó un paseo en barco hasta el *Morro do Careca*, una duna de altura puesto que medía ciento veinte metros y según el folleto era el rincón más fotografiado de *Ponta Negra*, cosa que no era de extrañar al ver aquel maravilloso lugar.

Nos dimos un baño en el mar y después nos llevaron hasta la playa de *Alagamar*, conocida como *"la playa de las tortugas"*, no bajamos del barco, pero aun en la distancia se podía admirar la belleza de aquel rincón, con esa arena blanca, mientras uno de los empleados de la tripulación servía cócteles de fruta con o sin alcohol, al gusto del consumidor.

De regreso hasta el punto de partida, encontramos delfines, que entre cánticos y saltos acompañaron la marcha del barco durante gran parte del trayecto. Si estar con ellos en el agua había sido una experiencia increíble, verlos solos y mostrarse tal como eran, fue impresionante.

El día anterior lo pasamos en *Barra do Punaú*, un lugar que Harry nos aconsejó como último destino de aquel viaje para que nos relajáramos.

Ir a aquella zona de playa rodeada de arena blanca, dunas y cocoteros, sin duda alguna fue un acierto.

Tomamos el sol, nos dimos más de un baño, nos relajamos con un zumo de frutas en las tumbonas, charlamos, reímos, hicimos más fotos, comimos e incluso bailamos con algunos niños que se acercaban curiosos. Alexis y yo compramos pulseras y collares para nosotras, nuestras familias, y las chicas de la asociación, así como unas figuras de mujeres brasileñas con sombreros y vestidos de colores surtidos con lunares blancos que nos gustaron mucho.

Paseamos por allí empapándonos de la naturaleza, y en un momento dado ella se fue a solas con David a hacer *snorkel*, ocasión que James no dejó escapar y aprovechó al máximo para besarme y acariciarme cuanto quiso.

Y ya estábamos a sábado, seguía en la cama mirando al techo y recordando cada momento vivido en ese viaje, no queriendo recordar que en apenas unas horas nos marcharíamos.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era una videollamada de Inés, lo cual me extrañó y mucho, dado que en San Francisco eran las cinco de la madrugada.

—¿Inés? ¿Va todo bien? —pregunté, asustada.

—Sí, solo quería ver a mi hermana y preguntar cómo estás. Esas fotos que me has ido enviado, son preciosas.

—Sí que lo son —sonreí—. Ojalá hubieras podido venir.

—Me habría encantado, de verdad.

—Oye, ¿y el bizcochito? ¿Cómo está?

—La mar de a gusto aquí dentro —rio mientras se tocaba el vientre, aún plano—. Sam dice que está perfecto, y yo también. La verdad, Iris, me está apoyando mucho.

—Me alegra saber que tu ginecólogo se preocupa por tu salud.

—Y tanto, ¿te puedes creer que me llama todas las noches después de cenar para ver si he tomado todas mis comidas y las vitaminas?

—Es un buen hombre, me lo demostró cuando le dijo a Emilia que los gastos médicos de las chicas corrían por cuenta de la clínica.

—Sí, sí que lo es. Será afortunada la mujer a la que ame.

—¿Está soltero? —Elevé ambas cejas.

—Sí, ¿no es increíble? Con lo atractivo y encantador que es, y resulta que hace tres años la mujer con la que llevaba cuatro años, dos de ellos casados, le dijo que se había enamorado de otro.

—Pobre. ¿Qué tal se ha portado Nico?

—Ya sabes que ese niño no da problemas. Estos días Caroline se ha estado quedando a dormir en casa. La simpática de su madre se largó

con el novio a Las Vegas, y como Jeff estaba fuera por trabajo, les ofrecí tu casa.

—Nuestra casa, Inés, sabes de sobra que también es tuya. Hiciste bien, esa niña no merece los desplantes de su madre.

—Desde luego que no, y ella cree que de ese viaje vienen casados.

—No me extrañaría —reí.

—¿Qué tal con… ya sabes quién? —hizo un gracioso movimiento con las cejas.

—Aprovechando cada ocasión para estar juntos —suspiré.

—Te gusta demasiado, ¿a que sí?

—Más que demasiado, diría yo, y eso no es bueno.

—Pues no entiendo por qué no lo es, Iris. Se nota que a él también le gustas. ¿Por qué no le das una oportunidad al amor?

—No, no hables de amor, por favor te lo pido —la señalé—. No voy a volver a cometer el mismo error que con Trevor.

—Oh, por favor, James Benson no es como esa rata de alcantarilla —volteó los ojos.

—Lo sé, lo sé, pero si hubiera algo serio entre nosotros y acabara mal, sabes que Nico lo llevaría igual de mal que yo. Creo que le tiene cariño.

—No es para menos, ese hombre también se desvive por tu hijo. ¿Sabes qué ha hecho sin que tú lo supieras?

—¿Qué?

—Cada mañana enviaba a Jason, que resulta que es el chófer de Emilia, a recoger a Nico para llevarlo al estadio de los *Warriors* y que entrenara con los jugadores.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes —sonrió—. Ese hombre sería todo un padrazo.

Después de aquellas últimas palabras de mi hermana pequeña y confirmarle la hora a la que llegaríamos al día siguiente, me despedí de ella y salí de la cama para empezar a hacer el equipaje.

Cuando tenía todo listo, me duché y vestí y fui al encuentro de los demás, que charlaban en el porche tomando el desayuno.

—¿Se te han pegado las sábanas, pequeñaja? —preguntó David cuando me vio salir.

—Me llamó Inés, estuve hablando con ella.

—¿Le ha pasado algo?

—No, solo quería saber cuándo llegaría a casa. Ella está bien, y Nico también —le aseguré.

—Se acaba el viaje —dijo Alexis con un largo suspiro.

—Pero no ha estado nada mal, ¿eh, bonita? —David sonrió haciéndole un guiño.

—No —respondió tímida nuevamente.

Había algo distinto entre ellos, no sabría decir qué, pero tenía la

sensación de que me estaba perdiendo parte de la historia de ese viaje.

Después del desayuno fuimos por última vez a la playa, donde pasamos la mañana relajados hasta que nos encontramos con Harry en el restaurante para comer.

Nos invitó a volver a visitarle siempre que quisiéramos, y quedó en pasar por San Francisco para vernos en cuanto le fuera posible, en esos días le habíamos hablado de la asociación y quería colaborar con ella de algún modo.

Estaba guardando el neceser en mi maleta para cerrarla, cuando noté los brazos de James rodeándome por la cintura y su inconfundible perfume me envolvió.

Dejó un beso en mi cuello y sentí el escalofrío de rigor recorriéndome de pies a cabeza.

—Aún tengo que cobrarme el pago de tu apuesta —dijo con la barbilla apoyada en mi hombro.

—Lo sé, tú solo procura avisarme con tiempo para que pueda organizarme.

—Y también hay otro pago… —dejó la frase sin acabar.

—Dos, uno tuyo y otro mío —le recordé.

—Cierto. ¿Qué te parece si llevamos a cabo el mío la próxima semana? Quiero que pases el fin de semana conmigo.

—Deja que lo piense, he estado fuera muchos días sin mi hijo.

—Podemos organizar un viaje con él otro fin de semana, antes de que comiencen las clases —propuso, y que pensara en mi hijo, que quisiera llevarlo de viaje a él también, hizo que se me encogiera el corazón.

—Lo pensaré, ¿de acuerdo?

—Como quieras.

Y se apoderó de mis labios en un beso tierno, mientras me mantenía entre sus brazos.

—Iris, ¿necesitas que guarde…?

En cuanto escuchamos a Alexis en el pasillo nos separamos, cuando la miré ella disimulaba mirando a todos lados sin un punto fijo concreto. Por favor, que no nos haya visto.

—Voy a coger mi equipaje —dijo James saliendo de mi habitación.

—¿Qué querías preguntarme, Alexis?

—Yo, eh… Tengo sitio en mi equipaje, por si necesitas que guarde alguna de tus compras.

—No —sonreí—, me ha cabido todo, mira.

Hice que se acercara y la pobre lo hizo sin querer mirarme, lo que me hacía pensar que sí había visto algo.

—Alexis…

—No he visto nada —dijo de pronto—. Y si lo hubiese visto, que no es el caso, no le diría nada a nadie.

—Eh… vale.

Ella asintió y volvió a marcharse. James se asomó a mi puerta, elevó ambas cejas con aquella pregunta silenciosa y cuando suspiré y asentí levemente por lo que sospechaba, dejó caer la cabeza hacia atrás y la apoyó en el marco de la puerta.

—¡Chicos, hora de irse! —gritó David, quien intuí que estaba en el salón esperándonos.

Cerré las maletas y salí para reunirme con él, no tardaron en aparecer James y Alexis, quien no nos miró a ninguno de los dos.

A las cuatro de la tarde hora brasileña, abandonábamos el resort para ir en el todoterreno hasta el avión privado que debía estar esperándonos para llevarnos de regreso a casa.

Aquel era el fin de un viaje increíble que recordaría siempre, y la pregunta de si podría ser el inicio de algo más importante con James podría tener lugar en nuestras vidas me rondaba la cabeza cuando pisé el último escalón del avión.

Eché un vistazo por encima del hombro y suspiré, ¿volvería algún día a este pequeño paraíso?

Y si la respuesta era sí, ¿haría ese viaje junto a James?

Capítulo 22



La vuelta a la rutina había sido bastante mejor de lo que pensaba.

El lunes lo pasé metida de lleno en la revisión de varios informes, programando reuniones con Nikki, con esas empresas y negocios que querían que invirtiera en ellos, y estudiando otros negocios que se habían puesto en contacto conmigo.

Alexis y yo visitamos la asociación el martes por la tarde y entregamos los regalitos que habíamos llevado de ese viaje. Las chicas, las trabajadoras y Emilia quedaron encantadas con esos preciosos detalles.

El miércoles recibí la visita de Son, el amigo de James, quien dijo que quería hablar de negocios conmigo, tal como habíamos comentado en aquella primera noche que nos conocimos.

Tenía un proyecto bastante interesante y decidí que echaría un vistazo a su plan y le daría una respuesta en cuanto mis analistas me dijeran cuán viable y beneficioso podría ser para mí.

Ya estábamos a jueves y ni siquiera me había tomado el primer café, cuando recibí una llamada que no traería nada bueno a ese día.

—¿Cómo te atreves a llamarme? —grité antes de salir de mi habitación.

—No seas grosera, dulce Iris, y dame los buenos días. Cualquiera diría que tenemos un pasado en común.

—Pasado del que me arrepiento desde que me robaste. ¿Qué quieres, Trevor?

—Haceros entrar en razón a ti y a ese abogado de pacotilla. Quitad la denuncia, y pagarme, joder, que no es tan complicado.

—No vamos a ceder a tus chantajes, cerdo miserable.

—Iris, Iris, Iris… —suspiró—. No me quieras ver enfadado, ¿sí? Haced lo que os digo o las cosas pueden ponerse mucho peor para vosotros.

—No vamos a ceder.

—¿Qué tal en tu viaje? ¿Os divertisteis? Es que, verás, tengo la duda de por qué si habéis ido a pasar algo así como una luna de miel tu prometido y tú, él se ha visto estos días con otra mujer, todas la noches, en casa de ella. ¿Es que ya no eres la misma follando y se ha buscado una más joven?

Alexis, fue el primer nombre que me vino a la cabeza. ¿Es que ese maldito imbécil no iba dejarnos en paz? ¿Ahora también vigilaba a David?

—¿Cómo puedes ser tan rastrero? ¿Sigues vigilándome? ¿Y ahora también lo vigilas a él?

—Te lo dije, voy a conseguir ese dinero como sea. Pagadme vosotros, y olvidaré que tengo unas fotos un tanto… comprometidas. Bonito tatuaje el de esa mujer, una estrella en la nuca con una L en su interior.

Fruncí el ceño puesto que no sabía si era cierto lo que decía, no me había fijado en ese detalle de Alexis.

—Tenéis una semana, si no quitáis la denuncia y me pagáis, esas fotos verán la luz.

No me dio tiempo a decir nada más, Trevor cortó la llamada y sentí que me fallaban las piernas.

Marqué el número de David, pero por más que sonó, no obtuve respuesta.

Salí de mi habitación, saludé a mi familia que desayunaba en la cocina y me serví un café, ese que tomé en unos pocos sorbos mientras miraba el móvil por si llamaba David, pero no, no lo hizo.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí, sí. Es que espero una llamada —respondí mientras el pensamiento de llamar a Alexis pasaba por mi cabeza, tal vez estuviera con ella.

—Caroline y Jeff me han invitado a ir a pasar el fin de semana con ellos en Santa Rosa, van a visitar a sus abuelos.

—¿Este fin de semana está con su padre? —pregunté y él asintió— Claro que puedes ir, cariño —sonreí.

—Voy a llamarla para decírselo.

—Ay, qué bonito es el amor adolescente —suspiró Inés.

—¿Sigues con eso?

—Sí, para mí es más que evidente que están juntos.

—Pues a mí me dijo que no.

—Le dará vergüenza, mujer. A fin de cuentas, eres su madre. Oye, ¿qué te pasa? Porque nunca una llamada te tuvo tan nerviosa pegada al móvil.

—Me ha llamado Trevor, vuelve a amenazar, dice que quitemos la denuncia y le paguemos, o unas fotos de estos días de David con otra

mujer verán la luz.

—¿Qué? Pero, ¿es que ese hombre no se va a cansar de joderte la vida?

—Sé ve que no —cerré los ojos, suspirando resignada.

—¿Y qué mujer puede ser? Creía que David solo tenía relaciones en esos lugares clandestinos.

—Por mucho que él quiera negármelo, le gusta Alexis, y creo que es ella la de esas supuestas fotos.

—¿Alexis Bowman? —Inés abrió mucho los ojos.

—La misma.

—¿Y por qué dices supuestas?

—Porque antes de saber que ese cabrón no se está tirando un farol, tengo que hablar con David y Alexis para ver si el dato que me ha dado es cierto.

—¿Has llamado a David?

—¿De quién te crees qué es la llamada que espero? Si es que ve el móvil y me la devuelve.

—¿Y si está con Alexis? Podrías llamarla a ella.

—Es lo que he pensado.

—Pues no esperes más, este asunto es importante.

Tenía razón, por lo que cogí el móvil y marqué el número de Alexis, que apenas tardó un par de tonos en responder.

—¿Iris?

—Buenos días, Alexis, sé que puede sonar raro lo que voy a preguntarte, y más viniendo de mí, pero… ¿Está David contigo? —por el grito de sorpresa que escuché al otro lado de la línea, todo apuntaba a que sí, David estaba con ella.

—Yo…

—¿Con quién hablas, bonita? —la voz de David me llegó algo más baja que la suya, pero mis sospechas de que entre ellos había pasado algo durante el viaje a Natal, quedaban ahora completamente confirmadas.

—Es Iris —respondió—. Llama preguntando por ti —sonaba triste, y sentí la necesidad de hablar con ella sobre lo que no vio en la villa el día que regresábamos, y esto.

—¿Iris? ¿Por qué llamas a Alexis para hablar conmigo?

—Porque te he llamado a ti y no lo has cogido. Tenemos que hablar, te espero en mi despacho en una hora. Y, David, trae a Alexis contigo.

No dije más, me limité a cortar la llamada y mirar a mi hermana.

—¿Están juntos?

—Eso parece, y no me gusta que Trevor meta a esa pobre chica en esto. Cuando sus padres sepan que se acuesta con un hombre que está supuestamente prometido, no creo que lo tomen bien.

—Habla con tu abogado, dile lo que ha pasado y, no sé, tal vez

podáis añadir otra nueva denuncia por amenazas contra él —se encogió de hombros.

—Me van a acabar viendo más en esa comisaría, que en mi propia casa —suspiré.

Inés me frotó la espalda y poco después dejó un beso en mi mejilla y fue hacia su habitación.

Yo salí de casa para encontrarme con Jack, quien me conocía tan, pero tan bien, que no hacía falta que preguntara si me pasaba algo, él ya lo sabía.

¿Y qué hacía mi chófer en esos casos? Lo mismo que aquella primera vez, tiempo atrás, cuando supo que mi tristeza era por culpa de Trevor. Jack no era tonto y con todo lo que había pasado días antes del viaje, seguro que de nuevo esa rata de cloaca era el culpable de que estuviera así.

Conectó su móvil al equipo y radió y no tardé en escuchar esas características notas de piano antes de que la gran Gloria Gaynor llenara el silencio del coche.

"At firts I was afraid, I was petrified…[3]"

Sonreí al verlo mirándome con su habitual sonrisa a través del retrovisor.

"And I grew strong, and I learned how to get along…[4]"

Lo mejor era de ese momento era cuando los dos gritábamos a todo pulmón acompañando a Gloria.

—*And I'll survive, I will survive…[5]*

Jack silbaba la melodía y yo simplemente disfrutaba del trayecto en coche.

Mi chófer se había convertido en un gran amigo, era como una extensión de David, siempre dispuesto a levantarme el ánimo del modo que fuera.

Cuando llegué a la oficina, Nikki me dijo que David y la señorita Bowman estaban esperando en mi despacho, le pedí que nos trajera café y al entrar encontré a mi mejor amigo abrazando a esa chiquilla que parecía estar llorando por el modo en el que se sacudía su pequeño cuerpo entre los brazos de él.

—Buenos días —dije para hacerme notar, Alexis se sobresaltó y David me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, pequeñaja?

—Necesito que me confirméis algo. Alexis, ¿tienes una estrella con

una L en su interior tatuada en la nuca?

Por cómo abrió los ojos con absoluta sorpresa, y la mirada de David quien tampoco esperaba que yo fuera conocedora de ese dato, supe que el maldito Trevor tenía razón.

—Sí, pero, cómo…

—Trevor te ha estado siguiendo, y estos días os ha fotografiado en su casa —le informé a él mientras la señalaba a ella.

—¿Qué? ¿Ese cabrón me ha seguido a mí?

—Sí, y ha vuelto a amenazarme, si Carlos y yo no quitamos la denuncia, y le pagamos, venderá las fotos.

—Dios mío —Alexis comenzó a sollozar.

—Ey, bonita, no llores.

—Mis padres, no puedo hacerles pasar por esto. ¿Por qué tuve que ser tan tonta y acabé acostándome con un hombre prometido a otra?

—Alexis, sé que sí nos viste a James y a mí el día que regresábamos de Natal —le dije pasándole la mano por la espalda—. Mira, sé que puede sonar raro, pero hasta que nos casemos, David y yo tenemos una relación abierta. No me tomo a mal que mi prometido se haya acostado contigo, lo que me sorprende es que tardara tanto —sonreí cuando me miró.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo secándose las mejillas.

—Voy a llamar al abogado, si tengo que volver a denunciar a Trevor por amenazas lo haré, y también avisaré a Carlos, por si esa rata ha puesto a alguien siguiendo a Amanda.

No me dio tiempo a marcar a mi ex, cuando su nombre apareció en la pantalla.

Abrí la boca para darle los buenos días, pero no me dejó hablar, lo hizo él y con sus palabras, supe que todo es asunto acababa de empeorar.

—Me ha llamado Trevor, tiene fotos de mi esposa.

Capítulo 23



Prácticamente me dejé caer en la silla después de escuchar a Carlos.

David se acercó a mí al ver que me quedaba callada y con la mirada perdida en algún punto del escritorio, me preguntaba con quién estaba hablando, pero no respondí, por lo que acabó por quitarme el móvil de las manos.

—¿Hola? ¿Carlos? ¿Qué le has dicho a Iris? —se quedó callado y comenzó a caminar por el despacho.

A mi mejor amigo no le quedó más remedio que decirle a mi ex, que Trevor también tenía fotos suyas. No podía ni imaginar qué pensaría Carlos al respecto, pero llegados a ese momento me daba igual.

Alexis me apoyó la mano en el hombre y fue cuando reaccioné, al mirarla me sonrió, pero con un aire triste que me partía el alma. Ella no tenía que haberse visto envuelta en esto.

—Se lo diré, sí, estamos en contacto. Adiós, Carlos —David cortó la llamada y se acercó a devolverme el móvil—. Va a hablar ahora con Conrad, dice que lo mejor es que volváis a denunciarlo.

—Sí, lo sé. ¿Qué tipo de fotos tiene de ella? —imaginaba el tipo de fotografías que le habían hecho a Amanda, pero quería cerciorarme.

—Con otra persona —respondió sin decir que se trataba de una mujer, puesto que Alexis no sabía que la esposa del padre de mi hijo estaba enamorada de una mujer—. Iris, ese hijo de puta no va a salirse con la suya.

—¿Y qué hacemos? Tiene fotos vuestras, esto perjudicará a Alexis.

—Yo… puedo hablar con mis padres, decirles que, bueno, que habíais roto vuestro compromiso.

—No podemos decir eso, cuando Trevor hizo que publicaran mis fotos con James dijimos que estábamos buscando un viaje para David y para mí.

—Bueno, algo se nos ocurrirá, no sé. Llama a James, dile que venga

a ver si él puede aportar algo de luz a este callejón sin salida.

Suspiré e hice lo que me pedía David. Cuando le dije a James que era urgente que viniera, habló con alguien que estaba con él y canceló la reunión hasta más tarde.

No podía creer que el indeseable de Trevor nos tuviera a todos con el alma en vilo y dejando todo para hablar sobre él.

Mientras esperábamos, David salió a hacer una llamada y Alexis y yo nos quedamos en el despacho tomando un café.

—No sé cómo pasó, Iris —dijo de pronto.

—¿El qué?

—Lo mío con David.

—¿Puedo ser sincera contigo?

—Por favor. Como si tienes que llamarme, zorra roba prometidos.

—No, mujer —reí—. Ya te hemos hablado de nuestra relación. Lo que quería decirte es que, el día que os conocisteis aquí, en mi despacho, creo que fue cuando empezó todo. Conozco a David, y sé cuándo le gusta una mujer.

—Pero eres su prometida, y yo jamás me había metido en medio de una relación.

—¿Qué pensaste al vernos a James y a mí besándonos?

—Dios mío, me quería morir —dijo con la mano en el pecho—. O sea, ¿cómo iba a imaginar que iba a encontrarme en tu habitación a ese hombre? Y no quería contarle nada a David porque, ¿y si se ponían a pelear en el avión? Eso habría sido un suicidio aéreo. David me besó en Brasil.

—Lo supuse cuando te llevó a esa segunda excursión solos.

—Me sentí fatal, y después os vi a James y a ti.

—Y no te sentiste tan mal —sonreí.

—Un poquito menos mal solo —me devolvió la sonrisa.

—¿Te gusta David?

—Más de lo que debería —suspiró.

—Acepta un consejo de alguien que lo conoce desde hace años. No te rindas si lo quieres a tu lado.

—Pero, os vais a casar.

—Todos tenemos escrito nuestro destino, solo que a veces lo que tiene que ocurrir necesita que le demos un pequeño empujoncito.

—Iris, el señor Benson está aquí —dijo Nikki desde la puerta.

—Hazlo pasar, por favor —mi secretaria asintió y poco después, la imponente figura de mi hombre cruzó el umbral.

Traje y corbata azul, camisa blanca, una mano en el bolsillo y el móvil en la otra.

—¿Qué es tan urgente, preciosa? —preguntó acercándose y me dio un beso en la mejilla mientras echaba una mirada de soslayo a Alexis.

—Trevor me llamó esta mañana, y también ha llamado a Carlos.

—¿Y ahora qué es lo que pide?

—Ha seguido a David y a Amanda, les ha hecho fotos comprometidas e insiste en que quitemos la denuncia y le demos el millón de dólares, o las enviará a la prensa para hacerlas públicas.

—¿Tiene fotos de David? —frunció el ceño y asentí— ¿Con quién? ¿Dónde?

—Conmigo, y en mi casa —respondió Alexis en apenas un hilo de voz.

James no dijo nada, su única reacción fue abrir mucho los ojos y volvió a mirarme.

—No vamos a ceder. Carlos iba a hablar con Conrad para poner otra denuncia.

—Si ese cabrón vende las fotos…

—Lo sé —sabía que pensaba en Amanda Brooks y en su padre, ese hombre que desconocía los sentimientos de su hija por una mujer.

David entró poco después y saludó a James antes de sentarse en la silla junto a Alexis y hablar.

—He llamado a uno de mis chicos, y le he pedido que hable con sus contactos del FBI.

—¿Para qué? —pregunté.

—Quiero que nos digan todo lo que puedan averiguar sobre Trevor, cualquier cosa que podamos utilizar en su contra. Ese cabrón no va a joder a mi chica dos veces.

—Aparte de que me robó a mí hace años, no sé qué más puede tener.

—Nadie está completamente limpio, Iris —dijo James—. Y si lo está es porque es una persona ejemplar. Permíteme una apreciación sobre Trevor. No es una persona ejemplar.

—Estoy de acuerdo con él —señaló David—. Trevor es un hijo de puta, aunque su madre seguramente sea una santa. Ese tipo es una maldita rata de cloaca.

—Tenemos una semana, o venderá las fotos —le recordé a mi mejor amigo.

—Tranquila, antes del domingo seguro que tengo noticias del FBI.

El móvil de Alexis empezó a sonar, se disculpó para atender la llamada puesto que era la encargada de los almacenes y salió al pasillo.

Cuando regresó se disculpó y dijo que tenía que marcharse, al parecer tenían algún problema con un pedido que les habían entregado erróneo.

David se ofreció a llevarla y les pedí que fueran a casa a cenar esta noche, a lo que ambos asintieron con una amplia sonrisa.

—Así que esos dos al final sí que tienen algo —comentó James.

—Eso parece.

—Lo cual quiere decir, señorita Duarte, que he ganado la apuesta, y me debe usted un fin de semana completo en mi casa.

—Me habías pedido que fuera este fin de semana y ni siquiera sabías que estos dos habían caído en la tentación.

—Preciosa, por cómo se miraban, era cuestión de tiempo que lo hicieran.

—En el fondo yo también lo sabía, pero no quería verlo. Así que creo que debo pagar la deuda este fin de semana.

—No, este no. Tengo una mejor propuesta.

—¿Mejor para quién? Porque ibas a tenerme a tu merced dos días —arqueé la ceja.

—Mejor para ti —susurró apoyándose en el borde de mi escritorio —. El equipo tiene un partido en Denver, y había pensado que a Nico seguro que le gustaría verlos jugar fuera de casa.

—Los ha visto muchas veces.

—¿En un estadio?

—No, por televisión.

—No se vive igual —sonrió—. Son poco más de dos horas en avión, nos vamos mañana por la tarde, el partido es el sábado por la noche por lo que tenemos casi dos días para hacer lo que queráis.

—Tal como están las cosas ahora…

—Justo por esto, Iris. Te conozco, y sé que, si te quedas en casa, te pasarás el fin de semana pensando en lo que sea que puedan decirle a David que han encontrado en la vida de Trevor.

—No quiero confundir a Nico, que se haga una idea que no es.

—Prometo portarme bien.

—No vas a aceptar un no, me ponga como me ponga, ¿verdad?

James se encogió de hombros y claudiqué, una vez más, aceptando llevar a mi hijo a pasar un fin de semana con él.

Se inclinó para besarme mientras sostenía mi barbilla con dos dedos, y sacó el móvil del bolsillo, no tardé en escucharlo hablar con Nico.

En cuanto mi hijo escuchó que vería el partido de su equipo favorito del sábado en Denver, lo oí gritar desde mi asiento. Sonreí, y es que James era capaz de hacer feliz a mi hijo con aquello que más le gustaba.

Era tan diferente a Trevor, que nunca incluía a Nico en sus planes a no ser que yo insistiera.

Se despidió de mi hijo diciendo que lo vería al día siguiente, y en cuanto cortó la llamada, Nico me llamó a mí.

—Seguro que me cuenta entusiasmado que vas a llevarlo a Denver —reí antes de contestar, ya que no le había dicho que yo iría con ellos.

Y sí, me llamaba para decirme justo eso. No le comenté que yo los

acompañaría en el viaje, ya se sorprendería cuando me viera salir de la habitación con una pequeña maleta.

El teléfono de James sonó y al echar un vistazo a la pantalla se puso en pie inclinándose para besarme.

—Tengo que irme, preciosa. Me esperan para una reunión.

—Claro, vete. Y, gracias por venir. David me pidió que te llamara para ver si podías aportar alguna idea para frenar a Trevor, pero al final…

—¿Puedo ser franco contigo?

—Por supuesto.

—Creo que él quería que yo estuviera aquí para darte apoyo, porque tú no me habrías llamado, puede que ni siquiera me hubieras contado nada al respecto.

—¿Cómo es que me conoce usted también, señor Benson? —Entrecerré los ojos.

—Quién sabe, tal vez hayamos coincidido en otra vida y fuéramos un feliz matrimonio con seis hijos.

—¿Seis? Cómo se nota que vosotros no pasáis por ese trámite.

—Ojalá hubiera estado contigo cuando nació Nico —me acarició la barbilla mientras decía aquellas palabras, y por el modo en el que me miraba intuía que eran completamente sinceras—. Nos vemos mañana, preciosa.

Tras un último beso se marchó, y yo intenté concentrarme en el trabajo, pero no podía, las amenazas de Trevor pesaban en mi cabeza como una maldita losa.

Ojalá James Benson se hubiera cruzado en mi camino mucho antes de lo que lo había hecho. Aunque mi madre solía decir que cada persona llega a nosotros en el momento en el que debe hacerlo.

Dado que concentrarme en el trabajo iba a ser una empresa titánica, opté por llamar a Conrad y que me contara qué había hablado con Carlos.

Me pidió que no me preocupara por nada, que él se encargaba de este asunto.

—¿Has hablado con David, o con James? —pregunté, porque eso me sonaba a él.

—Sí, David es quien me paga, y James un buen amigo —rio.

—Dios mío, pero tu representada soy yo, bueno, y Carlos también.

—Iris, tanto David como James se preocupan por ti, solo quieren que estés tranquila en lo que a Trevor se refiere.

—No puedo estarlo, está metiendo a personas que nada tienen que ver con él.

—Pero sí contigo y Carlos. Por eso lo hace, se vale de que esas personas os importan. Hazme caso, olvida este asunto hasta el lunes que David nos diga qué han averiguado sobre Trevor.

—No aseguro que me quede tranquila, pero lo intentaré.

Nos despedimos y aunque solo eran las doce, decidí dar el día de trabajo por finalizado.

Le pedí a Nikki que me llamara en caso de urgencia y me fui a casa.

Inés estaba allí preparando unos cuestionarios para las chicas de la asociación sobre el temario, me abrazó al verme y dijo que estaba ahí para lo que necesitara.

En ese momento, lo que necesitaba era un par de analgésicos para prevenir el dolor de cabeza que amenazaba con aparecer, y meterme en la cama.

Y eso fue justamente lo que hice.

Capítulo 24



Eran las seis cuando llegamos a Denver.

Nico había pasado todo el vuelo hablando con Brody Fisher, y al salir del avión me dijo que el nuevo jugador del equipo lo había invitado a quedarse en su habitación, de modo que yo estaría sola en una.

Nos alojaríamos en el mismo hotel que el equipo y el cuerpo técnico, así que no vi problema en que durmiera con ese nuevo amigo que había hecho mi niño.

Una vez que el entrenador hizo la entrega de llaves a los jugadores, masajistas, médicos y su ayudante, James cogió las nuestras.

—Los chicos van al campo a entrenar un poco, hay aficionados que han venido a ver el partido y quieren dejarles pasar y repartir algunas gorras y fotos —me dijo cuando nos dirigíamos al ascensor.

—Seguro que Nico quiere ir —sonreí, llamé a mi hijo y se apuntó al plan.

—Después os llevo a cenar donde hacen los mejores perritos calientes —comentó James.

—He estado viendo que hay cosas muy chulas para hacer —dijo Nico—. ¿Puedo escoger algunas para ir mañana antes del partido?

—Claro, iremos los tres —James sonrió y cuando las puertas del ascensor se abrieron, posó una mano en la parte baja de mi espalda y ahí la dejó durante todo el trayecto.

Llegamos a la quinta planta y al salir vimos a Brody esperando a Nico en la puerta de su habitación, fue corriendo hasta su amigo y entraron hablando del entrenamiento.

Quedé con James en el vestíbulo del hotel media hora después, pues sería cuando todo el equipo fuera al estadio, y entré en mi habitación para colocar la ropa que había llevado para esos días.

Vaqueros, camisetas, unas deportivas, unas cuñas y un par de

vestidos veraniegos por si necesitara arreglarme un poco más.

Me refresqué antes de salir y cuando estaba a punto de abrir la puerta, sonó mi móvil.

—Hola, hermanita —dije sonriendo.

—¿Ya estás en Denver?

—Sí, vamos ahora al estadio, después James nos llevará a cenar.

—Bien, es que como no habías llamado, me preocupé.

—Lo siento.

—No, tranquila, si la que lo siente soy yo. Desde lo de Zack…

—Es normal y totalmente comprensible.

—¿No crees que me estoy volviendo paranoica?

—Ni un poquito —sonreí.

—Bueno, pásalo bien con tus chicos.

—¿Qué chicos?

—Nico y James, ¿quiénes si no?

—Inés.

—Iris —rebatió.

—No voy a discutir.

—Mejor, porque sabes que perderías. James es tu hombre, hermana. Adiós.

Guardé el móvil y salí para encontrarme con James tal como habíamos quedado.

En cuanto llegué junto al mostrador de recepción y vi que estaba todo el equipo allí, eché un vistazo buscando a James, quien se encontraba hablando con una morena esbelta, de piernas largas, luciendo una falda tubo y una camisa con tacones de aguja, en plan ejecutiva.

Él parecía un poco incómodo y cuando me fijé mejor, vi que ella le pasaba la uña por el pecho. James le retiró la mano y la morena arqueó la ceja con una mezcla de protesta y sorpresa.

Disimulé mirando hacia donde estaba Nico cuando James giró la cabeza hacia el lugar en el que yo estaba. Caminé sonriendo a mi hijo y se puso en pie.

—Ey, mamá.

—Hola, cariño.

—Señora Duarte, su hijo es un genio en lo que a jugadas se refiere —comentó Brody.

—Sí, nos acaba de decir cuáles son las que más usa el equipo contrario, y el entrenador está comprobándolo —dijo otro de los jugadores más jóvenes.

—Chicos, nos vamos para el estadio —me giré al escuchar la voz de un hombre y comprobé que era el entrenador.

James estaba al lado, y al verme sonrió acercándose a mí.

—¿Lista?

Asentí, puesto que en ese momento me debatía entre preguntar quién era la morena, o no hacerlo.

Realmente no era de mi incumbencia por lo que preferí callar.

Al menos hasta que llevábamos una hora en el estadio y la vi aparecer, con una carpeta y el móvil en la mano. Y no, no es que se sentara en alguno de los banquillos como estábamos nosotros, sino que se acercaba hasta James.

—¿Quién es? —le pregunté al hombre que estaba a mi lado después de escuchar lo que me pareció un resoplido de disgusto.

—Cintia, la asistente personal del dueño del equipo —respondió mirando de nuevo hacia el campo, donde los jugadores seguían practicando algunas jugadas.

Nico estaba con el entrenador, quien parecía haber cogido a mi hijo bajo su ala como pupilo, y eso me llenó de orgullo.

—James, cielo —lo llamó la tal Cintia en un tono de lo más meloso —. Tenemos que hablar.

—Ya te he dicho que no, Cintia —respondió él.

—Es sobre trabajo, el jefe quiere que ultimemos algunos detalles —insistió, y dado que la palabra trabajo estaba en esa frase, James no tuvo más remedio que ponerse en pie.

—Enseguida vuelvo —dijo acercándose para besarme en la mejilla, gesto que a la morena no pareció gustarle mucho.

Los vi entrar juntos a la zona de los vestuarios, por donde habían salido los chicos del equipo, y procuré no pensar en ellos, pero mi pregunta no había sido respondida tal como yo esperaba.

O sea, sí, me había dicho quién era ella, pero realmente quería saber quién era en la vida de James, porque no seamos idiotas, la asistente personal del jefe no se toma la licencia de tocar de ese modo tan íntimo a un simple compañero de trabajo.

Y como solía ser normal en mí, cuando algo me rondaba la cabeza y me sentía un poquito nerviosa, empecé a mover el pie y a sentir que mi cuerpo me pedía azúcar. Perfecto.

Un refresco, o un zumo, eso necesitaba en aquel preciso momento.

Le pregunté a uno de los médicos si había máquinas de refrescos cerca y dijo que junto a la puerta de los vestuarios había una.

Le di las gracias y fui por aquel pasillo hasta el lugar donde encontraría mi remedio anti nervios, saqué un zumo de frutas y cuando di el primer sorbo, escuché la voz de James, venía de los vestuarios.

—Ya te dije que no, Cintia. Eso se acabó —¿A qué se referiría?

—Vamos cielo, sabes que siempre vuelves a mí. ¿Es por esa mujer? Podemos divertirnos con ella.

Un momento, ¿qué acababa de decir? ¿Divertirnos con ella? ¿Es que acaso ella…?

—No, con ella no.
—Entonces solos. Esta noche, en mi habitación, tú, yo, unos grilletes, y mucho sexo.
—He dicho que se acabó, Cintia. Vamos a limitarnos a tener una relación estrictamente laboral.
—Eso es imposible y lo sabes. ¿Cuántas veces me has follado en la sala de juntas? ¿Cuántas veces desde la última vez has deseado volver a hacerlo allí?
—Ninguna, porque no volverá a pasar.
—No me digas que ahora te has vuelto hombre fiel, porque no me lo creo. Tú eres un dominante, James. Tú necesitas una mujer que se someta a ti, o dos, incluso.
—Cállate, Cintia, no tienes ni idea de lo que yo necesito.
—Por supuesto que lo sé.
—Esto es absurdo. Por favor, limítate a hablar conmigo de trabajo y, a ser posible, en la oficina.
Escuché pasos y corrí hacia el pasillo tanto como pude, había una puerta en uno de los laterales y entré allí, por suerte resultaron ser unos aseos.
Me quedé allí hasta que acabé mi zumo de frutas, aproveché para refrescarme y cuando regresé junto a los demás, James me miró extrañado.
—¿Dónde estabas, preciosa?
—Fui a por un zumo, y al aseo. ¿Todo bien en ese asunto de trabajo?
—¿Eh? Sí, sí, todo bien.
Asentí a sabiendas de que no iba a contarme lo ocurrido.
Cuando los jugadores terminaron de entrenar, empezaron a firmar gorras y a lanzarlas a las gradas donde muchos padres cogieron una y se la dieron a su hijo, que saltaba de alegría.
La verdad es que aquellos hombres se mostraban muy cercanos con sus fans, no como si fueran estrellas y los demás simples mortales.
Nico me dijo que el entrenador le había pedido que estuviera con él durante el partido del día siguiente, se veía más emocionado incluso que esos niños que habían obtenido una gorra de su equipo favorito firmada.
Salimos de allí con James y nos llevó tal como había prometido a cenar perritos calientes, que resultaron tener un tamaño XL, así como la ración de patatas que los acompañaba.
Nico no dejaba de hablar con él sobre el partido, las jugadas que habían planeado el entrenador y su ayudante gracias a las que él le había explicado que solían hacer los rivales, mientras James sonreía y parecía orgulloso de mi hijo.
Por un momento se me pasó la idea de James Benson como padre,

puesto que era como lo veía en ese momento con Nico.

Después de la cena paseamos por la zona y Nico se quedó mirando una tienda de bebés.

—Mira mamá, a la tía Inés le encantaría esa lámpara para la mesita de noche de la habitación del bebé —dijo señalando la que tenía un osito marrón con pijama blanco, recostado sobre una esponjosa nube que se había posado en la media luna.

—Es preciosa.

—¿La compramos mañana? He apuntado algunas cosas que podemos hacer y, después de comer, pasamos a comprarla antes de ir al partido.

—Claro, aún no hemos comprado nada para el bebé —recordé frunciendo el ceño.

—Pues ya es hora de comprar cosas, ¿no te parece?

Tenía razón, sabía que mi hermana había estado mirando cositas, pero aún no había comprado nada. Sonreí cuando llegara a casa todo lo que iba a comprarle a mi sobrino en la tienda de bebés que colaboraba con la asociación de Emilia.

—¿Estará tu madre despierta? —le pregunté a James.

—¿Mi madre? Sí, ¿por qué? —Frunció el ceño.

Saqué el bolso y la llamé, cuando le dije si podía acompañarme a la tienda el lunes por la tarde para hacer esas compras, se mostró encantada de ayudarme a escoger todo lo necesario. A fin de cuentas, hacía quince años que yo había comprado lo básico para mi hijo y me acompañó mi madre.

Tras aquella breve conversación, regresamos al hotel y en cuanto Nico desapareció en la habitación que compartía con Brody, James me rodeó por la cintura y se apoderó de mis labios.

—No sabes cómo deseaba hacer eso, preciosa —susurró.

—James, aquí no —le pedí apartándome, y me giré para abrir la puerta de mi habitación.

—Me va a costar mantener las manos quietas.

—Pues tienes que hacerlo. He venido en calidad de amiga tuya y por acompañar a mi hijo, nada más.

—¿Qué te pasa?

—Nada, estoy cansada, eso es todo. Han sido un par de días… largos. Buenas noches, James.

—Buenas noches —frunció el ceño—. Nos vemos mañana en el buffet.

No respondí, tan solo asentí y cerré la puerta.

Necesitaba estar sola, si lo dejaba entrar o si me iba a su habitación, volveríamos a dejarnos llevar por el deseo y caeríamos de nuevo en la tentación, esa maldita tentación que suponía James Benson para mí.

Y no solo por el sexo, bien lo sabía Dios, sino por cómo era ese

hombre, y por el modo en que trataba a mi hijo.

Sabía que se había ganado su confianza y lo peor es que había ido ganándose mi corazón poco a poco.

Pensé en llamar a David, pero imaginé que tal vez estaría con Alexis.

Dios, cuánto había cambiado la vida de ambos en apenas unas semanas.

Dos renegados del amor, dos personas dispuestas a pasar el resto de la vida solas, y ahora sentíamos algo por la que podría ser, sin lugar a dudas, la persona correcta para nosotros.

Así sentía a James, como mi persona correcta, como esa pieza de un puzle que encajaba a la perfección en el hueco vacío que había en mi vida.

—Señor, si me escuchas, mándame una señal que me diga que estoy equivocada y que James no es para mí —le pedí al Creador mirando al techo de la habitación.

En ese momento sonó mi móvil, era un mensaje. Lo saqué del bolso y su nombre apareció en mi pantalla.

Lo peor de todo fue ver lo que encontré, aquello que me arrancó una sonrisa seguida de una sonora carcajada.

James: *Puesto que debo comportarme como un caballero, aquí estoy, haciendo la cucharita con una almohada y pensando en mi chica. Sueños húmedos no me prohíbes tener, ¿cierto? ¿Tú los tienes? Porque bajo esa sábana no hay nada, absolutamente nada de ropa.*

Y así acababa el mensaje. Uno que resultaba tierno y picante al mismo tiempo, pero así era él, así era James Benson.

—Debes tener interferencia por ahí arriba, colega, porque te pedí una señal para saber que no era mi hombre ideal, no para que me diera cuenta de que sí podría serlo —protesté volviendo a mirar al techo.

Perfecto, ahora hablaba con alguien que no podía contestarme. Inés al respecto diría que se me estaba yendo la cabeza. Razón no le faltaba, desde luego que no.

Capítulo 25



No sabía qué tenía pensado hacer Nico durante el día con James y conmigo, por lo que decidí ponerme unos vaqueros cortos y una camiseta sin mangas con las deportivas, mejor ir cómoda y preparada.

Bajé al buffet y allí estaba todo el equipo desayunando, habían ocupado varias mesas grandes, pero James y mi hijo me esperaban solos en una de las pequeñas.

—Buenos días —los saludé.

—Vaya, mamá, hoy te has puesto en plan aventurera —sonrió mi hijo.

—Cómoda, cariño, me he puesto cómoda porque, conociéndote, seguro que me haces andar bastante —respondí sentándome a su lado tras darle un beso en la sien.

—Me ha contado lo que quiere hacer, y no sé si estarás dispuesta a ello —comentó James con una leve sonrisa en la cara.

—Mientras no sea nadar entre tiburones —me encogí de hombros.

—Vamos a ir al parque de las tirolinas, es una pasada ver el *Parque Nacional de las Montañas Rocosas* desde allí arriba —anunció mi hijo, carne de mi carne, sangre de mi sangre, ese que traje al mundo entre dolores y sufrimiento.

—Espera, ¿qué? ¿Vas a tirarte en tirolina?

—Vamos, mamá —rio él.

—Ah, vosotros dos. Bueno, yo esperaré en las llanuras con una botella de agua para cada uno.

—Los tres, mamá —rio aún más.

—¿Qué te he hecho yo, hijo mío? ¿He sido mala madre? ¿No te compré tus juguetes favoritos? ¿Me quejo por tus notas? —sí, estaba siendo drástica y dramática, pero es que a mí eso de ir suspendida en el aire sujeta con un arnés a una cuerda, por muy gruesa que fuera, no me entusiasmaba tanto— Yo, que te di la vida, y tú quieres que me dé

un infarto por las alturas.

—Qué exagerada eres, mamá.

El muy amoroso de mi hijo (nótese la ironía un poquito), seguía riéndose, y el jodido de James intentaba no hacerlo, pero fracasaba estrepitosamente.

Pues sí que me iba a sentar bien el desayuno, sí. En fin, ¿qué no hacía una madre por un hijo con tal de verle feliz y disfrutando?

Tirarse en tirolina, por ejemplo.

—Y tienes suerte de que lo he convencido para no hacer *rafting* —dijo James.

—¿*Rafting*? Definitivamente, hijo, quieres acabar con tu madre —suspiré.

Me encontré un par de veces con la mirada de Cintia, esa que me estudiaba con los ojos entornados como si pudiera leer mi mente, o qué sé yo.

Tampoco perdía de vista a James, y en un par de ocasiones la vi con el móvil en la mano y poco después le llegó un mensaje a él.

Fruncía el ceño, resoplaba por lo bajo y hasta negaba con la cabeza, sin duda, molesto.

Terminamos de desayunar y fuimos al mostrador de recepción, James le dijo al chico que había en ese turno que había pedido un coche de alquiler, y él de lo más amable le entregó las llaves indicándole que estaba aparcado en la entrada.

Salimos del hotel y encontramos un coche negro con un ligero aire deportivo. Subimos al coche y puso rumbo a la primera parada que le dijo Nico.

No sabría decir si Nico había escogido visitar el jardín botánico de Denver solo para apaciguar mis temores a tirarme en tirolina o como medio de chantaje para aceptar que eso iba a ocurrir, de lo que estaba segura era de que mi niño sabía cuánto me gustaba estar rodeada de naturaleza y, si era en un lugar como ese, con hermosas y coloridas flores, así como lagunas con nenúfares y espacios donde sentarse bajo los techados a respirar el aroma que nos rodeaba, mi hijo estaba convencido de que era una apuesta segura.

Después de eso James nos llevó a tomar un café y, finalmente, al parque de las adorables tirolinas. Sí, seguía siendo ironía.

Mientras mi hijo y James charlaban animadamente sobre las seis diferentes tirolinas que había en aquel lugar, donde la más alta estaba a unos quinientos ochenta metros de altura, yo miraba por la ventana en silencio.

Casi seiscientos metros de altura, suspendida en el aire y poniendo mi vida en un arnés. No tenía vértigo, pero es que, en el caso de caída desde esa altura, el pobre desafortunado que la sufriera no lo contaba. Y yo estaba a punto de tirarme al vacío.

Cuando llegamos, fuimos a la caseta que había en la zona de entrada después de aparcar el coche y vimos allí a un grupo bastante grande esperando.

—Buenos días, y bienvenidos a las mejores vistas de todo Denver —dijo un chico que no tendría más de veintiocho años—. Soy Ed, y voy a daros una serie de instrucciones para que realicéis el circuito de tirolinas de una forma segura.

Ed hablaba y yo escuchaba atentamente. Lo primero que dijo fue que no tuviéramos miedo, sino que simplemente disfrutáramos del momento.

Nos entregó el arnés, ese que me puse con ayuda de James, y el casco, que también me puso él, donde todos llevábamos incorporada una de esas cámaras para grabar la experiencia desde nuestros ojos y grabar al que teníamos al lado.

—No puede ser que tengas vértigo, porque paseaste por las pasarelas de Vancouver sin problema —dijo.

—No es vértigo, es… un poquito de miedo. Y esas pasarelas estaban a unos cuarenta metros de altura, esto está a mucho más —resoplé—. ¿No nos dan paracaídas? —pregunté y James soltó una carcajada.

No solo eso, el muy cabrón estaba ya doblado de la risa al igual que mi hijo, que también me había escuchado, mientras yo me moría de la vergüenza al ser objeto de todas y cada una de las miradas de la gente que nos rodeaba.

—Cuando queráis, podéis parar —dije, molesta, cruzándome de brazos.

—Mamá, ¿un paracaídas? ¿En serio?

—Hijo, no hagas que cuando lleguemos a San Francisco te castigue hasta los treinta.

—Tendré que ir a la universidad, al trabajo…

—Irás, claro que sí, pero te llevará Jack.

—¿Con treinta años, y castigado? Pobre chaval —rio James.

—Tú mejor cállate, que para ti también habría.

—¿Listos para la aventura? —preguntó Ed, súper entusiasmado y con una sonrisa de oreja a oreja.

Y allí íbamos, por aquel camino hacia la primera de las seis tirolinas. Yo no sabía si ponerme a rezar y encomendarme a todos los santos, o fingir que me estaba poniendo mal.

Al final llegó nuestro turno, Ed nos amarró bien con los mosquetones del arnés a la cuerda. Nico fue el primero en ser lanzado, yo tras él y James en tercer lugar.

En ese momento supe lo que debió sentir la pobre Jane cuando Tarzán se pasaba de árbol en árbol con ella en una liana. Incluso juraría que el grito que me salió de lo más hondo de mi ser, era igualito al del conocido como el hombre mono.

Dios mío, que no se rompa la cuerda, ni un mosquetón, porque no quiero morir. Ese era mi mantra, lo que pensaba a cada segundo que estaba allí suspendida en el vacío.

—¡Esto mola, James! —gritó mi hijo, a quien vi soltarse de una mano mientras gritaba como DiCaprio en Titanic— ¡¡Soy el rey del mundo!!

—¡¡Nicolás Duarte!! ¡¡Agárrate con las dos manos, o juro por Dios que no te tiras por más tirolinas!! —grité aún más alto que él, con la intención de que me mirara.

Lo que tenía aquello de lanzarse al vacío en tirolina, era la sujeción que nos unía a la cuerda por la que nos deslizábamos, se movía en círculos, así que Nico se giró para mirarme.

—¡No pasa nada, mamá! ¡Estoy bien!

—¡¡Nicolás!! ¡¡Agárrate!! —exigí cuando el muy jodido se soltó de ambas manos durante unos segundos.

—¡Iris, tranquilízate que no va a pasar nada! —gritó James a mi espalda. Sí, en ese momento nos comunicábamos a gritos como si viviéramos en un quinto piso y el niño estuviera en la calle.

Y esa primera tirolina era la de menos altura, solo doscientos cincuenta metros había dicho Ed. ¿Solo? ¡¿Solo?! Por el amor de Dios, una caída desde esa altura, y tendrían que recogernos con pinzas pedacito a pedacito.

Ay, no, ahora tenía una visión horrible de mi niño espachurrado. Mierda, ¿iba a vomitar? Eso sí que sería un desastre, que a la velocidad a la que eso corría, los que iban detrás de mí acabarían cubiertos del desayuno.

—Mira, mamá, ¡qué vistas! —dijo Nico y me concentré en eso, en las vistas.

Sí, era mejor mantener la mente ocupada con algo que no tuviera nada que ver con roturas de mosquetones, cuerdas, y caídas en plan dibujo animado.

Cuando ese primer trayecto llegó a su fin, estuve tentada de no seguir, pero Nico y James no me lo permitieron, así que subí a las otras cinco tirolinas como una campeona.

En el momento que el responsable de cogernos y frenar la llegada en la última, esa en la que estuve con el estómago encogido todo el tiempo a casi seiscientos metros de altura, a punto estuve de arrodillarme y besar el suelo como hiciera el Papa antaño.

—¡Ha sido brutal! —dijo Nico, chocando el puño con James— La mejor manera de descargar adrenalina —sonrió.

—Las peores dos horas y media de mi vida, hijo —le aseguré.

—Vamos, mamá, no ha sido para tanto.

—No, no, un paseo por las nubes de lo más tranquilo. Jamás había pasado tanto miedo por si se te rompía la cuerda. Y que sepas, hijo,

que, si hubiera sido así, me habría soltado para irme contigo.

—Mamá —puso cara de pena y me abrazó, suspiré respirando su colonia y me pregunté qué había sido de mi bebé, ese que acunaba entre mis brazos y se quedaba dormido como un angelito.

—Has crecido demasiado pronto, cariño —murmuré.

—¿Vamos a por la lámpara para el bebé de la tía Inés? —propuso y asentí.

Regresamos a la civilización dejando atrás las tirolinas del demonio, los bosques y las montañas rocosas, y paramos a comprar la lámpara antes de ir a comer otro perrito XL.

Tras el café, volvimos al hotel para descansar un poco, ducharnos y prepararnos para una noche de partido que estaba segura que mi hijo disfrutaría al máximo.

—No respondiste a mi mensaje anoche —dijo detrás de mí mientras abría la puerta de mi habitación.

—¿Qué mensaje? No lo vi.

—Oh, claro que lo viste. Me dejaste en visto, preciosa —susurró y me dejó un beso en el cuello.

—James, no juegues con fuego.

—¿Y qué si quiero hacerlo? —seguía susurrando mientras una de sus manos se posaba deliberadamente sobre mi vientre— ¿Qué pasa si quiero que todo el maldito hotel prenda en llamas? Te deseo, Iris, y quiero que esta noche seas mía.

Jadeé al escucharlo, y cuando lo miré por encima del hombro, vi en sus ojos la determinación de que esa noche, después del partido, caeríamos de nuevo en los brazos del otro, cediendo el control a la pasión que nos envolvía siempre que estábamos juntos.

Capítulo 26



Cuando llegamos al estadio, James y yo nos sentamos en la grada cerca de los banquillos donde estarían los jugadores del equipo. Nico, que llevaba una de las camisetas y una gorra, estaba con el entrenador y su ayudante.

Cada carrera, cara tanto, los aficionados lo celebraban con vítores y aplausos.

Y yo también, puesto que gritaba junto a ellos alentando a nuestros chicos.

—Te estás convirtiendo en toda una súper fan de los *Warriors* —dijo James tras el *touchdown* que acababa de marcar Brody Fisher.

—Tendré que serlo si mi hijo algún día es uno de sus jugadores.

Y ahí estaba de nuevo Cintia mirándonos.

—Aparte de la asistente personal del dueño del equipo, ¿qué es ella para ti? —pregunté y cuando James miró hacia donde lo hacía yo, suspiró.

—No fue nada más que sexo.

—¿En tu cuarto? —interrogué, y él sabía perfectamente a qué cuarto me estaba refiriendo.

—No, con ella siempre fue en su apartamento.

Asentí y volví a concentrarme en el partido, Nico me miraba cuando alguno de los chicos marcaba un tanto y levantaba mis pulgares para celebrarlo. Nunca se le olvidaría este día, estaba segura de ello.

—No tienes que preocuparte —dijo James de pronto entrelazando nuestras manos—. No quiero nada con ella. Estoy contigo, Iris —nos mirábamos fijamente y la sinceridad se reflejaba en sus ojos.

A pesar de saber que yo estaba prometida con otro hombre, y que lo nuestro tenía una fecha de caducidad difícil de determinar por el momento, él estaba conmigo.

Pero, ¿habría otras también?

—¿En qué piensas? Está frunciendo el ceño —pasó el pulgar por mi frente para que me relajara y quitara el gesto.

—¿Te ves con otras?

—No, no me veo con otras, solo contigo.

—¿Por qué?

—Bueno, puede que sea porque espero que te arrepientas, te eches para atrás y rompas tu compromiso, y entonces yo pondré un anillo en ese dedo.

—Por Dios, James, no puedes estar hablando en serio —dije, con los ojos muy abiertos.

—Tal vez sí, o tal vez no. Eso solo lo descubrirás si algún día dejas de ser la futura esposa de David Montes.

Estaba bromeando, tenía que ser una broma que me lanzaba a ver si picaba y… Sí, esa sonrisa de medio lado me indicaba que James bromeaba.

El partido siguió tan emocionante como había empezado, cuando uno de los dos equipos marcaba un tanto alejándose con la mayor puntuación del otro, asumiendo que sería el vencedor de la noche, el contrario marcaba otro y volvían las carreras de infarto.

Apenas quedaban diez minutos para el final, los *Warriors* ganaban al equipo local por cuarenta a treinta y dos, y todo cambió en cuestión de segundos.

Las gradas resonaron en un grito de sorpresa y horror al ver a dos jugadores, uno de cada equipo, saltar al mismo tiempo tratando de coger el balón. Chocaron con fuerza y acabaron cayendo al suelo en un sonoro golpe seco.

El silencio llenó el estadio esperando a que se levantaran, pero ninguno de los dos se movía. Todos en las gradas estábamos en pie, observando a ambos hombres tendidos en el suelo mientras el comentarista decía sus hombres y la imagen ocupó las pantallas grandes.

Un movimiento nos dio un poco de esperanza, se trataba del jugador del equipo local. Comenzó a moverse despacio, se incorporó y parecía aturdido.

En cambio, nuestro muchacho seguía sin mostrar ningún tipo de movimiento.

Los médicos salieron al campo y corriendo hasta ellos. Examinaron al hombre que asentía antes de que le quitaran el casco mientras los demás se encargaban de Kevin Mills, el jugador de los *Warriors* que permanecía en el suelo.

Nico me miró, tenía las manos cruzadas por detrás de la cabeza y estaba nervioso. El entrenador hablaba con los médicos por el micrófono que llevaba en todos los partidos, caminando de un lado a otro.

Por las pantallas se veía cómo los médicos negaban. Intentaban que Mills reaccionara y este seguía sin moverse.

Entró una ambulancia y entre todos lo subieron en la camilla para trasladarlo. James me cogió de la mano y bajamos hasta donde estaba el entrenador.

—Me voy al hospital —le informó James—. Os veré allí cuando acabe el partido.

—Llámame si…

—Tranquilo, lo haré. Nico, vamos, te vienes con tu madre y conmigo —le dijo, y él asintió.

Llegamos al hospital y tras identificarse como miembro del equipo y compañero del jugador al que acababan de llevar a urgencias, le pidieron que esperara en la sala a que saliera el médico para hablar con él.

Eso no ocurrió en la primera media hora que estuvimos los tres allí sentados, mientras Nico escuchaba el partido en su móvil y dijo que habíamos ganado.

Ni tampoco tras una hora esperando, ya con todos los del equipo con nosotros.

El médico salió una hora y media después de que Kevin Mills entrara en la sala de urgencias, y las noticias no eran nada alentadoras.

—Al chocar ambos hombres se han golpeado en la cabeza —dijo—, por desgracia el señor Mills se ha llevado la peor parte. Se ha formado un pequeño coágulo de sangre y líquido que hemos drenado, además el hombro del otro jugador ha impactado con su pecho, una de las costillas ha perforado el pulmón. Hemos drenado y suturado internamente, así como haciendo nuestro mejor trabajo en cuanto a la costilla. Por el momento está sedado, lo tendremos en observación esta noche a ver cómo evoluciona.

—¿Hay posibilidad de que entre en coma? —preguntó el entrenador.

—No puedo asegurarles que no lo haga, pero confío en que no.

Se hizo el silencio y la tristeza se vio reflejada en todos y cada uno de los jugadores, así como en el cuerpo técnico.

James se ofreció a pasar la noche allí, llamaría al entrador si había alguna noticia que dar.

—Iros con ellos —nos dijo a Nico a mí.

—Puedo quedarme contigo, por experiencia sé que, en estos casos, es mejor no estar solo.

—No, preciosa, vete y descansa. Mañana nos vemos, ¿sí? —me pidió acariciándome la mejilla.

Asentí y entonces James se inclinó para darme un beso rápido en los labios. Abrí los ojos y me quedé paralizada, entonces el muy

condenado sonrió.

—No me ha visto nadie —susurró con un guiño.

Fui hacia la puerta donde Nico me esperaba con el entrador y salimos hacia la calle.

Una vez fuera, muchos aficionados estaban allí esperando para saber cómo estaba Mills, también el entrenador del equipo local y su capitán habían ido a interesarse.

Me conmovió ver a toda esa gente allí, animando a los jugadores de su equipo quienes, a pesar de las circunstancias, sonreían agradeciendo el gesto.

El regreso al hotel fue en el más absoluto de los silencios en el autobús que el equipo había alquilado para los desplazamientos de esos días.

Le di las buenas noches a mi hijo y a Brody, y me metí en mi habitación.

En cuanto me puse el pijama le escribí a James, diciéndole que, si necesitaba hablar para poder mantenerse despierto, me llamara, sin importar la hora que fuera.

James: *No voy a llamarte, preciosa. Tú descansa, y échame un poquito de menos en tu cama esta noche.*

Sonreí al ver que acababa aquel mensaje con el emoji guiñando el ojo. Era tremendo.

Me metí en la cama, y lejos de lo que pensaba, acabé cayendo dormida apenas unos minutos después.

Capítulo 27



Cuando desperté me di una ducha, hice la maleta y bajé a desayunar. Allí estaban todos los del equipo, y vi que Nico se había sentado con Brody y el entrenador. Me acerqué a este último para preguntar si tenía noticias del hospital y dijo que James no lo había llamado en toda la noche, por lo que al menos podíamos suponer que no hubo complicaciones para Kevin Mills.

Asentí, le di un beso en la frente a mi hijo que sonrió con su cariño habitual, y fui a servirme el desayuno para sentarme en una de las mesas pequeñas.

A mí tampoco me había llamado en la noche, y aún no lo había hecho.

Mientras desayunaba recibí un mensaje de mi hermana preguntando sobre qué hora estaríamos en casa, sabía que llegaríamos para la hora de comer y ella y Brenda querían esperarnos.

Acababa de terminar de responderle, cuando noté una mano muy familiar sobre el hombro. Me giré y ahí estaba la sonrisa de James.

—Buenos días, preciosa —se inclinó y me dio un beso en la mejilla a modo de saludo.

—Hola. No te he visto llegar.

—Estabas muy concentrada tecleando en el móvil —sonrió—. ¿David? —preguntó y negué con un leve gesto de cabeza.

—Inés. Quería saber a qué hora estaríamos en casa, ¿Cómo está Kevin? ¿Has hablado ya con el entrenador?

—Sí, acabo de hacerlo. Kevin despertó esta mañana, tendrá moratones por el golpe durante un tiempo, la costilla tardará un poco más en soldarse y le dolerá, pero ya tiene pastillas y calmantes como para dormir a un elefante. Dice que se siente como si le hubiera pasado por encima una estampida de rinocerontes —sonrió—. El médico quiere que le hagan revisiones periódicas para ver cómo

evoluciona, ya sabes, por el golpe de la cabeza. Lo trasladarán en un par de días al Hospital de San Francisco y el entrenador me ha dicho que se quedará aquí con él hasta entonces. Su ayudante se hará cargo de los entrenamientos del equipo.

—Me alegro de que esté bien, después de ese golpe… Es una suerte que haya quedado solo en un susto.

—Sí, podría haber sido mucho peor.

—¿Tiene familia?

—No, perdió a sus padres hace algunos años, es hijo único, no tiene tíos, y por el momento está soltero.

—Así que, ¿está solo? —asintió— ¿Y quién va a encargarse de él mientras esté en casa? Digo, ese hombre va a estar convaleciente al menos un par de meses por la costilla.

—El equipo se encargará de buscar y pagar a alguien, no te preocupes.

—Pues tengo una idea, y al menos una candidata perfecta para eso —sonreí.

—¿En quién estás pensando, preciosa?

—Voy a hablar con tu madre.

—¿Con mi madre? ¿Para qué?

—Paula, una de las chicas mayores.

—¿Sí?

—Quiere trabajar en el cuidado de personas mayores que vivan solas y no tengan familia. Dice que desde que tenía quince años era ella quien se encargaba de su abuela, la pobre murió solo unos meses antes de que supiera que estaba embarazada, le había dejado un dinero en herencia que su madre se negó a darle al saber lo del bebé. La quería mucho y mi hermana me contó que decidió trabajar en eso cuando estuvo cuidando de su abuela. A ver, Kevin no es un anciano, pero… Bueno, necesita ayuda y a ella, el dinero que le paguen le vendrá bien para el bebé.

—Pero Paula está embarazada de cinco meses, no puede hacer demasiados esfuerzos, ni cargar con peso.

—Tampoco es que tenga que levantar de la cama a Kevin, además, está embarazada, no enferma ni impedida de algún modo. El cuerpo de la mujer está preparado para soportar nueve meses llevando un bebé, y te aseguro que los últimos son los peores porque tienes una barriga enorme, esa criatura pesa lo suyo, y tienes hinchados los tobillos. Pero una embarazada puede encargarse perfectamente de hacer desayunos, comidas y cenas, incluso de ayudar a ese hombre a quitarse la camiseta para que se dé una ducha o cambiar vendajes.

—¿Cómo es posible que pienses en lo que es bueno para los demás? Nadie habría pensado en una de esas chicas para un trabajo así.

—No las conozco tanto como mi hermana, pero sé lo que quieren en

un futuro —me encogí de hombros—. Solo quiero ayudarlas, sé por lo que están pasando y que los primeros años con el bebé serán duros, pero tienen que saber que no están solas.

—Bien, llama a mi madre y dile que enviaré a alguien a recoger a Paula mañana para que la lleven al estadio, hablaré con ella, le propondré el trabajo, y le diré lo que le pagará el equipo por ayudar a Kevin el tiempo que esté convaleciente.

—¿Podrías mejor reunirte con ella en mi oficina? Es menos imponente que las del estadio —sonreí.

—Señorita Duarte, su parte exigente y dominante cada vez me gusta más —susurró y me estremecí de pies a cabeza.

Cogí el móvil y llamé a Emilia, necesitaba olvidarme del deseo que se había instalado en mi cuerpo a consecuencia de las imágenes que me venían a la cabeza sobre James. Él desnudo ante la cruz haciéndome lo que quisiera, o dejando que yo se lo hiciera. En el potro, en la cama…

Emilia se emocionó al escucharme y dijo que se lo haría saber a Paula para que estuviera preparada, James le confirmó que la recogerían sobre las nueve en la asociación, y nos despedimos de ella.

Tras el desayuno todo el equipo fue al hospital para ver a su compañero, Nico me preguntó si podía ir y obviamente lo dejé. No era parte de los *Warriors,* pero estaba segura de que algún día lo sería.

Mientras James hacía su equipaje recogí el mío y fui a esperarlo a la cafetería del hotel, donde eché un vistazo a algunos de los correos que tenía de posibles clientes que buscaban inversor.

Estaba buscando información sobre un par de jóvenes emprendedores que habían puesto en marcha hacía apenas unos meses una empresa de fabricación de software, cuando escuché la voz de una mujer a mi lado.

Al levantar la vista de mi móvil, me encontré con la falsa sonrisa de Cintia.

—¿Esperando a James? —preguntó mientras se sentaba frente a mí, sin preguntar siquiera si podía hacerlo.

—Trabajando mientras tomo un café —respondí, evitando tener que mencionarlo a él.

—No sé de qué os conocéis, pero, ¿tú no estabas prometida? Al menos eso es lo que decían las noticias de hace unos días.

—Si estás al tanto de las noticias, no sé por qué me preguntas —volví a centrarme en la pantalla del móvil, queriendo que esa mujer me dejara en paz.

—Sé cómo es James, y no te hagas ilusiones. Posiblemente no le importe que estés prometida, si tienes una relación abierta estará encantado de follar contigo, pero solo será eso, sexo. James Benson no se compromete, no se enamora, no ama. Si buscas un padre para ese

niñito tuyo, te aconsejo que no dejes a tu prometido, parece un buen tipo. James solo jugará contigo hasta que se canse, y después, pasará a otra. O vendrá a mí, y nos lo pasaremos bien juntos y con alguna amiga —sonrió con malicia—. Me habría encantado que me dejara jugar con vosotros, pero, por algún motivo que no entiendo, a ti no quiere compartirte —suspiró—. Tal vez cambie de opinión.

—¿Cintia qué haces aquí? —la voz de James sonó como el rugido de un león enfadado, o al menos así me lo pareció a mí.

—Nada, solo hacer compañía a tu amiga, la vi tan sola… —contestó poniéndose en pie— Nos vemos en el avión.

Pasó por su lado dedicándole una mirada de lo más provocativa, incluso se mordió el labio en plan seductor.

—¿Te ha dicho algo fuera de lugar? —me preguntó James cuando nos quedamos solos.

—No —guardé el móvil en el bolso, me puse en pie y cogí la maleta —. ¿Nos vamos?

James se quedó mirándome unos segundos, como si en mi rostro fuera a encontrar cualquier tipo de respuesta. Al ver que no se decidía a moverse, lo hice yo, pasando por su lado para dirigirme a la puerta e ir al vestíbulo.

No tardé en escuchar las ruedas de su maleta a mi espalda, eché un vistazo por encima del hombro y vi que estaba mirando el móvil. Llamó al ayudante del entrenador y dijo que ya íbamos para el avión.

Un taxi nos esperaba en la entrada del hotel, subimos y durante el trayecto yo seguí revisando esos correos en mi móvil, tomando notas de las empresas más urgentes que estudiar.

Y así llegamos al aeropuerto, fuimos hacia la zona de embarque donde estaba el avión del equipo, y al subir encontramos a todos hablando de Kevin y de lo bien que le habían visto a pesar del golpe que sufrió.

Nico estaba sentado con Brody, sabía que entre ellos se formaría una de esas amistades que duraría para siempre, como la mía con David.

Y hablando de mi mejor amigo… Le envié un mensaje para decirle que ya volvíamos a San Francisco y de paso preguntar si los contactos del FBI de uno de sus chicos, tenía algo sobre Trevor.

David: *¿Dispones de un fin de semana para desconectar y sigues pensando en esa rata? No tienes remedio, en serio. Paciencia, pequeñaja, que Roma no se construyó en un día. Me dijeron que el lunes, y aún es domingo. Mañana me paso a tomar café contigo en el despacho, que seguro que ya tendré algo que contarte. ¿Todo bien en Denver? ¿Cómo está el jugador? Vaya golpe se llevó.*

Sí, era una impaciente, lo sabía, pero no iba a cambiar a mis treinta

y cinco años. Le respondí que había despertado y cómo se encontraba según James y lo que había escuchado al subir al avión, y me despedí quedando en vernos.

Me había olvidado durante algunas horas del asunto de Trevor, pero no por completo. Ese hombre estaba dispuesto a todo con tal de hacer que Carlos y yo pagáramos por su silencio.

No lo iba a conseguir, no iba a dejar que me afectara y destruyera mi vida de nuevo.

Capítulo 28



Tal como habíamos acordado, esa mañana de lunes James llegó a mi oficina junto con Paula para hablar con ella.

—Buenos días, Paula —la saludé con un par de besos—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—¿Queréis tomar algo?

—Yo un café —respondió James.

—Para mí un zumo, Sam dice que procuremos tomar al menos uno cada mañana, y hoy solo me tomé leche y una tostada —sonrió ella.

Le pedí a Nikki las bebidas y nos sentamos frente a mi escritorio, donde vi a Paula un poco nerviosa.

—Te preguntarás por qué te hemos hecho venir —dije cruzando las manos mientras apoyaba los brazos en el escritorio.

—Emilia me habló de un trabajo.

—Así es. Uno de los jugadores del equipo donde trabaja James sufrió un golpe en el partido del sábado.

—Lo sé, he leído sobre ello. ¿Está bien? Las chicas y yo vimos el vídeo del golpe y… —noté que se estremecía, y no era para menos, el impacto fue brutal.

—Está bien, solo tendrá que mantener reposo debido a la fractura de la costilla durante un tiempo, y hacerse algunas revisiones periódicas para ver la evolución por el golpe en la cabeza —respondió James.

—Y ahí es donde entras tú —le hice saber con una sonrisa.

—¿Yo? No entiendo.

—Mi hermana Inés me dijo que cuidaste de tu abuela hasta que falleció.

—Sí —inclinó la mirada.

—Y que quieres dedicarte al cuidado de personas mayores que están

solas en sus casas y sin familiares.
—Así es.
—Bien, Kevin Mills no es un anciano, es un joven de veintiséis años, pero necesita que alguien lo ayude en casa. Debido a la fractura de la costilla muchos de sus movimientos son dolorosos, además, el equipo quiere que la persona que esté con él mantenga su agenda de revisiones médicas al día, así como de los calmantes y demás medicamentos que debe tomar.
—Y evitar que haga esfuerzos —intervino James—. Esos hombres son deportistas de élite y conozco a Kevin, es capaz de meterse en el gimnasio de su casa solo para sentarse en el banco de piernas y seguir haciendo deporte.
—Eso no sería saludable para él, incluso podría evitar la buena recuperación de la fractura —respondió Paula.
—Iris, esta chica es perfecta para el trabajo —sacó un papel del maletín y se lo entregó—. Me tomé la molestia de pedirle a mi madre tus datos ayer, así que, este es tu contrato.
—¿Así de fácil?
—Así de fácil —sonrió él ofreciéndole un bolígrafo para que firmara —. Sabemos que estás embarazada de cinco meses, y que también tendrás algunas limitaciones por eso, pero tranquila, que está todo controlado. Vivirás en casa con Kevin durante el tiempo que esté convaleciente, por lo que para tus revisiones con el ginecólogo enviaremos a alguien a su casa a buscarte, que te lleve a la consulta, y después de vuelta a casa. Las compras puedes hacerlas por Internet para que las entreguen a domicilio, él suele hacerlo así. Y si alguna vez tuvieras una emergencia, este es mi número —le entregó una tarjeta—. Puedes llamarme a cualquier hora, sin problema.
—Yo… no sé qué decir.
—Nada, cielo, solo firma —dije sonriendo.
—Es que, no puedo creer que esto me esté pasando. Es decir, a todas las chicas de la asociación nos están pasando cosas buenas desde que Emilia te conoció —murmuró—. Esa mujer es como una madre para todas nosotras, esa que no nos da la espalda y que se dedica a que tengamos un embarazo sano y sin problemas. Esas cosas que deberían haber hecho nuestras propias madres —suspiró—. Y tú, tú nos demostraste que a pesar de lo malo que nos tratase la vida al saber que íbamos a ser madres, se puede salir de ese pequeño bache y llegar lejos. No pienses que alguna de nosotras aspira a ser como tú y conseguir ser una empresaria de éxito, ojalá —sonrió—. Pero nos hiciste ver que por muy hundidas que estuviéramos al principio, poco a poco se puede salir a flote y reconducir el rumbo de nuestra vida para mejor. Nunca sabremos cómo agradecértelo, Iris.
—Siendo un ejemplo para otras chicas —le aseguré.

Paula tenía los ojos vidriosos y yo me encontraba prácticamente igual. Cogió el bolígrafo, acercó un poco más el contrato y lo firmó para después entregárselo a James.

—Mañana trasladan a Kevin desde el hospital, he hablado con él y le he dicho que estábamos buscando a alguien que lo ayudara en casa, le parece bien que te instales allí hoy mismo y te vayas familiarizando con ella. Tenemos una copia de las llaves en el estadio, así que cuando te recojan para llevarte, te las darán.

—Perfecto.

Nos despedimos de Paula y James le dijo que el chico que había ido a recogerla seguía abajo, por lo que la llevaría a la asociación para que preparara sus cosas y después la recogería para ir a casa de Kevin.

En cuanto nos quedamos a solas en mi despacho, James se acercó para besarme.

—¿Desayunamos fuera?

—No puedo, tengo algunas cosas que hacer.

—Te invito a comer, entonces.

—Imposible, comeré algo rápido aquí, y después he quedado con tu madre.

—¿Me estás evitando, Iris?

—No, solo tengo mucho trabajo. Hay varias empresas que buscan inversor y quiero estudiar las más interesantes primero y pasarles los datos a mis analistas.

—Te recuerdo que me debes un fin de semana en mi casa, hicimos una apuesta —sonrió.

—Lo sé —le devolví el gesto y se inclinó para besarme de nuevo.

En ese momento la puerta del despacho se abrió y la voz de David dándome los buenos días hizo que nos separásemos.

—Caray, no sabía que estabas acompañada —dijo.

—Tu problema, David, es que nunca llamas a la puerta. Entras como si estuvieras en tu casa —volteé los ojos.

—Creo que voy a tener que empezar a llamar, no sea que un día haga una de mis entradas triunfales y os encuentre aquí con la ropa interior bajada.

—¡Por Dios! —resoplé notando las mejillas arder por la vergüenza.

—Mi culo te lo agradecería, Montes —dijo James con una sonrisa.

—Oh, por favor. ¿Cuántas veces he visto tu feo culo desnudo, Benson?

—¡Chicos! ¡Ya! No quiero saber cuántas veces habéis follado juntos con una mujer.

—Pequeñaja, plantéate que te compartamos a ti también —propuso David, acercándose a mí de un modo de lo más meloso y juguetón, mientras yo lo miraba con los ojos muy abiertos.

Se inclinó para darme un beso en la mejilla y al mirarme de nuevo,

hizo un guiño. Sí, tenía que mostrarse al menos un poco cariñoso con la que se suponía era su prometida.

—Traigo noticias sobre Trevor —dijo y eso me hizo reaccionar.

—¿Han encontrado algo? —pregunté.

—Cuando salías con él, ¿sabías que era ludópata?

—¿Ludópata? —exclamé.

—Entre otras cosas —David se sentó y dejó sobre mi escritorio una carpeta en la que no había reparado hasta ese momento—. Podéis echarle un vistazo. Es una lectura de lo más interesante.

Miré aquella carpeta marrón, después a James que estaba de pie a mi lado, y de nuevo a la carpeta.

¿Qué sería lo que habían descubierto sobre Trevor?

Fue James quien la cogió después de acercar la silla libre para sentarme cerca de mí y que ambos leyéramos.

Adicción al juego lo que había provocado que tuviera deudas en algunos clubes de apuestas, así como casinos clandestinos en San Francisco, Los Ángeles, y Belmont. La sufría desde hacía años y acabó arruinando a sus padres. El padre de Trevor murió de un infarto tras una pelea con él, y la madre llevaba en una residencia de Montana, donde habían vivido toda su vida, desde hacía diez años. Tenía demencia y su hijo ya ni siquiera llamaba para ver cómo estaba. Al menos un juez le había quitado la capacidad de hacerse cargo de la pensión de su anciana madre y con eso pagaban la residencia.

El juego lo había llevado a beber en demasía, y eso le había ocasionado que, en alguna ocasión, tras perder en el casino y beber para olvidar, tuviera que ser detenido tras una pelea.

Sí, el FBI indicaba que los dueños de esos lugares tenían en nómina a algunos policías que hacían la vista gorda cuando detenían a alguien en sus bares, evitando que entraran a la trastienda, por llamarlo de algún modo.

El dinero que me había robado cuando salíamos ya se había esfumado, lo perdió a causa del juego y las apuestas. La casa aún tenía hipoteca y estaba a punto de perderla.

Deudas de miles de euros en casinos, en casas de apuestas deportivas, que ascendían a más de quinientos mil dólares.

Ahora entendía por qué exigía esa cantidad a cada uno de nosotros.

—¿Cómo no me di cuenta de su problema cuando trabajaba para mí? —pregunté, más para mí misma que a alguno de ellos.

—Esta gente puede esconder muy bien su verdadera cara cuando quiere conseguir algo, pequeñaja.

—Tengo que llamar a Carlos y decirle lo que han descubierto, y a Conrad también —comenté.

—Conrad ya tiene una copia, estaba esperando a que yo le diera esta información para ir a añadir las nuevas amenazas a la denuncia

junto con esto, para que sepan por qué te chantajea.

—Me ha tomado por su banco personal —suspiré—. Debí parecerle una presa tan fácil… Una madre soltera, con dinero y en busca de un nuevo amor. Dios mío, soy patética —murmuré esto último para mí misma mientras apoyaba los codos en la mesa y sostenía mi cabeza con las manos.

—No vuelvas a menospreciarte de ese modo, Iris —dijo James, que, al estar a mi lado, me había escuchado perfectamente.

—Publicará esas fotos, David, y lo sabes —le advertí.

—Estaremos preparados para ello. Por lo pronto, y aprovechando que estáis aquí, tengo una noticia que compartir con vosotros.

—Dime que no son más malas noticias, porque no estoy preparada para eso —supliqué.

—Voy a anticiparme a que las fotos que tiene Trevor vean la luz, al menos la mías. Mediante una periodista que conozco, y que ya tiene todo lo necesario, haré saber que nuestro compromiso estaba prácticamente roto cuando salieron tus fotos, pero que ese viaje era un intento por tu parte de que todo siguiera igual. Solo que allí me di cuenta de que mi amor y mi cariño por ti seguían siendo mucho más fraternales que otra cosa, y que descubrí que me gustaba otra mujer a la que estoy empezando a conocer. En cuanto Conrad me diga que ha puesto la denuncia, llamaré a la periodista y la noticia estará en Internet en cuestión de minutos. No tardará mucho en hacerse eco de ella en los programas de televisión

—Si haces eso antes de que Trevor venda las fotos, es posible que no lo haga, echarías a perder su baza —dijo James.

—Esa es la idea. Así que, mi querida Iris, te quiero, y siempre lo he hecho y lo haré, pero no vamos a casarnos —lo dijo con seriedad, pero al mismo tiempo me guiñó el ojo sin que James lo viera.

Mi mejor amigo acababa de romper nuestro compromiso de manera oficial delante del hombre con el que me acostaba.

¿Cómo afectaría eso a la relación que James y yo teníamos?

Nos miramos, y juraría que en sus ojos lo que vi fue alivio.

Capítulo 29



Jack me llevó a la tienda de bebés en la que había quedado con Emilia, y al entrar allí estaba ella, hablando con la dueña.

—Buenas tardes —saludé.

—¡Iris, querida! —me abrazó con afecto y como siempre, cerré los ojos disfrutando de ese momento maternal que compartía conmigo.

—Gracias por acompañarme hoy, tú estás más acostumbrada a esto.

—Desde luego, pero tranquila que además contamos con la ayuda de Kristel —dijo mirando hacia la dueña—. Bien, ¿por dónde quieres que empecemos?

—Pues… ¿Biberones, ropa, chupetes? —sonreí.

—Ah, querida, vamos a comprar varias cositas para el futuro bebé.

No mintió, puesto que acabé con varias bolsas y cajas que dejamos en el mostrador con mi nombre a la espera de que Jack fuera a recogerme después de tomar un café con Emilia.

Acabábamos de salir de la tienda cuando me llegó un mensaje de David en el que ponía: “ya somos noticia”. Suspiré, deteniéndome en la calle con los ojos cerrados.

—¿Va todo bien, Iris? —me preguntó Emilia preocupada.

—¿James no te ha contado nada?

—Además de ese viaje que estabais organizando para ti y tu prometido, no, no me ha hablado de nada.

—Verás, hay… —cogí aire mientras emprendíamos el camino hacia la cafetería— Hay alguien de mi pasado que ha vuelto, nos chantajea al padre de mi hijo y a mí y es por eso que salieron aquellas fotos. El caso es que ha vuelto a amenazarnos con más fotos y, bueno… David y yo ya no estamos prometidos.

—¿No? —Se le abrieron mucho los ojos, no esperaba aquella noticia, para nada.

Negué y le conté lo que David iba a dar como explicación a nuestra

ruptura. Cuando nos sentamos en la cafetería y después de pedir nuestras bebidas, le hablé sobre Carlos, le conté toda nuestra historia desde que nos conocimos y hasta el momento en el que volvimos a reencontrarnos sin saber que mi cuñado era un conocido suyo debido a la profesión de ambos.

Y entonces le hablé sobre Trevor. Se le notaba una mezcla de tristeza, enfado y admiración en la mirada por lo que me había tocado vivir con él, aquel hombre al que le permití entrar en mi vida y la de mi hijo, al que quise en su momento y que me hizo tanto daño.

—Y como siempre, David estuvo ahí para ayudarme una vez más —dije tras acabar el relato.

—Imagino que casarte con él era el modo de agradecerle lo que había hecho por vosotros, por no hablar de que adora a tu hijo —sonrió.

—A David lo quiero y siempre lo querré, pero no de un modo…

—… Romántico —acabó ella por mí.

— Siempre ha sido mi mejor amigo, también sufrió lo suyo por un amor, y eso hizo que se cerrara.

—Y tú también, después de lo de Trevor —asentí.

—Es que, para dos hombres por los que me permito sentir algo, me salieron rana —me encogí de hombros y ella se echó a reír.

—Ay, querida niña. ¿Has oído alguna vez la historia de las dos únicas veces que una persona se enamora a lo largo de su vida?

—No.

—Pueden pasar muchos hombres por la vida de una mujer, puede quererlos, sentir cariño por ellos, amarlos incluso, pero no estar realmente enamorada de todos ellos. Paulo Coelho tiene una teoría al respecto —dijo cogiendo su taza de café para darle un sorbo, sacó el móvil del bolso y tecleó algo en él, hasta que la vi sonreír—. Aquí está —se aclaró la garganta antes de empezar a leer—. Dicen que a lo largo de nuestra vida tenemos dos grandes amores. Uno con el que te casas o vives para siempre, puede que el padre o la madre de tus hijos… Esa persona con la que consigues la compenetración máxima para estar el resto de tu vida junto a ella… Y dicen que hay un segundo gran amor, una persona que perderás siempre. Alguien con quien naciste conectado. Tan conectado que las fuerzas de la química escapan a la razón y les impedirán, siempre, alcanzar un final feliz. Hasta que cierto día dejarás de intentarlo… Te rendirás y buscarás a esa otra persona que acabarás encontrando. Pero te aseguro que no pasarás una sola noche, sin necesitar otro beso suyo, o tan siquiera discutir una vez más… Y sabes de quién estoy hablando, porque mientras estabas leyendo esto, te ha venido su nombre a la cabeza. te librarás de esa persona, dejarás de sufrir, conseguirás encontrar la paz, sustituirás la desesperación por la calma, pero te aseguro que no

pasará un solo día en que desees que estuviera aquí para perturbarte. Porque, a veces, se desprende más energía discutiendo con alguien a quien amas, que haciendo el amor con alguien a quien aprecias.

Para cuando Emilia acabó de leer noté que tenía la voz tomada, como si las lágrimas se agolparan en su garganta luchando por salir. Suspiró y me miró con una sonrisa y la mirada vidriosa. Sí, quería llorar.

—¿Te ha venido algún nombre a la cabeza, querida? —preguntó, y asentí— El padre de James y yo nos conocíamos desde niños, tenía cinco años más que yo y siempre pensé que no era para mí. Él salía con otras chicas, y yo con otros chicos, pero era inevitable que cuando estuviéramos juntos, algo fuera diferente. Yo lo amaba en secreto —sonrió—, y resultó que él también. Ninguno decía nada porque nuestros padres eran muy amigos y pensamos que no aceptarían nuestra relación, él era un poco mayor, ya sabes… Hasta que una noche nos quitamos el peso de encima confesando, acabamos haciendo algo más que hablar y llegó James. Creo que esa fue nuestra señal de que sí éramos el uno para el otro. Nadie se opuso, al contrario, se alegraron de que nuestros caminos continuaran juntos. Yo encontré mi segundo gran amor y luché por él. Si tú lo has encontrado también, lucha, querida, lucha por esa persona que está destinada a ti. No te rindas, o puede que la pierdas. Mi difunto esposo, James Benson padre, estaba prometido, canceló todo un mes antes de confesar que me amaba, quería ser libre para poder estar conmigo si yo quería. Ahora tú no estás prometida y, si ese nombre que te ha venido a la cabeza no es el de tu ex prometido, no te rindas, lucha por él.

¿Cómo era posible que unas simples palabras me hubieran hecho pensar en alguien en concreto?

Emilia aún tenía el móvil en la mano y vi que volvía a teclear, no tardó en hacer un leve sonido con la lengua, y me lo dio para que echase un vistazo.

“Los empresarios David Montes e Iris Duarte, rompen su compromiso”

Aquel era el titular de la noticia, una en la que la periodista contaba con lujo de detalles las palabras que el empresario había compartido con ella.

Mi móvil empezó a sonar y al ver que era mi hermana, respondí.

—¿Va todo bien, Inés?

—¿Qué ha pasado? David y tú estáis en todos los programas de cotilleos de la televisión. ¿Tienes algo que contarme?

—Cuando llegue a casa hablamos, estoy con Emilia tomando café.

—Así que, tomando café con tu futura suegra… Qué bonito —dijo en tono risueño.

—Luego te veo.

—*You are single lady. You are single lady. Oh, oh, oh. Oh, oh, oh, oh. Oh, oh, oh. Oh, oh, oh, oh.*

—¿Estás cantando como Beyoncé? —rei.

—Obvio, si no fuera por el tono paliducho de mi piel, sería su doble en los conciertos.

—Claro que sí. Después te veo.

Corté la llamada y vi que Emilia estaba intentando no reírse.

—Inés es una gran mujer, y te quiere mucho.

—Y yo a ella.

—Se hace tarde y tengo que regresar a la asociación. Me encantaría que vinieras a cenar a casa con James alguna vez —sonrió.

—A mí también, me gusta pasar tiempo contigo. Es como si fueras…

—¿Tu madre? También sería un honor que me consideraras así —dijo, dándome un leve apretón en la mano.

Nos despedimos, paré un taxi para ella, quedamos en hablar y volver a vernos.

Llamé a Jack y fui a esperarlo a la tienda. Había hecho muchas compras para el bebé y, aun así, cuando entré de nuevo en ese lugar, la mirada se me fue directa a un detalle que antes no había visto.

Era un marco de fotos con un osito durmiendo sobre una nube en la esquina superior derecha, y otra nube en la que podía leerse: “dulces momentos” en la esquina inferior izquierda.

—Me llevo esto también —dije entregándoselo a la dueña, que sonrió antes de guardarlo en una caja.

Podía imaginar una foto de mi hermana con su bebé dormido en los brazos, y quería poder tomar esa instantánea en cuanto el pequeñín estuviera con nosotras.

Jack entró en tienda, me ayudó con las bolsas y cajas y entró él solo a por la cuna.

—¿Has dejado algo en la tienda? —preguntó ocupando su asiento.

—Claro que sí, ¿no has visto que sigue teniendo un montón de cosas? —Volteé los ojos.

—¿Necesitarás ayuda con la cuna?

—No, podremos arreglárnoslas, listillo —le hice una burla sacándole la lengua y se echó a reír.

—Sabes que cuando Inés vea todo esto, va a empezar a gritar, ¿verdad?

—Ajá. Contaba con ello —dije mirando el móvil distraída.

—Solo avisaba, por si querías llamar a Brenda y que guarde las copas de cristal de Bohemia.

—No tenemos copas de esas, Jack —arqueé la ceja.

—Recuérdame que te regale al menos dos para tu primer brindis el día de la boda.

—¿Qué boda?

—La tuya con el afortunado que sepa bajar esas barreras que has puesto alrededor de tu corazón.

Miré a Jack, pero él estaba concentrado en la carretera, de sobra sabía que no entraba en mis planes una boda.

Y entonces pensé en la noticia de la que me habló David, ya era oficialmente una mujer soltera y por el momento Trevor no se había puesto en contacto conmigo. Aunque no tardaría.

Quien sí lo hizo justo en ese momento fue James con un mensaje.

James: *Me ha dicho mi madre que tu tarjeta de crédito echaba humo. ¿Has dejado algo en la tienda? Se lo ha pasado bien, y quiere que cenes con nosotros algún día. Ya lo hablamos cuando te apetezca, ¿sí? Por cierto, ahora que eres oficialmente soltera… No voy a dejar que te me escapes.*

Lo tomé como una broma, pero, ¿y si lo decía en serio? ¿Y si ahora que David no se interponía entre nosotros James intentaba tenerme?

Cuando llegamos a casa tenía la cabeza echa un lío, así que decidí poner la mente en blanco, apartar a James de mis pensamientos y sorprender a mi hermana.

—Ya estoy en casa —dije entrando con Jack detrás.

—Y la acompaña Santa Claus —gritó él.

Inés y Nico no tardaron en aparecer, y al ver todas las bolsas y cajas que Jack iba dejando, mi hermana aumentaba los decibelios de sus gritos.

Qué voz se habían perdido en ópera, en serio.

—Dios mío, estoy llorando, Iris —dijo Inés secándose las mejillas—. ¿Todo esto es para el bebé?

—Sí.

—Pero, ya tenía la lamparita de noche.

—¿Y con eso pensabas sacar a mi sobrino del hospital? ¿O con la mantita que lo cubrieran las enfermeras? No, no. Mi sobrino va a tener de todo, ¿me oyes? El viernes por la noche montamos la cuna —sonreí.

—Vuelvo a invadir tu casa —seguía retirando las lágrimas que no dejaban de caer.

—Eres tonta, Inés, no invades nada. Esta también es tu casa, y lo sabes.

—Yo…

—Tía, no contradigas a mi madre, que, si a mí me amenazó con castigarme hasta los treinta, a ti no te deja salir de casa hasta los cuarenta —rio.

—Solo voy a pedirte una cosa, hermanita —dije cogiéndole la mano con la última cosa que había comprado en la mano—. Ábrelo.

Ella me miró extrañada, pero cogió la caja e hizo lo que le pedía. Al abrirlo, sonrió.

—Hace juego con la lamparita —dijo.

—Sí, y en este marco quiero que pongas una foto que yo os haga a ti al bebé dormidito entre tus brazos. Es mi única petición.

—Eso está hecho, hermana —me abrazó y volvió a sollozar—. Zack se va a perder tantas cosas.

—No se las va a perder, porque os verá desde ahí arriba, cariño.

Le di un beso en la mejilla, llevamos todo a su habitación y regresamos a la cocina con Brenda para preparar la mesa y cenar.

Como hacía trece años cuando nos quedamos sin nuestros padres, Inés volvía a pensar que invadía mi casa, pero nada más lejos de la realidad.

Que estuviera conmigo, con Nico, como en aquel entonces, era, sin lugar a dudas, algo maravilloso.

Sabía que amaba a Zack, siempre lo haría, pero en algún momento llegaría alguien a su vida para apoyarla, para ser su compañero, su amigo, y ese gran amor que ella aún merecía.

Volvería a marcharse, lo sabía, y la echaría de menos, pero siempre sería mi hermana y mi mejor amiga.

Capítulo 30



Era viernes, y la llamada que esperaba de Trevor, aún no se había producido.

David decía que eso eran buenas noticias, que, al adelantarnos y presentar una nueva denuncia por amenazas y hacer púbica la anulación de nuestro compromiso, lo más probable era que se hubiese echado atrás.

Ojalá fuera cierto, ojalá Trevor se diera por vencido de una vez por todas, y se olvidara de mí para siempre.

No entendía cómo no había visto nada raro en el tiempo que salimos juntos, algún signo de que tuviera problemas con el juego o el alcohol, aunque hubiese sido un indicio leve.

Pero no, no lo vi. ¿Tan ciega estaba? ¿O es que lo quería mucho más de lo que siquiera podía imaginar y eso me impedía ver la verdad?

Preguntas para las que realmente no tenía una respuesta, pero que no podía dejar de hacerme porque ese hombre había estado no solo en mi vida, sino también en la de mi hijo.

Cuando sonó mi móvil, al igual que los cientos de veces a lo largo de esos días, mi cuerpo se estremecía pensando que era la hora de escuchar a Trevor, pero no, era el nombre de James el que aparecía en mi pantalla en ese momento.

—Hola —saludé mientras terminaba de enviar el correo electrónico que acababa de redactar.

—Hola, preciosa. ¿Te pillo bien?

—Sí, iba a ir por un café para tomarme un breve descanso.

—Mi madre quiere que cenes esta noche con nosotros, pero no en casa, me ha pedido que os invite a un restaurante.

—Oye, ahora que no estoy prometida, tu madre no estará intentando hacer de casamentera, ¿verdad? —sonreí.

—No descartaría esa posibilidad —se echó a reír y el simple sonido de su risa, me hacía vibrar—. ¿Has sabido algo de Trevor?

—Desde ayer por la noche que me lo preguntaste, no, no he sabido absolutamente nada. Pero sigo esperando esa llamada, sé que la recibiré. Y posiblemente Carlos también. Él no ha hecho ningún comunicado.

—Si no ha llamado son buenas noticias.

—Eso dice David —suspiré—, pero lamento decir que ninguno conoce a Trevor como lo conozco yo. Si estuvo robándome durante meses por el simple hecho de hacerse con una fortuna sin trabajar más de lo necesario, créeme, no parará hasta conseguir el millón de dólares que quiere si tiene tantas deudas.

—Confiemos en que se dé por vencido.

—No puedo ser tan optimista como tú, pero vale, confiemos —dije al final, esperando que por una vez fuera cierto.

—¿Te recojo a las ocho en tu casa?

—No, dime dónde será la cena y le pediré a Jack que me lleve.

—Iris…

—James, por favor.

—Está bien —suspiró y me dio el nombre y la dirección del restaurante, lo apunté en un papel que guardé en el bolso, y nos despedimos puesto que lo llamaban para entrar en una reunión del equipo.

Kevin Mills ya estaba en su casa, y James me dijo que parecía entenderse muy bien con Paula. Solo había un pequeño problema, ese hombre era testarudo a la hora de tomarse sus medicamentos asegurando que se pondría bien enseguida sin necesidad de tantos químicos que meter en su cuerpo, pero ella al parecer sacaba su genio y él acababa cediendo.

Era gracioso imaginarme a Kevin, con su altura y corpulencia, cediendo ante una mujer menuda como Paula.

Salí del despacho y vi que Nikki estaba recogiendo el correo, fui a prepararme un café y allí me encontré con Rebeca, la contable de la empresa.

—Ya tengo el resultado de los beneficios de estos tres últimos meses —me dijo mientras se acercaba la taza de café a los labios para dar un sorbo.

—Perfecto, ¿cuánto ha sido esta vez?

—Doscientos quince mil —sonrió.

—Ha sido un buen trimestre, entonces.

—Menos que otros, pero mucho mejor que los primeros.

—Y que lo digas.

Rebeca llevaba conmigo en la empresa, al igual que el resto, desde los inicios de mi empresa, cuando quise rodearme de gente de

confianza que no me robara ni un solo dólar.

Lo primero que les dije a todos fue que, si en algún momento se veían apurados de dinero, me lo contaran para no tener que enterarme después de que me habían hackeado o robado. Sobre todo, miré a Rebeca puesto que ella tendría acceso absoluto a todas las cuentas de la empresa.

Jamás en el tiempo que los conocía, me la habían jugado en ese aspecto, y sabía que nunca lo harían.

—¿Cuánto quieres que transfiera al fondo de la universidad de Nico? —preguntó.

—Lo de siempre —respondí y ella asintió.

Diez mil dólares cada tres meses era lo que iba guardando para el momento en el que mi hijo fuera a la universidad. No quería que tuviera que pasar penurias ni endeudarse con los préstamos estudiantiles y, si decidía hacer una carrera lejos de San Francisco, que pudiera permitirse alquilar un apartamento cerca del campus.

—¿Qué hago con el resto?

—La misma cantidad de siempre a mi cuenta, transferencias para vosotros por beneficios como de costumbre, y de lo que sobra, me preparas un cheque de cincuenta mil dólares para Emilia Benson.

—¿La de la asociación de chicas embarazadas y sin recursos?

—Sí, esa.

—Vale.

—Y el resto, en el fondo para seguir invirtiendo en otras empresas.

—De acuerdo. En cuanto tenga el cheque te lo llevo al despacho.

—Perfecto —sonreí y salí dejándola allí con su café.

Me tomaría el mío en el despacho, contemplando las vistas desde el ventanal.

Nikki no estaba en su puesto por lo que imaginé que habría ido al cuarto de baño.

No hacía ni dos minutos que había regresado, cuando escuché que la puerta se abría con tanta fuerza que acabó impactando contra la pared.

Al girarme, lo vi, con los ojos inyectados en rabia e ira.

—¿Crees que estoy bromeando, maldita zorra? —gritó Trevor, avanzando hacia mí tan rápido que no me dio tiempo a coger el móvil y llamar a Jack, cuando quise darme cuenta, la taza de café estaba rota en el suelo y él me sujetaba con fuerza por el cuello— No estoy jugando, Iris, no tengo tiempo para juegos. ¿Dónde coño está mi dinero?

—Trevor, suéltame —le pedí con dificultad puesto que me estaba oprimiendo mucho el cuello—. Trevor, no puedo… —intenté coger aire— No puedo respirar.

—Eso debería hacer, acabar con tu vida aquí y ahora, al menos así me aseguraría que vendrías conmigo al infierno donde quieren enviarme. Esa gente es peligrosa, Iris, me tienen contra las cuerdas y si no pago, me matarán.

—No es… —Llevé las manos temblorosas a mi cuello y cogí las suyas, intenté hacer que las apartara, pero fue imposible— No es asunto mío —logré decir al fin, cada vez me faltaba más aire y sentía que en cualquier momento podría desmayarme.

—Dame. El. Puto. Dinero. ¡Ya! —aquel grito debió alertar a Nikki, a quien escuché lanzar un grito aún mayor desde la puerta del despacho.

La vi salir mientras llamaba a Peter y Mike, pero sabía que llamaría a Jack en cuanto llegara a su mesa.

—Trev… No pue… Me cues… Aire… —si ya ni siquiera era capaz de acabar dos palabras completas seguidas, eso quería decir que el oxígeno escaseaba razonablemente en mi cerebro.

Me pesaban los párpados, notaba un fuerte dolor en la zona de la garganta debido a la presión que sus dedos ejercían sobre mí. Quería matarme, lo veía en su mirada, en aquellos ojos cargados de odio.

—De nada os servirá pensar que estáis un paso por delante de mí. ¿Crees que con ese comunicado voy a echarme atrás en pedir lo que evitaría un escándalo? No juegues conmigo, Iris, y dame lo que pido, o te juro que acabaré contigo.

—Si… Matas… No… Dinero… —no podía hablar.

—¿Crees que solo quitándote la vida podría acabar contigo? No, dulce Iris —sonrió con malicia—. Puedo quitarte muchas más cosas de las que imaginas, cosas que jamás pensarías que podría arrebatarte.

—Trev…

—Mírate, la fuerte Iris, la mujer que no deja que ningún hombre la controle, a mi merced en ese momento. ¿Sabes cuánto me gustaría follarte ahora mismo? —dijo con rabia— Saber que yo te domino, como la puta que eres.

—¡Suéltala, cabrón! —la voz de Peter en ese momento fue como música para mis oídos.

Eché un vistazo a la puerta del despacho y mis cuatro empleados, mis personas de máxima confianza en ese lugar, estaban ahí. Peter y Mike se acercaron para separar a Trevor de mí, querían conseguir que me soltara.

Rebeca se había puesto a mi espalda para ayudar a quitar aquellos dedos que me oprimían cada vez más, le gritaba llamándole bestia, desgraciado e incluso rata infecta, y él solo me miraba a mí con esa sonrisa de no tramar nada bueno.

No tardé en ver aparecer a Jack, que era mucho más grande, fuerte y corpulento que Trevor, y lo apartó de nuestro lado como si no fuera

más que un simple mosquito.

—La policía está de camino, ahora sí que estás jodido, cabronazo — escupió en su cara con los dientes apretados después de haberle golpeado contra la pared, donde lo mantenía aún arrinconado con su cuerpo sujetándole del cuello como él había hecho conmigo, solo que Jack únicamente necesitaba una mano para eso.

Rebeca y Peter me sentaron en el sillón mientras Mike salía del despacho, ellos comenzaron a darme aire y él regresó con una botella de agua.

—Le ha dejado marcas —dijo Rebeca en un susurro—. ¡Ese gilipollas le ha dejado marcas! —gritó señalando a Trevor.

—¿Marcas? —Jack frunció el ceño y al ver lo que Rebeca le señalaba, su gesto se endureció aún más— Ah, a ese juego también sé jugar yo —le dijo a Trevor al tiempo que apretaba más la mano alrededor de su cuello.

Nikki se giró un momento a mira hacia fuera del despacho, y no tardó en ir a la puerta para regresar con un par de agentes de policía.

Uno de ellos preguntó qué había ocurrido y ella dijo lo que había visto al entrar en mi despacho.

Jack soltó a Trevor, quien cayó de rodillas al suelo con una mano aflojando la corbata y los botones de su camisa en busca de aire, mientras el otro agente lo tenía vigilado. Los cinco relataron los hechos desde que entraron y Rebeca se apresuró a mostrar las marca que había en mi cuello.

Fue Jack quien les comunicó que sobre ese hombre pesaban varias denuncias por amenazas contra mí y una expareja mía, ambos agentes fruncieron el ceño y tomaron nota de mi nombre, el de mi abogado para ponerlo al tanto de lo ocurrido, y el de Trevor, a quien se llevaron esposado.

—Voy a llamar a David —dijo Jack cuando nos quedamos solos.

—No —exigí a duras penas, con un susurro algo ronco—. No le cuentes a nadie. Solo, llama a Conrad —me costaba hablar, así que mi chófer y amigo cogió mi móvil, llamó al abogado y le puso al tanto de todo.

Con el altavoz del móvil le escuché decir a Conrad que añadiría esto a la denuncia, y le dijo a Jack que hiciera fotos de mi cuello y las marcas para adjuntarlas.

—Ese tío se está buscando la ruina —dijo.

—Está desesperado —susurré, pero me escuchó.

—Iris, tengo a James a solo unos metros, y me mira con esa pregunta silenciosa.

—No le digas nada, por favor. Esto… Esto no ha ocurrido.

—¿Quieres que mienta?

—No, solo que omitas la verdad unos días. Se lo diré yo, pero, no ahora.

—¿Te encuentras bien, a pesar de todo?

—Sí, solo es molesto hablar.

—Toma algo que te alivie la garganta. Te dejo, que me llama el detective que lleva tu denuncia.

—Vale.

Jack me miraba con la ceja arqueada.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Crees que vas a poder ocultar eso —señaló las marcas— durante mucho tiempo a los ojos de David y James?

—El que sea necesario.

—No estoy de acuerdo.

—No necesito que lo estés, y tampoco que me cuestiones —tosí para aclarar un poco más la garganta—. Por favor, pídeles a Nikki y los demás que mantengan esto solo entre nosotros. Que no le cuenten nada a David.

—Lo haré, pero tienes que contárselo. Ven, vamos a hacer esas fotos para la denuncia.

Jack hizo varias desde ángulos distintos, y solo cuando las vi supe que, en cuanto empezaran a ser moratones feos y visibles, estaría perdida. No habría maquillaje suficiente en mi neceser, ni en la perfumería donde lo compraba, para mantenerlas cubiertas. Y aún era verano, un foulard alrededor del cuello sería sospechoso.

Cuando Jack se fue decidí dar por terminada la mañana de trabajo, me fui directamente a casa donde sabía que solo estaría Brenda.

Al verme, se llevó las manos a la boca con un grito de terror, le conté lo ocurrido y dijo que me ayudaría.

Y lo hizo, para cuando mi hijo y mi hermana llegaron a casa, ninguno de ellos se dio cuenta de mis marcas.

Ahora solo faltaba que esa noche ni James, ni tampoco su madre, se percataran de que las tenía.

Capítulo 31



Cuando llegué al restaurante en el que James me había citado, no tardé en verlos en una mesa esperándome.

Ella, con un elegante vestido azul turquesa y una resplandeciente sonrisa al verme. James, con un traje gris y camisa blanca sin corbata, tan irresistible como de costumbre.

Nada más encontrarme con sus ojos grises, esos que me hacían sentir deseada y segura a partes iguales, aparté a un lado todo lo que había ocurrido esa mañana en mi despacho.

—Iris, estás preciosa —dijo él poniéndose en pie, agarrándome por la cintura mientras se inclinaba para besarme en la mejilla.

—Tú también te ves muy… guapo —sonreí y acabé mordiéndome el labio.

James arqueó la ceja y vi cómo se le oscurecían los ojos.

—Emilia, qué alegría verte de nuevo —me acerqué a ella y nos saludamos con dos besos y un afectuoso abrazo.

—Querida, la que se alegra soy yo, es como si mi hijo te quisiera solo para él —volteó los ojos y noté que me ardían las mejillas por la vergüenza.

—Mamá…

—No, ni mamá, ni nada. A ver si te crees que no tengo ojos en la cara, jovencito, y no veo cómo miras a esta hermosa mujer. Y ahora está soltera, así que… —Se encogió de hombros y me horroricé por completo— Veamos que hay en la carta —dijo tras cogerla como si no acabara de insinuar que su hijo y yo podíamos ser algo más que amigos.

James se encogió de hombros mientras sonreía como si de ese modo me dijera que aquello era de lo que hablaba por la mañana.

Pedimos vino blanco, unos entrantes y una tabla de quesos para compartir, y como plato principal los tres nos decantamos por una

carne asada que habíamos visto en la mesa de al lado con una pinta deliciosa.

—Ni siquiera he tenido tiempo para llamarte y preguntar si a Inés le gustó lo que compramos el otro día —dijo Emilia, mientras cogía un trozo de queso.

—Le encantó, y ya tiene muchas de las cosas colocadas en una estantería que le pidió a Jack que fuera a comprar al día siguiente.

—Sé que ha estado yendo a la asociación por las mañanas, pero he andado de reunión en reunión y no la he visto. El acalde quiere celebrar una cena benéfica para altos cargos y personas importantes de la ciudad —comentó con una amplia sonrisa—. Ese parido que preparasteis, ha sido una especie de trampolín para hacer más visibles a mis chicas.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso —le aseguré, devolviéndole la sonrisa.

—En serio, Iris, te has convertido en nuestro ángel de la guarda.

Me sonrojé, esta vez por la timidez que me provocaban esas palabras. No había hecho nada que otra persona en mi lugar no hiciera, cualquiera con un mínimo de empatía con esas chicas abandonadas a su suerte por sus padres.

Seguimos disfrutando de una bonita velada mientras me preguntaba por el trabajo, les hablé de la reunión que había tenido con Son, el mejor amigo de James, el día anterior y que estábamos a solo unos días de firmar un contrato para que me convirtiera en su inversora, y Emilia dijo que eso teníamos que celebrarlo.

Tras la cena y un delicioso postre a base de hojaldre, crema y fresas, pedimos café, momento que aproveché para darle a Emilia el cheque.

—¿Qué es, querida? ¿Una invitación para alguna fiesta? —preguntó sonriendo.

—Ábrelo y sabrás de qué se trata.

Frunció el ceño por unos segundos y, cuando abrió el sobre y sacó el papel que contenía, se quedó con la boca abierta.

—No, pero, ¿y este cheque?

—Tú lo has dicho, un cheque. Espero que con él puedas hacer muchas cosas en la asociación.

—¿De quién es? ¿Quién me lo ha hecho llegar?

—Es mío, Emilia.

—¿Tuyo? Ay, no, Iris, no puedo…

—Claro que puedes —le corté cogiéndole la mano con afecto—, siempre que pueda colaboraré con la asociación, en lo que sea. Organizando un nuevo evento benéfico, ayudando a las chicas, orientándolas, buscándoles un trabajo o con un cheque. No pienses que voy a olvidarme de tu labor en ese lugar.

—¿Ves, hijo, por qué te dije que me habían enviado un ángel?

James sonrió al tiempo que me observaba con cariño. Aparté la mirada de sus ojos, me costaba muchas veces mantenerla fija en él por lo nerviosa que me ponía, era un hombre de lo más intenso, y volví a hablar con Emilia, quien no dejaba de agradecerme todo lo que hacía por ella y la asociación.

Emilia pidió tres copas de champán, con ellas dijo que brindaríamos por mi futura relación comercial con Son y por la asociación, esa en la que cada vez más gente se mostraba realmente interesada.

—Nunca creí cuando empezó todo esto, que la gente se acabaría volcando tanto con la causa —dijo emocionada.

—Hay mucha gente que, por fortuna, se pone en la piel de esas chicas, sienten que alguna vez podrían ser sus hijas, sus sobrinas, sus nietas, o las de un conocido quienes pasen por eso, y es normal que quieran ayudar. Yo tuve la suerte de contar con mis padres, de no haber sido así, me hubiera encantado que alguien como tú me ayudara. Haces una labor magnífica, Emilia.

—Gracias, Iris —sonrió y me dio un leve apretón en la mano.

Después del champán dijo que se hacía tarde y quería irse a la cama, al día siguiente iban a recibir en la asociación al alcalde para que viera cómo era la vida de aquellas chicas, y quería estar a primera hora para organizar todo para su llegada.

—Debemos repetir estas veladas más a menudo, Iris —me dio un par de besos una vez estábamos en la calle.

—Podría haberte llevado yo, mamá, no era necesario que pidieras un taxi.

—¿Y hacer que vuestra noche acabe aquí? Hijo, por el amor de Dios, lleva a esta hermosa mujer a tomar una copa, a bailar, no sé, lo que sea que hagáis los hombres y mujeres de entre treinta y cuarenta años hoy en día.

—Mamá…

—James Benson junior, no te atrevas a dejar que esta mujer se vaya a su casa, a pensar en todos los problemas que tiene, cuando puedes hacer que se distraiga de otras muchas formas —le advirtió señalándole con el dedo.

—Está bien, la llevaré a tomar una copa, a bailar, y después a su casa.

—Eso está mejor. Nos vemos, querida —Emilia sonrió subiendo al taxi y, cuando James cerró la puerta para que este emprendiera la marcha, suspiró.

—Emilia Benson la casamentera en acción —dijo y me eché a reír, él sonrió poco después.

—Tu madre es encantadora, en serio. Me recuerda a la mía en muchos aspectos.

—¿Dónde te apetece que vayamos? —preguntó apoyando la mano

en la parte baja de mi espalda mientras caminábamos al coche.

—La verdad es que prefiero irme a casa, servirme una copa de vino y tomarla en el porche.

—Ya has oído a mi madre, si dejo que te vayas sola a casa, te pondrás a pensar.

—No, en serio, no voy a pensar en nada.

—Tengo que asegurarme de ello, así que… —se inclinó y me susurró al oído con ese tono ronco y seductor que me hacía estremecer— Voy a cuidar de ti esta noche, en mi casa.

Me dio un beso en el cuello antes de abrir la puerta de su coche y tragué con fuerza, esperando que no viera aquello que ocultaba, aquello que no tenía que ver bajo ningún concepto.

Capítulo 32



En cuanto entramos en su casa, James entrelazó nuestras manos y me llevó hasta la cocina, donde sirvió dos copas de vino y, tras entregarme una, fuimos al salón.

Encendió el equipo de música y nos sentamos en el sofá. Me pasó el brazo por los hombros y tan solo nos quedamos así, sentados bebiendo vino mientras una canción tras otra resonaba en la oscura estancia, esa que apenas estaba iluminada con la luz de la Luna, que entraba por las puertas que daban acceso al porche.

Tenía los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el pecho de James, y él me acariciaba el brazo de manera distraída.

Cuando nos acabamos el vino me quitó la copa y, tras dejas ambas sobre la mesa, se levantó tendiéndome la mano.

—Mi madre ha dicho una copa, y un baile. Es hora de mover el esqueleto, preciosa —hizo un guiño y me reí al tiempo que aceptaba su mano y me ponía en pie. Ese hombre era… sencillamente increíble.

Las notas de una guitarra rompieron el silencio que se había adueñado del salón durante unos segundos, y pronto la voz de un cantante que había escuchado algunas veces en casa en esas últimas semanas desde que Inés vivía con nosotros, me hizo cerrar los ojos y apoyarme en el pecho de James, mientras nos mecía de un lado a otro en ese baile tan íntimo que sabía que no podría olivar nunca.

Reik, recordé que me había dicho mi hermana que era el nombre del grupo, y entonces llegó esa parte de la canción que podía hacer mía en ese momento de mi vida, con James tan cerca que podía escuchar el latido de su corazón.

“Y de pronto como una estrella justo en medio de este mar, me curaste el corazón, me enamoraste. Sin explicación llegaste así, cuando el amor ya

no sería para mí. Pero te conocí…”

Sentí un nudo en la garganta, los ojos humedeciéndose y las lágrimas queriendo salir, pero logré mantenerlas a raya.

James me estrechó con su brazo alrededor de mi cintura aún más fuerte, pegándome más a su pecho. Hundí el rostro en su cuello, aspirando ese aroma que me encantaba, le acaricié la nuca con la mano y sentí cómo se llevaba mi otra mano a los labios para besarla.

Y así, mientras aquella balada sonaba y nos envolvía, James sostuvo mi barbilla con dos dedos buscando mis labios, esos que lo recibieron con gusto.

Comenzó tierno, lento incluso, su lengua poco a poco se deslizaba por ellos para entreabrirlos y se lo permití.

Ambas lenguas se unieron en el mismo baile que nosotros compartíamos, enredé los dedos en su cabello y noté cómo me pegaba más a él.

Sobraban las palabras en ese momento, eran nuestros cuerpos los que hablaban y dejaban claro qué era lo que querían en aquel preciso instante.

El modo en que su entrepierna cobró vida me dejó mucho más claro que para él también era inevitable no caer en esa tentación que nos arrastraba cuando estábamos juntos. Era difícil resistirse a ese deseo y esa pasión que nos envolvía, por más que lucháramos contra ella.

Cogiéndome por las nalgas, haciendo que le rodeara la cintura con las piernas, James comenzó a caminar por el salón hacia el pasillo, entró en la habitación y me recostó en la cama.

Arrodillado entre mis piernas se quedó mirándome con esos ojos grises que unas veces me arrancaban sonrisas y otras, como en ese momento, despertaban mil sensaciones en mi cuerpo.

Le acaricié la mejilla y él sonrió cogiéndome la mano para besarme la muñeca.

Se inclinó de nuevo y se apoderó de mis labios en un beso profundo y cargado de algo que no pude identificar en ese instante.

Su mano derecha comenzó a subir por mi muslo, haciendo que la falda del vestido se deslizara hacia arriba hasta acabar hecha un manojo de tela en mi cadera.

No tardé en notar su otra mano haciendo lo mismo, y cuando ambas estuvieron en la cintura de mi tanga, pasó los dedos por ella y comenzó a quitármelo.

En cuanto se deshizo de aquella pequeña barrera, separó un poco más mis piernas y lo vi inclinarse para dejar un camino de besos por el muslo hasta alcanzar el lugar más íntimo de mi cuerpo.

Con una lenta y tortuosa lamida en mi clítoris, James me hico gemir y estremecerme. Cerré los ojos y me concentré en el placer que ese hombre me provocaba.

Arqueé la espalda, enredé los dedos en su cabello y tiré de él con cada rápido movimiento y penetración de su lengua o sus dedos en lo más hondo de mi ser.

Grité al alcanzar el clímax y no dudó en desabrocharse el pantalón y enterrarse con una sola estocada en mí.

Entrelazó nuestras manos, esas que reposaban sobre la cama a ambos lados de mi cabeza, y comenzó a moverse frenéticamente mientras me besaba con una mezcla de necesidad y anhelo.

Sabía que ninguno de los dos aguantaría mucho más, que aquello acabaría antes de lo que pudiéramos haber pensado, pero parecía no importar.

Nos corrimos juntos tras unas embestidas más y seguimos besándonos hasta que solté sus manos con la imperiosa necesidad de abrazarlo.

¿Era posible que ese hombre hubiera conseguido colarse a través de los muros que levanté en mi vida tras el fiasco de relación que había tenido la última vez?

Me costaba creerlo, porque estaba cerrada a cualquier tipo de sentimiento romántico, eso no tenía cabida en mi mundo.

—Mira lo que haces conmigo, preciosa —susurró besándome el cuello—. No soy capaz ni de desnudarnos antes de enterrarme en ti.

—Es que es usted un poquito impaciente, señor Benson —sonreí.

—No, preciosa, es que tu cuerpo me tienta constantemente —me dio un beso rápido en los labios y se retiró para ponerse en pie.

—Ven, vamos a darnos un baño. Te relajará antes de dormir.

—Creí que el sexo era lo que más me relajaría.

—Sexo y un baño, créeme, es infalible para la relajación y dormirás como un bebé.

Hizo un guiño, sonreí, y cogí la mano que me ofrecía para ir al cuarto de baño.

Me desnudó mientras se llenaba la bañera, puso un poco de gel de lavanda y tras desnudarse, nos metimos en el agua.

James me cubría los hombros con el agua, dejaba besos en ellos y después comenzó a masajearlos. Siguió por el cuello y sentí que me relajaba tanto, que todo mi cuerpo parecía destensarse, que cerré los ojos y me permití olvidarme de todo, aquel masaje era lo único que necesitaba.

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así, en silencio mientras sus manos se dedicaban a quitar cualquier presión de mi espalda y el cuello, notando de vez en cuando aquellos labios sobre la piel de mi cuello en un beso tierno, o en el hombro, la nuca, la espalda.

Y entonces, su voz resonó por toda la estancia.

—¿Qué coño es esto, Iris? —rugió haciendo que me estremeciera de miedo por primera vez desde que lo conocía.

Por mucho que yo me hubiera olvidado de ellas, por mucho que Brenda las hubiera ocultado a conciencia con maquillaje, ese remedio casero no sería efectivo para siempre.

—¿Quién te ha hecho estas marcas, Iris?

Tragué con fuerza, estaba como paralizada, y entonces noté que mi cuerpo temblaba, que me sacudía poco a poco por el temor al recordar lo vivido aquella mañana en mi despacho.

Jamás había visto a Trevor de ese modo, y ahora… Ahora tenía que contárselo a James.

—Iris, habla, porque me estoy empezando a cabrear y mucho.

—Si te lo digo, te enfadarás más.

—Y seguro que lo hago con razón. Dime que no se ha atrevido —me sostuvo la barbilla con dos dedos para que lo mirara, había odio en sus ojos y tenía los dientes fuertemente apretados—. Dime, por Dios, que no ha tenido la osadía de agredirte.

No podía hablar, y cuando sentí que una lágrima se escapa y comenzaba a deslizarse solitaria por mi mejilla, agaché la mirada.

—Joder, ¿cuándo ha sido?

—Esta mañana —dije al fin—. Pero Jack se encargó de todo, Conrad también está al tanto y es una nueva denuncia para él. Trevor está desesperado, necesita el dinero y…

—No —volvió a hacer que lo mirara—. No se te ocurra pensar en hacer una estupidez para evitar que siga amenazándote. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No quería preocuparte.

—¿Y David? ¿Él lo sabe? —negué.

—No he querido que nadie os cuente nada.

—Preciosa —me besó en los labios, y después se llevó en los suyos cada lágrima que caía por mis mejillas, me sostuvo ambas entres sus manos y me miró fijamente—. No estás sola, Iris. Estoy contigo —sonaba sincero, lo creía—. No me iré, ¿me oyes? No me iré nunca de tu lado.

Sentí la necesidad de abrazarlo y besarlo, pero no solo eso. Acabé sentándome a horcajadas sobre sus muslos y tras conseguir que se excitara al igual que yo había estado haciéndolo mientras le tocaba, deslizando su erección a mi vagina.

Una vez más, me entregué a él.

Capítulo 33



Me desperté de madrugada, entre los brazos de James. Conseguí moverme sin hacer demasiado ruido y salí de la cama.

Cogí su camisa, esa que había quedado abandonada junto con el resto de nuestra ropa en el suelo del cuarto de baño, y después de ponérmela fui a la cocina a servirme un té.

A veces, cuando me despertaba en mitad de la noche sin un motivo aparente, sabía que ya no conciliaría el sueño por más que lo intentara, así que me preparaba un té y me lo tomaba en el porche.

No, esa no era mi casa, pero desde el primer momento que puse un pie en ella, James siempre me había pedido que me sintiera como si estuviera en ella.

Calenté el agua, puse la bolsita y una cucharada de azúcar, y salí al porche donde me senté con una pierna debajo de mi trasero.

Cerré los ojos y respiré hondo, el olor al agua salada me llegó de inmediato, sonreí y miré hacia aquella zona de playa privada que tenía la casa de James.

El aroma de su perfume que impregnaba la camisa me envolvía, y por un momento me permití soñar con un futuro.

¿Cómo sería James Benson como novio, o marido? ¿Y cómo sería como padre?

Bueno, estaba convencida de que eso último se le daría genial, no había más que verlo con mi hijo, si hasta podría decir que se le caía la baba por lo orgulloso que se sentía de Nico.

Di un sorbo a mí te y volví a pensar en una época pasada, una que parecía haber vivido hacía más de un siglo, pero que en realidad hacía dieciséis años.

Nunca podría olvidar el modo en el que Carlos, ese hombre al que tanto amaba, me rompió el corazón al dejarme. ¿Por qué a veces la gente hacía lo que otros querían, y no lo que ellos deseaban?

Carlos pareció feliz al saber que iba a ser padre, y cuando se enteró su familia… todo cambió.

Suspiré al recordar las palabras de su madre, el modo en que menospreció mi existencia como persona, alegando que no valía lo suficiente para ser una Lago.

La odié, y a él también por dejarnos a su hijo y a mí a nuestra suerte.

Desde ese mismo momento me prometí a mí misma que nunca, jamás, sería una de esas suegras odiosas que les hacían la vida imposible a sus nueras. ¿Qué culpa teníamos nosotras, las mujeres, de amar a sus hijos?

Si una mujer se enamorada de Nico por cómo era, y no por lo que tenía, me sentiría orgullosa.

Y por lo que Inés insinuaba, la joven Caroline acabaría siendo esa mujer.

Sonreí al recordar el modo en que los descubrí a ambos mirándose en casa con esas caras de adolescentes enamorados. Me pareció la escena más tierna de la que había sido testigo, desde que mi hermana y Zack se conocieron.

Ojalá Nico y Caroline tuvieran un felices para siempre, que ese amor adolescente acabara con ellos siendo un par de ancianos rodeados de hijos y nietos compartiendo su felicidad en uno de sus muchos aniversarios.

Deseaba la felicidad para los míos, para todos y cada uno de ellos, por encima de la mía propia.

Y entonces recordé una noche, cuando Nico tenía seis años, cuando le metí en la cama, y me preguntó si algún día él tendría un papá y hermanitos como muchos de sus amigos y amigas del colegio.

Le dije que, si alguna vez conocía a un hombre que me hiciera sentir ese amor infinito que sentía por él, que no le cupiera ninguna duda que sería el indicado para ser su padre y la persona adecuada con la que poder darle un hermanito.

Sonrió, me abrazó y me dijo que me amaba y siempre lo haría, tanto si podía tener un papá y un hermanito, como si no.

Me bebí lo que me quedaba del té y decidí ir hacia la playa, me sentaría bien un baño mientras la oscuridad de la noche me ocultaba desnuda ante el resto del mundo.

Dejé caer la camisa de James en la arena, me adentré en el agua y tras zambullirme en ella, nadé hacia lo más adentro que pude.

Cuando salí a la superficie, me quedé flotando en ella con los ojos cerrados.

A veces era necesario disponer de un momento de soledad, por breve que este fuera, dejar la mente en blanco y conectar con el silencio.

Podía escuchar mi corazón latiendo, lento y tranquilo, mientras movía despacio los brazos para mantenerme a flote.

—¿Se puede saber qué haces aquí a esta hora, preciosa? —Noté las manos de James en mi cintura y me cogió para ponerme frente a él.

—No podía dormir, me tomé un té, y me apeteció nadar.

—Desnuda —arqueó la ceja.

—Bueno, salí llevando solo tu camisa, así que…

—Esto es incitarme, que lo sepas —dijo con ese tono lujurioso que se reflejaba en sus ojos.

—¿Incitarte? Para nada.

—Por supuesto que sí. ¿Acaso no sabes que eres una tentación que no puedo rechazar? Tu cuerpo, tus labios, tus besos, toda tú, Iris, eres una jodida tentación para mí.

No dudó en adueñarse de mis labios en un beso rudo mientras su mano se enredaba en mi pelo sosteniéndome la nuca.

Me pegué tanto como pude a él, rodeándolo con ambos brazos por sus hombros mientras me perdía en ese beso que era como un soplo de vida para mí.

Me colgué alrededor de su cintura con las piernas y James se echó a reír, rompió el beso y me miró.

—¿Qué haces, monita? —preguntó.

—Evitar morir ahogada —me encogí de hombros, pero no pude evitar mover las caderas de modo que su miembro, ese que notaba erecto y dispuesto bajo mi sexo, me rozó el clítoris.

—Estás jugando con fuego.

—Yo diría que eso es más bien la manguera que apagará el fuego.

—¿En serio acabas de referirte a mi polla como una manguera?

—Puede.

—Eres una provocadora, preciosa, y te mereces un castigo.

—¿Qué clase de castigo?

—Mi polla follándote hasta que no puedas más.

—Eso suena tentador y placentero.

—Pero no podrás correrte hasta que yo te dé permiso —asestó el golpe final con los ojos clavados en los míos, esos que abrí tanto que temí que se me salieran.

—Eres cruel, James Benson.

—Soy tuyo, Iris Duarte, esa es la verdad.

Se lanzó a por mis labios y mientras me besaba, comenzó a penetrarme con fuerza y a un ritmo que amenazaba con hacer que me corriera a pesar de su prohibición.

“Soy tuyo, Iris Duarte, esa es la verdad”.

Esas palabras se quedarían grabadas en mi mente por siempre jamás.

Capítulo 34



Aquella mañana de miércoles recibí la llamada de Conrad en la que me avisaba de que la denuncia contra Trevor seguía hacia adelante, y al haber incluido las fotos de las marcas que quedaron en mi cuello tras su fuerte agarre y las amenazas, el juez estaría mucho más pendiente para poner fin a ese asunto cuanto antes.

Ojalá y así fuera, porque tener a Trevor tras mis pasos y los de los míos contantemente, empezaba a pasarme factura.

También me llamó Emilia para invitarme a la cena que el alcalde había organizado, en un tiempo récord, para recaudar fondos para la asociación.

Al parecer contaban con algunas obras de arte de un famoso pintor que acababa de exponer en una de las galerías de la ciudad, y serían subastadas.

No tenía nada que ponerme para esa noche así que me fui antes de la oficina para buscar un vestido, Inés me acompañó y tras probarme varios, nos decantamos por uno de cóctel en color rosa, de tirante ancho con un cinturón negro que me encantaba.

James me escribió para preguntar si iría a la cena y cuando le dije que sí, me respondió con un emoji de esos de mirada pícara y juguetona. A saber, qué tendría ese hombre en mente.

Estaba terminando de arreglarme cuando Nico llamó a mi puerta.

—¿Tienes cinco minutos? —preguntó.

—Para mi hijo favorito, siempre —sonreí.

—¿Hijo favorito? Soy el único que tienes —volteó los ojos, se sentó en mi cama y lo noté un poco nervioso.

—¿Qué pasa, cariño? —Me senté a su saludo.

—La madre de Caroline, quiere mudarse a Ottawa.

—Vaya, no se va aquí al lado, precisamente.

—Ella no quiere irse, aquí tiene su vida, el instituto, las amistades, a

su padre, a…

—A ti —sonreí al decir eso que parecía darle un poco de vergüenza confesar.

—Solo somos amigos, mamá.

—Claro, y yo acabo de salir del cascarón —resoplé—. Nicolás —me miró con los ojos muy abiertos, solo lo llamaba así cuando el tema de conversación era serio, me había enfadado, o estaba a punto de darle la bronca—, soy tu madre y te conozco. Y he visto cómo os miráis. Si quieres seguir diciéndome que solo sois amigos, vale, me lo tendré que creer, pero no te mientas a ti mismo.

—No sé cómo pasó, pero un día me di me cuenta de que me ponía más nervioso que de costumbre estando con ella, y una noche que salimos al cine y a cenar, un tipo se le acercó y me puse celoso.

—Creo que eso es lo que podría definirse como estar enamorado.

—Pero solo tengo quince años.

—¿Y? El amor es así, cariño, llega cuando tiene que llegar.

—Si se va a Ottawa…

—¿Qué dice su padre al respecto?

—Que no va a dejar que su madre se la lleve al otro lado del mapa solo por joderlo a él —arqueé la ceja—. Sus palabras, no las mías —levantó ambas manos a modo de disculpa.

—Tienen custodia compartida, pero solo para los fines de semana, ¿cierto?

—Sí, pero Jeff va a hacer lo posible para que no se vaya de San Francisco. Dijo que hablaría con sus jefes para no tener que hacer tantos viajes de trabajo los fines de semana.

—Entresemana puede quedarse aquí hasta que su padre, termine de trabajar —le ofrecí.

—Se lo diré. Ojalá consiga que su madre la deje quedarse. De todos modos, ni siquiera se preocupa por ella. ¿Sabes que se casó en Las Vegas con ese novio que tiene? Y ahora se va a Canadá porque él vive y trabaja más tiempo allí que aquí.

—¿A qué se dedica?

—Es doble de actores para las escenas peligrosas, principalmente de actores canadienses que ruedan allí.

—Bueno, confiemos en que Jeff consiga que Caroline se quede —sonreí—. Y dile a ella lo que sientes, ¿sí?

—¿Y si no siente lo mismo? ¿O si esto hace que nuestra amistad se vaya a la mierda?

—Esa boca, jovencito, o te la lavo con jabón —le advertí—. Estoy segura de que pronto podré llamar nuera a Caroline.

—Oye, estás muy guapa. ¿Vas a salir con James?

—No, voy a una cena benéfica que organiza el alcalde para recaudar fondos para la asociación de Emilia, ella me ha invitado.

—Mamá, ¿puedo serte sincero con algo?
—Por supuesto. ¿De qué se trata?
—James, él y tú… Bueno, ya sabes. Quiero decir, habéis ido a cenar algunas veces, y parece que os entendéis. ¿Vosotros sois...?
—¿Pareja? No, cariño, solo somos amigos —no iba contarle a mi hijo que nuestra relación era puramente física y sexual.
—Pues una cosita, mamá, si sois amigos igual que Caroline y yo… estoy seguro de que dentro de poco podré llamarlo papá —dijo al tiempo que se encogía de hombros, para después darme un beso en la mejilla y salir de mi habitación dejándome sin palabras.
Eso nunca pasaría, entre James y yo no habría nada más formal, por mucho que mis muros fueran bajando o cayendo poco a poco. Si lo dejaba entrar en nuestras vidas y todo se iba al traste, Nico lo pasaría tan mal como yo, admiraba a James.
Suspiré, me puse los zapatos negros y, tras comprobar que la coleta alta con la que me había recogido el pelo seguía luciendo impecable, cogí el móvil para guardarlo en el bolso y me dispuse a salir de la habitación.
Pero no pude, puesto que Inés entró en ese momento.
—Hermana, necesito consejo —dijo cerrando la puerta y quedándose pegada en ella.
—¿Qué pasa?
—Sam, mi ginecólogo.
—¿Sí? —Arqueé la ceja, sin la menor idea de a dónde quería llegar.
—Me ha invitado a salir el sábado. Quiere llevarme a cenar.
—¿Y?
—¿Eso es todo lo que vas a decirme? ¿Y? Iris, que me ha invitado a salir mi ginecólogo.
—Sí, sí, te he oído perfectamente a la primera. Insisto, ¿y? ¿Qué problema hay?
—Pues que yo estoy casada.
—Viuda, mi niña —sonreí con tristeza, acariciándole la mejilla—. Tú estás viuda y embarazada, no casada ni tampoco recluida en un convento. Además, es solo una cena entre amigos, os conocéis desde hace mucho tiempo y es normal que te invite, sabe que te pasas los días metida en casa o en la asociación. Solo quiere que te distraigas.
—¿Has hablado con él de esto? —Frunció el ceño.
—No, pero imagino que es por eso que lo ha hecho. Inés, Zack siempre te dijo que, si a él le pasaba algo, rehicieras tu vida.
—No puedo, aún no.
—A ver, que tampoco se refería a enterrarlo y ponerte a buscar novio a la media hora —volteé los ojos—. Y si te incito a salir con Sam es porque sé que es un amigo para ti, ha estado apoyándote desde que Zack se fue, y no parece mal tío. No es como si tuvieras que irte a

la cama con él después de la cena. Es más, puede que dentro de un año conozcas a alguien que te guste e incluso hagas caso a tu difunto marido y rehagas tu vida.

—Supongo que una cena, no suena tan mal.

—Claro que no —le aseguré—. Mereces salir y pasar un rato divertido y diferente, no puedes permanecer todo el día aquí encerrada o en la asociación.

—Vale, entonces tu consejo es que acepte la cena.

—Efectivamente.

—Pues voy a darte un consejo yo a ti, aunque no me lo hayas pedido.

—¿Qué consejo?

—Que dejes entrar a James aquí —puso la mano sobre mi pecho, en la zona donde mi corazón comenzó a latir ligeramente más rápido con solo escuchar ese nombre—. Sé que te gusta, y tú a él también. No lo alejes porque no todos los hombres son como la rata de cloaca de Trevor. Y no hay más que ver cómo se te acelera el pulso cuando alguien lo nombra, o el rubor que sube a tus mejillas.

—Lo sé, no hay más que ver a David —sonreí, haciendo como que no había oído eso último de mi pulso y las mejillas.

—Por Dios, David es como una especie en extinción. Pero, oye, si hubiéramos tenido un hermano mayor, me habría encantado que fuera como él. Solo piensa en lo que te he dicho, ¿vale? Y no porque Nico necesite un padre, ni tú un marido que te cuide y bla, bla, bla. No, no es por eso, sino porque por una vez me gustaría verte tan feliz como lo fuiste con Carlos, antes de que pasara a ser mi persona más odiada, puesto que después se quedó Trevor para siempre, obviamente.

—Lo pensaré, pero no prometo nada.

—De todos modos, ya sabes que en el corazón nadie manda, él sabe cuándo una parte, o todo entero, le pertenece a otra persona —sonrió.

—Pues aplícate el cuento, hermanita, no sea que un día de estos aparezca alguien que haga que tu corazón lata más acelerado, y tus mejillas adquieran un bonito color cereza —arqueé la ceja—. Y ahora, si me disculpas, me voy. Jack está esperándome fuera desde hace… —Miré el reloj de la mesita— Diez minutos.

—Pásalo bien —dijo dándome un abrazo.

Fuimos al salón, donde me despedí de Nico que me preguntó si podía pedir pizza para la cena, a lo que Inés añadió que también pedirían una tarrina de helado de fresa puesto que tenía antojo, y les dejé allí.

—Llegas tarde, Cenicienta —dijo Jack con cara de aburrido.

—¿No tenías sopas de letras para hacer mientras esperabas?

—No, se me acabaron a los dos minutos.

—Mira que eres —reí.

—Estás preciosa, creo que más de uno se preguntará si tú formas parte de esas obras de arte que se subastan.

—¿Podrías explicarme por qué eres tan pelota?

—¿Pelota? Solo te hacía un bonito halago.

—Si quieres un aumento de sueldo, habla con David, es quien paga tu nómina.

—En realidad quiero más fines de semana libres, pero ya lo hablaremos.

—Jack, sabes que puedes cogerte los fines de semana libres siempre que quieras —dije esta vez, mucho más seria.

—Lo sé, solo bromeaba. Este fin de semana sí que estaré fuera de servicio.

—Y me parece perfecto. ¿Alguna chica?

—¿No podría ser un hombre? —Arqueó la ceja al tiempo que me miraba por el retrovisor— O uno de cada.

—¿Con quién has quedado, pillín? ¿Vas a hacer un trío? No sabía que eras tan… abierto para el sexo —sonreí.

—Es una chica, una que no sabía que me volvía loco.

—¿La conozco?

—No haré más declaraciones, gracias.

—Oh, por favor. No puedes dejarme así. La conozco —reí.

Sabía que no diría ni una sola palabra más al respecto, así que me quedé observando por la ventana en silencio, pensando en quién podría ser la chica que lo volvía loco y no lo sabía.

James me escribió para preguntar si estaba llegando y respondí que, de camino, contestó diciendo que me esperaba en la entrada del hotel.

En una cosa Inés tenía razón, James no era como Trevor, pero tampoco como Carlos. A veces me preguntaba cómo habría reaccionado al saber que iba a ser padre. Pero por cómo se relacionaba con Nico, sabía que no se habría ido.

Capítulo 35



Allí estaba James, acercándose al coche cuando lo vio aparecer.

Abrió la puerta y me ofreció la mano para ayudarme a salir. Cuando lo hice, me encontré con su amplia sonrisa de dientes blancos y perfectos.

—Iris, estás radiante esta noche —dijo inclinándose para besarme en la mejilla.

—Gracias. A ti el esmoquin y la pajarita te sientan muy bien —sonreí.

—Vamos, mi madre está a punto de sufrir un ataque de nervios.

—¿Qué le pasa? —pregunté mientras nos dirigíamos a la puerta.

—El alcalde le ha pedido que hable, pero no se había preparado nada y no sabe qué decir. ¿Podrías hablar con ella? A mí me ha dicho que no he sido de mucha ayuda.

—Claro, no te preocupes.

En cuanto entramos en el salón donde tendría lugar la cena, me llamó la atención no solo cuánta gente se había reunido esa noche, sino todos los cuadros que decoraban la estancia colocados en sus atriles de modo que pudieran observarse bien.

Vimos a Emilia al fondo, con el móvil en la mano y el ceño fruncido. Nos dirigimos a ella y cuando me vio, se le iluminó el rostro.

—¡Iris, querida!

—Buenas noches, Emilia —le di un abrazo y ella me correspondió el gesto—. Me ha dicho un pajarito que estás un poco nerviosa.

—James, eres mi hijo y te quiero, pero también eres un cotilla. No le hagas caso, estoy…

—Nerviosa —sonreí—. No había más que ver tu ceño fruncido. No es la primera vez que vas a hablar ante la gente, y mucho menos sobre la asociación. Di a qué os dedicáis, cómo os esforzáis por ayudar a las chicas y sus bebés. Solo eso, sin más.

—Gracias, querida.
—¿En serio? —me giré a mirar a James— Es lo mismo que le he dicho yo y me ha dicho que no le era de ayuda. Voy a empezar a pensar que no me consideras un buen hijo y que prefieres a Iris.
James hizo un gesto tan dramático, que tanto Emilia como yo nos echamos a reír.
Obviamente James lo decía en broma, no pensaba eso en absoluto, pero él sabía tan bien como yo, que lo que su madre necesitaba era que alguien que había pasado por lo que sus chicas de la asociación, le dijera lo mismo que él le había dicho antes.
El alcalde se acercó a nosotros, Emilia nos lo presentó y él se la llevó para que conociera al artista que había cedido sus cuadros para la subasta.
James cogió un par de copas de vino de la bandeja de uno de los camareros que había por la sala, y tras ofrecerme una, chocó ambas a modo de brindis.
—¿Por qué brindamos? —pregunté.
—Por nosotros, ¿te parece poco?
—No —sonreí.
—¿Tienes algo que hacer este fin de semana? —interrogó acercándose la copa a los labios para dar un sorbo, y negué— Entonces creo que es el momento perfecto para que vengas a mi casa, hay cierto pago pendiente por una apuesta —hizo un movimiento de lo más divertido elevando ambas cejas mientras sonreía.
—Así que quieres que este fin de semana me ponga a tu entera disposición. Que esté a tu merced —me excité con solo pensarlo, porque, aunque ese hombre me había cedido el control a mí una vez, debía reconocer que me gustaba entregárselo yo a él.
—Así es.
—¿Desde cuándo?
—Desde el viernes hasta el sábado por la noche. Veinticuatro horas a mi merced. El domingo quiero que disfrutemos de un día tranquilo en casa, viendo películas, comiendo helado, tomando vino.
—Suena a un domingo perfecto. Pero, ¿podría incluir en ese plan, un baño de espuma?
—Lo que tú quieras, preciosa —me rodeó por la cintura y se inclinó para besarme el cuello—. Estoy deseando tenerte solo para mí —susurró.
—James Benson en persona —dijo la voz de una mujer que me resultaba ligeramente familiar.
—Cintia, ¿qué haces aquí? —James puso voz a mi mente, puesto que yo me preguntaba exactamente eso.
¿Qué hacía la asistente personal del dueño del equipo en el que trabajaba James, en esa cena?

—Oh, un viejo conocido me pidió que le acompañara. ¿Y tú? ¿Qué haces en esta cena?
—La mujer que dirige la asociación para la que se recaudarán fondos, es mi madre.
—Vaya, qué noble por parte de tu madre. He oído que habrá baile —Cintia me dedicó una mirada furtiva antes de volver a centrarse de nuevo en James—. ¿Me guardarás uno, o dos?
—Todos mis bailes son para ella —respondió refiriéndose a mí, mientras me pegaba más a su costado.
—Ya veo. ¿No eres tú a la que acaban de plantar? ¿Estás buscando una nueva presa para sacarle el dinero?
—Cintia, no voy a permitir que le hables así —dijo James con la mirada cargada de ira.
—Ah, ya veo —sonrió con malicia—. Estás interesado en ella… —y tras esas palabras, Cintia, alias “la odiosa morena”, me dio una mirada de arriba abajo con cara de asco— Pues no es nada del otro mundo.
—Se acabó. Vete, déjame, déjanos. Y no vuelvas a cruzarte conmigo en lo que queda de noche —le exigió James.
—No prometo nada.
Cuando se alejó de nosotros, James me rodeó con ambos brazos por la cintura y me miró fijamente.
—No dejes que te afecte, ¿vale? Cintia es así.
—¿Idiota? ¿Prepotente? ¿Estúpida? ¿Una mortal con aires de diosa? Lo imaginaba.
—Me encanta ver que no puede contigo —se inclinó y el beso me lo dio en los labios—. No pierdas nunca tu esencia, Iris, ni el sentido del humor, ni tu manera de ser y vivir la vida. Eres perfecta, así como eres.
—Gracias. Pero una cosita…
—Dime.
—No vuelvas a besarme en público, por Dios.
—No me ha visto nadie —hizo un guiño y tras colocar la mano en la parte baja de mi espalda, me guio hasta uno de los cuadros.
Pasamos un buen rato disfrutando de aquellas maravillosas obras de arte, hasta que anunciaron que iban a servir la cena.
Nos sentamos en la mesa que teníamos asignada, junto a su madre, y disfrutamos de una deliciosa comida.
Canapés, snacks, un consomé frío de frutos rojos y pepino que estaba buenísimo, carne en salsa y de postre un pastel de chocolate y crema.
Tras la cena, Emilia habló tal como le había pedido el alcalde, y lo hizo con tanto amor y sentimiento, y con esa sonrisa en los labios al hablar de sus chicas, que consiguió emocionar a muchos de los asistentes.

Fue el turno de hablar del alcalde que dio las gracias a todos por haber asistido a esa cena con tan poca antelación.

Y comenzó la subasta.

Todos, absolutamente todos los cuadros se vendieron, y Emilia les aseguró que el dinero recaudado se emplearía en una nueva zona de estudios y biblioteca para las chicas.

James me dijo que el hotel que había donado para nueva residencia de las chicas el constructor al que di una inyección de fondos, estaba prácticamente amueblado y en unas semanas Emilia y las demás se trasladarían, dejando la actual casa de la asociación como oficina de trabajo donde tendría contratadas a varias mujeres que estudiarían los casos de todas esas jóvenes que necesitaran ayuda.

Desde luego que Emilia pensaba en todo, no dejaba ningún cabo sin atar en lo que a la asociación concernía.

Retiraron las mesas dejando la sala libre para quien quisiera bailar además de seguir disfrutando de la noche tomando una copa, o varias, y James me llevó prácticamente al centro donde no dudó en pegarme a su cuerpo para bailar conmigo.

Y me dejé llevar, como siempre que estaba con él, sin importarme quién pudiera vernos.

—Solo unos días, y serías mía —susurró, y con su tono de voz, ronco y sugerente, consiguió que me estremeciera, deseando que llegara el viernes.

¿Cuánto tenía que esperar? Ah, sí, tan solo cuarenta y ocho horas, ni una sola más.

Capítulo 36



¿Aquellas habían sido las cuarenta y ocho horas más largas de mi vida? Sí, por supuesto que sí.

Jamás había comprobado la hora tantas veces como en esos dos días hasta que llegó el momento de entrar en casa de James.

Habíamos quedado directamente en su casa, así que cuando el taxi paró y salí de él, comprobé mi atuendo una vez más antes de llamar a la puerta.

—Buenas noches, preciosa —James sonrió al verme, se inclinó y me besó mientras me cogía en brazos.

Escuché que la puerta se cerraba detrás de nosotros y acabé rodeándolo por la cintura con las piernas, él seguía caminando y no tardé en notar el frío mármol de la isla de la cocina en mi trasero a través de la fina tela del vestido.

—Vaya recibimiento —sonreí cuando se apartó.

—Te echaba de menos.

—Eso se lo dirás a todas —volteé los ojos y le quité importancia con un gesto de la mano.

—No hay un "todas", no hay nadie más aparte de ti —lo dijo con tanta seriedad y sus hipnotizantes ojos grises mirándome fijamente, que me estremecí.

—¿Vino? —preguntó.

—Por favor.

Me dio un beso en la frente y fue a servir dos copas. Apoyada con ambas manos en la isla, no me perdí detalle de aquel hombre.

Espalda ancha, caderas perfectas, culo de esos que te incitan a apretarlo y arañarlo, y su perfume…

Dios mío, aquel hombre era un pecado para cualquier persona.

Me entregó la copa, dimos un sorbo y volvió a colocarse entre mis piernas. Se inclinó y besó la zona más sensible y erógena de mi cuello,

esa que lanzaba una punzada de deseo y excitación tras otra a mi sexo.

Ya había cenado en casa con mi familia, por lo que no había motivo para atrasar lo que estaba a punto de pasar, así que…

Dejé la copa en la isla y llevé ambas manos al pecho de James, comencé a deslizarlas despacio hacia abajo, solo para sacar la tela que quedaba bajo los pantalones y poder deleitarme con el tacto de su piel.

—Alguien parece impaciente —sonrió mientras me besaba, y también dejó su copa a un lado.

—¿No decías que me habías echado de menos? —ronroneé— Pues demuéstralo.

—¿Es una orden? —Se apartó para mirarme con la ceja arqueada.

—Absolutamente.

—Preciosa, te recuerdo que esta noche, mando yo.

Dicho esto, me cogió por la cintura de nuevo y caminó hacia el final del pasillo, a ese espejo que hacía las veces de puerta por el que nos adentrábamos a otro mundo completamente distinto, uno que muy pocos conocían.

James me dejó en el suelo y comenzó a desnudarme. Bajó la cremallera del vestido lentamente mientras me besaba el cuello y, cuando estaba completamente abierta, retiró ambos tirantes de mis hombros y dejó la tela caer al suelo.

—Veo que vienes preparada —susurró mientras me besaba el hombro.

—Soy una mujer práctica, quería ahorrarte tiempo —dije mirándolo por encima del hombro.

—¿Qué voy a hacer contigo, Iris? —preguntó sosteniéndome la barbilla con dos dedos y su mirada fija en la mía.

—¿Atarme? ¿Lamerme? ¿Devorarme? ¿Darme placer? ¿Follarme? ¿Hacer que me corra gritando tu nombre?

—Dios, mujer —se abalanzó sobre mis labios al tiempo que me pegaba a su cuerpo con una mano sobre mi vientre, de modo que pude notar lo duro que estaba—. Eres tú quien consigue que me ponga así, con solo decir esas cosas.

—¿Pero las vas a hacer, o me has invitado a pasar veinticuatro horas en tu cuarto de juegos hablando?

James soltó una carcajada y acabó cogiéndome de nuevo en brazos para llevarme hasta la cruz.

Me inmovilizó las muñecas y los tobillos y, tras quitarse la ropa a excepción del bóxer, fue a coger un buen surtido de juguetes.

Pinzas para pezones, vibradores, geles, una fusta, una pluma, un látigo con varias lenguas, una mordaza y un antifaz.

—¿No vas a dejarme que vea nada?

—Solo lo llevarás un rato.
—Más te vale, a ver si piensas dejarme a oscuras hasta mañana —resoplé.
—Entonces, ¿estás bien con que yo esté al mando?
—Lo estoy, pero otro día me cobraré estas veinticuatro horas, que lo sepas —le advertí.
—Contaba con ello, preciosa —dijo con una sonrisa de lo más juguetona.
Me privó del sentido de la vista en ese mismo momento, y lo siguiente que sentí fue la suave pluma acariciando cada centímetro de mi cuerpo. Incluso me torturó el clítoris con ella mientras me mordía el labio, expectante por lo que hiciera a continuación.
No tardé mucho en averiguarlo, ya que separó mis labios vaginales con ambas manos y comenzó a lamer y a penetrarme con la lenga a un ritmo casi frenético, llevándome al borde del clímax.
—¡James, por Dios! Deja que me corra —dije entre jadeos.
—Aún no, solo cuando yo te lo diga.
—Más vale que estés dispuesto a convertirte en un pitufo, porque cuando yo esté al mano durante veinticuatro horas, te aseguro que acabarás azul por la contención de no poder correrte.
—No lo dudo —rio, y de nuevo pasó la pluma por mi sensible y excitado clítoris.
—Esto es tortura, James.
—Obvio, lo hago para que me des una respuesta positiva a la pregunta que me ronda la cabeza.
—¿Qué pregunta?
—Pronto lo sabrás, pero aún no.
—¿Ahora vas a ser “don, secretitos”?
—Tú lo has dicho —susurró y me mordisqueó el lóbulo antes de introducir en mi vagina un pequeño huevo vibrador con el que me llevó de nuevo al borde del precipicio, al tiempo que su lengua me torturaba el clítoris.
Minutos después, que bien podría haber sido horas, me liberó de las ataduras para llevarme al potro, donde me recostó apoyada sobre el vientre, con el culo en pompa y las piernas muy separadas, dejando completamente expuesto mi sexo, ese que estaba húmedo a más no poder.
Comenzó a jugar con la fusta, pasándola por una de mis piernas hasta alcanzar la nalga y, cuando lo hizo, ¡zas!
El silbido que resonó en el aire antes del impacto, hizo que apretara las manos con fuerza, esas que estaban atadas por debajo del potro.
Gemí ante el contacto, y no tardé en notar otro azote en la otra nalga.
James siguió así durante unos minutos, hasta que la fusta impactó

con mi clítoris. Si seguía así, seguro que mi concentración y mi fuerza para evitar correrme se irían de paseo y chillaría presa del orgasmo en menos de dos minutos.

Pero no lo hice, tan solo gemí y le hice ver que eso que a él le gustaba hacerme, a mí me daba un placer que jamás pensé que experimentaría.

Escuché el sonido de la fusta al caer al suelo, y lo que impactó con mis nalgas poco después, fueron todas las lenguas de aquel látigo con el que ahora me azotaba.

—Cuando no puedas más, solo dime que pare, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —respondí.

—Joder, Iris, eres perfecta, preciosa, perfecta para mí —susurró inclinándose y me besó en la nuca.

Por suerte me había recogido el cabello en un moño a sabiendas de que era lo mejor para estar en ese cuarto.

James abandonó el látigo poco después y noté el gel cayendo en mi espalda y entre mis nalgas.

Comenzó a masajearme la espalda, las nalgas y entre ellas, así como mi sexo excitado y sensible, sin que pudiera controlar mis gemidos cuando sus dedos se deslizaban entre mis pliegues.

Poco a poco me penetró con un pequeño vibrador en el ano, y otro en la vagina, esos que dejó en una velocidad moderada, pero que me arrancaban un gemido tras otro.

—Abre la boca, preciosa —me pidió al tiempo que pasaba el pulgar por mis labios.

Obedecí esa orden, y no tardé en notar su glande con algunas gotas de su esencia en mi lengua.

Poco a poco fue adentrándose en mi boca y el sonido de sus jadeos se mezclaba entre aquellas cuatro paredes con los gemidos ahogados que salían de mis labios.

Cada vez se movía más y más rápido, y yo sentía que acabaría por correrme, lo que provocaría un castigo por parte de mi amo. Sí, en ese momento él era mi amo y yo su sumisa, como se conocía a los miembros de los clubes de BDSM.

James paró y se retiró entre jadeos, me lamí los labios y fue cuando me quitó el antifaz.

—Necesito follarte ahora, preciosa —dijo, y por la mirada cargada de fuego y lujuria que me contemplaba, supe que no sería ni suave, ni lento.

—Hazlo —respondí—, hazlo así.

James asintió, caminó hasta mi zona trasera y con cuidado retiró ambos vibradores, se inclinó a besarme las nalgas, y después lamió una vez más mi sexo antes de dejar otro beso allí.

Dios, aquello era tan íntimo, y tan sensual al mismo tiempo.

Noté que me agarraba por las caderas y, tras unos segundos, se enterró por completo en mí. Entraba y salía rápido y con fuerza, haciendo que mi cuerpo se moviera sobre el potro y con la fricción que notaba en mis pezones, la excitación fue en aumento.

James no se detuvo hasta que ambos acabamos corriéndonos con fuerza, envueltos en un orgasmo brutal que nos dejó laxos y jadeantes en aquel potro.

Se había recostado en mi espalda y me daba pequeños besos en el cuello mientras buscábamos aire.

No tardó en liberarme y tras cogerme en brazos, me llevó a la cama donde me dio un masaje de esos que te dejaban el cuerpo completamente relajado.

—No creas que hemos terminado —dijo acariciándome la espalda.

—Nos quedan aún unas veintidós horas, supongo. En este lugar no hay reloj y una pierde la noción del tiempo —suspiré.

—Supones bien —rio—. ¿Lista para una nueva ronda de juegos?

—Claro. ¿Qué toca ahora? ¿La cama o el columpio?

—En serio, Iris, eres perfecta para mí —sonrió y se inclinó para besarme—. Ya que estamos en la cama, vamos a aprovecharla. Aunque repetiremos en todos y cada uno de los lugares de este cuarto. No dejaré que salgas hasta mañana por la noche.

—Voy a morir de inanición —dije con falso temor.

—Jamás lo permitiría, preciosa. Tranquila, que mañana te traeré el desayuno, la comida, y la cena. Otra cosa será cómo debas degustarlo.

—A saber, qué ideas se te están pasando por esta cabecita —sonreí al tiempo que le señalaba ambas sienes.

—Puede que alguna sea una locura, pero, sin locuras la vida sería tan aburrida.

—¿Vamos a seguir hablando? —Arqueé la ceja.

—No, mejor te devoro —se abalanzó sobre mis labios para besarme con rudeza.

Estaba segura de que aquellas iban a ser las veinticuatro horas más interesantes de mi vida.

Capítulo 37



No sabría decir cuánto tiempo había pasado desde que James y yo nos fuimos a la cama esa noche de sábado, tras veinticuatro horas del mejor sexo de mi vida en su cuarto de juegos.

Me desperté sobresaltada, él estaba durmiendo bocabajo con ambos brazos bajo la almohada y sonreí al verlo. Ese hombre estaba haciendo caer los muros que construí después de Trevor, y eso me asustaba.

Suspiré y en el reloj del móvil vi que eran las tres de la madrugada.

Me puse una de sus camisas y, como venía siendo habitual cuando pasaba la noche con él, me preparé un té, lo tomé en el porche y fui a nadar a la playa.

Ese momento de soledad había empezado a ser tan reconfortante en mitad de la noche, que incluso me planteaba la posibilidad de comprar una casa cerca de la playa solo para escabullirme a tener ese instante de paz.

A diferencia de otras noches, James no vino a buscarme, seguramente no se había despertado, pero yo tenía un presentimiento, o eso creía.

No sabría cómo explicarlo, pero, era una sensación rara la que se había apoderado de mí en el momento en el que me desperté.

Estaba a punto de entrar en la casa de nuevo cuando mi móvil empezó a sonar. Fruncí el ceño al ver que se trataba de David, ¿qué motivos tendría para llamarme a las tres y media de la madrugada?

—¿David? ¿Estás bien?

—Iris, tienes que ir al hospital.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

En ese momento vi a James aparecer corriendo por el salón con el móvil en la mano, me miró y en sus ojos vi algo parecido al horror.

—Es Nico, Iris. Ha tenido un accidente.

En ese momento dejé de escuchar, de ser yo, para convertirme en un autómata.

El móvil se me cayó al suelo y corrí a la habitación para ponerme algo de ropa, lo que fuera que encontrara en la bolsa que había llevado conmigo el día anterior y que quedó abandonada en la entrada de casa de James hasta esa noche.

Una camiseta, vaqueros y las deportivas. Me recogí el pelo en una coleta y cogí el bolso para regresar al salón.

—Voy a vestirme rápido —dijo James entregándome el móvil.

—Tengo que irme, cogeré un taxi…

—Iris —James me cogió por los hombros e hizo que lo mirara—. Voy a ir contigo porque Nico iba en el coche con Brody.

Abrí la boca y salió un grito de sorpresa, me cubrí con ambas manos y tan solo asentí. Esperé a James sentada en el salón y llamé a David, pero ya no me respondía a las llamadas.

Cuando James regresó, me ayudó a levantarme, salimos de la casa para subir al coche, y juraría que ese hombre le había puesto alas como si se tratara de un avión por la velocidad a la que íbamos cruzando aquellas calles de San Francisco, como si estuviéramos en mitad de una de esas persecuciones de las películas.

En cuanto aparcó en el hospital, prácticamente fui corriendo a la puerta de urgencias, nada más entrar, vi a David, Alexis, Inés y Sam sentados y esperando. Mi hermana lloraba en los brazos de su amigo y ginecólogo, y cuando se percató de mi presencia, corrió a abrazarme.

—No debí dejarlo salir —sollozó—. No le habría pasado esto.

—Cariño, no digas eso, no es culpa tuya.

—Me fui a la cama sabiendo que es un chico responsable, que llegaría a su hora, se acostaría y no tenía nada de qué preocuparme, hasta que llamó la policía a nuestra casa. Dios mío, Iris…

El llanto de mi hermana era desgarrador, y yo notaba mis propias lágrimas luchando por salir.

David se unió a nosotras en un abrazo de hermanos y fue cuando le pregunté qué había pasado, Inés estaba muy nerviosa por lo que le dije que fuera a sentarse.

—Nico, Caroline y ese jugador tuyo —David señaló a James.

—Brody Fisher.

—Ese. Salieron al cine y a cenar, es lo que me dijo Inés. Por lo que nos cuenta la policía, alguien chocó con ellos, Brody perdió el control del coche y acabó cayendo por el terraplén. No los encontraron hasta al menos veinte minutos después cuando pasaba por esa carretera un camionero que vio las luces. Pidió ayuda y los bomberos tardaron en sacarlos. Los tres estaban conscientes, pero con magulladuras por todo el cuerpo. Por lo que me ha dicho el médico ahora, tu chico tiene un brazo y una pierna rotos —le dijo a James—. Nico tenía una rama clavada en el hombro izquierdo, un poco más al centro y… —no hizo falta que me dijera más, sabía que, si hubiera perforado su corazón, ahora mismo estaría llorando la muerte de mi hijo.

—¿Y Caroline? ¿Has llamado a su madre, o a su padre?

—Inés llamó a Jeff, está en New Jersey por trabajo, pero iba a coger el primer vuelo. La madre ni siquiera ha cogido el teléfono. Caroline tiene una pierna rota y un golpe en la cabeza, pero está estable. Los tres están ahora siendo operados.

—¿Y el coche que chocó con ellos? —preguntó James.

—No saben nada, en esa zona no hay cámaras y a esa hora de la noche no pasaba nadie. Se dieron a la fuga, es cuanto sabe la policía.

—Joder.

Solo entonces, cuando supe todo lo ocurrido, me derrumbé y empecé a llorar. James me abrazó con fuerza, me besaba la cabeza y susurraba diciéndome que todo iba a estar bien, que no había que lamentar la pérdida de ninguno de ellos.

Pero yo no dejaba de llorar pensando que podría haber sido peor, que podría haber perdido a mi hijo.

Alexis y Sam se acercaron para abrazarme y mostrarme su apoyo, se lo agradecí a ambos y me senté junto a mi hermana para esperar que salieran a decirnos cómo habían ido las operaciones.

James llamó a los padres de Brody y apenas unos minutos después llegaron, la madre estaba destrozada al igual que yo, y me sorprendió que me pidiera perdón por lo ocurrido ya que era su hijo quien conducía.

—No ha sido culpa suya —le aseguré—, alguien chocó con ellos y se dio a la fuga.

—¡Iris, mi niña! —miré hacia la puerta y vi a Brenda correr hacia donde estaba, así que me puse en pie.

—¿Qué haces aquí? Inés dijo que te había pedido que te quedaras en casa.

—Lo sé, pero, llegó esto para ti —respondió entregándome un sobre sin remitente, con mi nombre—. Llamaron a la puerta, abrí, pero no había nadie, solo… esto en el suelo. Mi niña, lo he leído, y no me gusta lo que pone ahí.

¿Cómo de malo podía ser lo que había leído en esa nota la mujer que nos cuidaba a los tres en mi casa como si fuera nuestra madre, para que estuviera mirándome con ese miedo en instalada en sus ojos?

Abrí el sobre y saqué la nota, una cuya letra reconocí enseguida. Lo peor fue leer aquella amenaza velada.

“Esto es solo el principio de todo lo que puedo quitarte”

Finaliza la historia en…



Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu

---

[1] Traducción: Oh, dejo que las balas vuelen, dejo que caigan. Mi vida, mi amor, mi impulso vinieron del ¡dolor! – Canción: Believer (Imagine Dragons)
[2] Traducción: No me doblo, no me rompo. Muéstrame cómo vivir y prométeme que no me abandonarás – Canción: Love's Divine (Seal)
[3] Traducción: Al principio tenía miedo, estaba petrificada.
[4] Traducción: Y me volví más fuerte, y aprendí a arreglármelas sola.
[5] Traducción: Y yo sobreviviré, sobreviviré – Canción: I Will survive (Gloria Gaynor)